

Luis A. Mohr



HERBERTO TREJO

Historia de la vida íntima

Buenos Aires

Imp. Lib. y Fno. de E. de Mársico

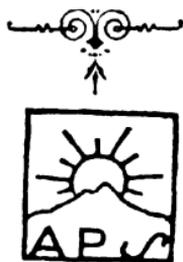
297. Perú. 539

1888

LUIS A. MOHR

ALBERTO TREJO

HISTORIA DE LA VIDA ÍNTIMA



BUENOS AIRES

Imp., lib. y enc. de E. DE MÁRSICO, Perú 297

—
1888

PUBLICACIONES DE E. A. MOHR

EL DERECHO DE LA MUJER (con la colaboración
de Julio Llanos), *periódico quincenal* — 1882.

VERDAD Y FICCIÓN: *Crítica de vida social y política* — 1886.

PREOCCUPACIONES DEL ESPÍRITU: *Aforismos*—1887.

DEDICATORIA

 *las Madres de Familia* 

Es propiedad del Autor.

PREFACIO

ALBERTO TREJO es la encarnacion de una historia de la vida íntima, narrada sencillamente, siguiéndose el hilo conductor de los sucesos que forman su tela.

Puede decirse, en consecuencia, que ella carece de verdadera trama, modelándose la forma sobre el fondo que anima la exposicion de los hechos, magnificados por la virtud que dá interés, á la vida, modesta y honrada, de los principales actores.

No es un estudio psicológico, con demostracion de los atributos del alma, penetrando los secretos de las pasiones humanas. Tampoco lo es de observacion autóptica, buscando en la fisiologia, el origen de nuestros dolores.

Es tan sólo lo que se refiere á la vida, alentada por las mas nobles aspiraciones, que háse visto extinguirse en la decepcion, con el martirio por lote del esfuerzo honrado.

Excepcion hecha, de los nombres propios, que son tomados al acaso, la historia es cierta, presentándose á los protagonistas, tal como los dá á conocer, la tradicion de los suyos.

L. A. M.



INDICE

	<u>Pág.</u>
I — La hoja de un cuaderno de memorias.....	1
II — Los padres de Alberto.....	7
III — Zozobras del corazon.....	17
IV — Preparativos de viaje.....	26
V — La partida.....	34
VI — En Buenos Aires.....	53
VII — Regreso al hogar.....	143
VIII — Despues de la separacion.....	147
IX — La herencia.....	165
X — En la orfandad.....	178
XI — Lucha por la vida.....	186
XII — Como los extremos se tocan.....	196







I.

LA HOJA DE UN CUADERNO DE MEMORIAS

‘

Dos años mas, y *si no ha de cebarse en mi, la sentencia bíblica*—por alguna culpa heredada—habré logrado dar cima á mis proyectos, de mayor interés y trascendencia.

Veré doblado, el capital invertido en mis negocios, y será propio lo que de prestado sirviera para establecerme, y edificar, lo que suele llamarse, una posicion social.

Entónces, Luisa será mi esposa, y cumpliéndose la ley del destino, estaré mas cerca de la ventura, á que aspiro y me creo con legítimo derecho.

Habré formado mi hogar, el nido de una dicha, siempre acariciada, á cuyo grato

calor, espero, se unirán, impulsados por los mas dulces halagos, mi imágen, á la de esa mujer que roba mi alma, en la reproducción de nuevos séres, cumpliéndose la ley del amor, que es el eterno soplo de la vida.

Y entónces, buscando con mayor ahinco, la luz de la experiencia, que guía, y la promesa del porvenir, que seduce, empujando á otras alturas, seráme daño comprender, y utilizar recien, los austeros ejemplos de mi padre, la tierna y siempre previsora enseñanza de mi madre, al fijar derrotero á mi esfuerzo, para llegar á la meta de mis anhelos.

Ya no me apartarán, de la via recta, las amarguras que suelen arrojar sobre el alma, los vaivenes de la suerte, las decepciones del corazon.

Bien sé que la virtud, tiene siempre su compensacion; que la perseverancia, en un propósito santo, alentada por una conciencia recta, un espíritu levantado, jamás es estéril en resultados.

Tampoco ignoro, que el bienestar depende en mas, de la idea con que se dá margen

á las seducciones de la vida, porque lo cierto es, que solo puede ser feliz aquel que se conforma con su suerte, que nunca desespera por la ausencia de lo supérfluo, y por el contrario, se siente satisfecho con lo necesario, que pocas veces falta.

Riqueza, que se ambiciona, y atesora para sí, acusará siempre, egoísmo, y un corazón desnaturalizado, porque no es posible vivir dichoso, en la abundancia, á inmediaciones de la miseria extrema.

Hay, tal solidaridad, en las vinculaciones de las ramas al tronco comun, de la familia humana, que no es posible la impunidad para tan culpable anhelo y tan criminal indiferencia.

Si la caridad existe, ese sentimiento que ha debido nacer con el primer arranque de compasión, por la desgracia ajena, difícil será admitir que ella no se traduzca en actos sensibles, salvando la frontera de las apariencias, en la evolución sociológica de los pueblos civilizados.

Desde que, las obras son amores, la caridad debe descender á la práctica, haciendo sentir su acción y su benéfica influencia, en

todas partes. Es ella esa obra de justicia que asume la forma de un escudo social, levantado en defensa del derecho de cada uno, á la vida y sus beneficios.

Pero, la sociedad es tal, y entraña tanto de repugnante y horrible para el observador consciente, que sabe cavar hondo, muy hondo en su seno, que se hace necesario admitir la inmensa distancia que áun nos separa de la caridad y la justicia, entendidas de esa manera.

Saber que si es mentir, por regla, y verdad, por excepcion — ¿no nos lo dice y descubre así, aunque esté sustraído el cuadro vivo, de tanta miseria, á la luz del escándalo?

Lo que pasa, en las esferas elevadas de la sociedad, no es, por cierto, lo que mejor edifica, si bien irrádza mejor, lo que se entiende por la moral en accion.

Pero, no descorramos el velo que oculta las cotizaciones del pudor, en el mercado de la desvergüenza humana!

No se hallará el remedio del mal, en la censura de los efectos, sino en la remocion de sus causas, por ejemplos de una vida mas decorosa y justiciera.'

Escabroso es el sendero, y muchos son sus precipicios; pero, ni son estos insalvables, ni aquel difícil de recorrer, si se lleva por rumbo el bien, sin dejarse apagar, en el alma, la alentadora luz de la esperanza.

Luisa es un ángel. El faro que me guía, con los atractivos de la felicidad.

Su alma se refleja, en todas las vibraciones de que la hace susceptible, la ternura de sus sentimientos.

Es, seguramente, una mujer de gran pensamiento y noble corazón.

Bien sé que ella no cifrará la dicha, en las vanidades que inflan á las que se proclaman del alto tono, de la aristocracia del dinero con exclusion de la virtud, modesta y sincera, que constituye la única y verdadera nobleza.

Ella sabrá comprenderme y asociarse á mi, para el bien.

Felices seremos, sembrando la dicha hasta dónde sea posible, en el alivio á la desgracia ajena.

Yo sé que es buena. Sé también que me ama y querrá siempre lo que yo quiera.

Ella sabrá que cuánto anhela mi alma, se encuentra tan sólo en el bien que deseo para los demás, que es el propio, verdadero, desprendiéndose del cumplimiento de las leyes del deber.»

Tal es el contenido de una hoja del libro de «Memorias», de Alberto Trejo, fechada en Ranchos, pueblo situado al sud de la provincia de Buenos Aires, el año 1854, que la casualidad arrojó á nuestras manos.

Acusan esas líneas, las impresiones de una alma sencilla, noble y generosa.

No llegó á distinguirse, Alberto, como hombre de ciencia, tampoco fué militar, ni en la política alcanzó renombre.

Fué sencillamente, un hombre de bien, mérito mas que suficiente para desenterrar del olvido, por la virtud del recuerdo, las dolorosas peripecias de su vida, noblemente alentada, como tributo de justicia póstuma, debida al que luchára, sin doblegarse al vicio, jugando su corazon y perdiendo sus mas caros afectos, en la partida.

II

LOS PADRES DE ALBERTO

El 20 de Enero de 1832, en la apartada provincia de Santiago del Estero, de personas bien conceptuadas, aunque pobres, nació á la vida, el jóven que ya conoce el lector por el nombre de Alberto Trejo.

Esteban Severo, su padre, y Juana Lopez, su madre, de 26 años ésta y 28 aquel, eran naturales de Chile.

Atraídos, por relaciones de amistad y comercio, habian emigrado de su país natal, estableciéndose en la mencionada provincia argentina. Inutilizado, por una afeccion física, para el servicio de las armas, en aquella época en que todo americano era soldado, Trejo se había consagrado al trabajo, que le permitian sus recursos y aptitudes, procurando constituir un hogar para los suyos.

Aunque distanciado del terreno de la accion, porque cruzara en su primera edad,

la atmósfera que alentó sus juveniles años, había tenido el poder de contagiario.

Vino al mundo, precisamente en los momentos, en que la cabeza y el corazón de los americanos, se agitaban al calor de grandes ideas y nobles aspiraciones. En aquellos años de patriotismo heróico, en los que, si no se luchaba siguiendo tan sólo la impulsión de sentimientos levantados, había seguramente, la pasión por lo grande que, ahogando las mezquinas ideas, daba la supremacía á los anhelos de independencia y de libertad, que tomaban su carta de ciudadanía, en la América española.

Era el momento fecundo de la evolución transformadora, que había encontrado en la América del Sud, como los hallára en la América del Norte, los resortes necesarios á su feliz desarrollo: los hombres de pensamiento y de acción.

Epoca fué aquella, en la que las alturas aparecieron iluminadas, y los pueblos, exaltados hácia la luz, encontraban el camino á la gloria, buscando su autonomía, en el propio gobierno y la libertad.

Entusiastas, por todo cuánto con la pátria

se relacionára, los esposos Trejo, no descuidaban el conocimiento de los episodios de la gran campaña, procurando á la vez seguir las corrientes de los posteriores esfuerzos, por cimentar los beneficios de la victoria, y de la independencia política, que mantenían agitados, á los pueblos, de origen hispano-americano.

Eran naturalmente inclinados, á la observacion y al estudio, leyendo cuánto podían hacer llegar á sus manos.

Establecidos en Santiago, desde fines de 1830, dedicáronse á la cria, engorde y venta de hacienda vacuna, con destino á los mercados de Chile.

El mejor éxito coronó sus esfuerzos, en los primeros años, siéndoles dado, á fuerza de trabajo y economía, realizar un considerable aumento de capital.

No fueron, sin embargo, tan felices como lo deseáran.

Las conmociones internas, que se sucedían con abrumadora frecuencia, originadas por la rivalidad de los caudillos, que buscaban hacer presa de sus ambiciones personales, á los pueblos, comprometieron su

tranquilidad, y su trabajo, poco despues, obligándolos á cambiar de punto de residencia.

Pensaron entónces, en trasladarse á la provincia de Buenos Aires, cuya historia íntima, por cierto, ignoraban, pero que los atraía doblemente, así por el cuidado de sus intereses, como por lo que se relacionaba con el porvenir de su hijo.

Realizado el propósito, con algun quebranto en sus bienes, establecíanse en uno de los partidos del Oeste, el mismo dia en que Juan Manuel de Rosas se recibia, por segunda vez, de la suprema autoridad política: el 7 de Marzo de 1835.

Empezaba entónces, para Buenos Aires, una era de opresion, de gobierno salvage, cuyo recuerdo, vivo todavia, y cuya historia, palpitante áun, llevan á maldecir los hombres que la caracterizaron, con su desnaturalizacion, y su barbárie.

No se presentía, á la sazón, sin embargo, lo que debia ser la suerte reservada á esa provincia argentina.

El dado, empero, estaba tirado, la *via-cruis* señalada.

Para los que vivían, con las palpitaciones de la libertad, el horizonte se presentaba sombrío, el porvenir preñado de angustias para el alma y duras pruebas para el cuerpo.

Pero—¿quién era adivino para sorprender los secretos del mañana, en la vida del hombre y los pueblos, cuando el más insignificante accidente desvia, á la humana criatura, de su propósito, y le subordina á la disposición de una voluntad que no es la suya?

Disculpa cabe, pues, para Trejo y su joven esposa, cuando alentaron sus proyectos de felicidad, ajenos por completo, á esas angustias y zozobras reservadas á los porteos, que señalan una página de oprobio y de vergüenza, ofrecida por la historia argentina á la humanidad.

Moviéndose dentro de la atmósfera de los propios dominios, pensaban en sí mismos y su hijo Alberto, cuyo porvenir constituía la preocupación dominante.

Trejo, que físicamente considerado, había sido inútil para su patria y el país de sus simpatías, se mostraba empeñado en pagar su deuda á la colectividad, mediante su hijo.

Al efecto, encontraba de todo punto necesario, aumentar su capital, porque este debía hacerle posible la educación que deseaba para aquel.

El niño contaba entónces, apenas tres años, y ya había concentrado todo el cariño y toda la atención de sus padres.

Verdad que, aparte de los que nacen del amor paternal, había muchos otros motivos para que así sucediera.

Era la promesa de un hombre hermoso.

Como Alberto, cuando lo presentamos al lector, sus padres se habían dejado seducir por anhelos de ventura, acariciando en un porvenir no lejano, la realización de sus cariñosos propósitos.

La agricultura y la ganadería, á las que Trejo había consagrado su inteligencia y sus esfuerzos, conspiraban al parecer también á su objeto, deparándole resultados excepcionales.

Para sus cosechas, así como, el aumento gradual de su hacienda vacuna, contó pocos años malos.

Los *auxilios*, esa forma extraña en que el Estado ponía entónces, á contribucion,

arbitraria y sin compensacion, la fortuna privada, tampoco le abrumaron en extremo.

Y para felicidad ó desgracia suya, fué tambien de los pocos á quién, las invasiones de los indios y las *revueltas de los partidos*, respetó en su persona y bienes.

Su casa ofrecía hospitalidad, siempre franca y generosa. Su porte distinguido, su palabra fácil, dulce y atrayente, y su integridad, poco comun, le captaban numerosas simpatias.

Así favorecido, logró trabajar, sin interrupcion, durante algunos años, realizando en la medida de una ambicion moderada y legítima, el capital que había menester, para costear á su hijo, la educacion deseada.

Su esposa, intertanto, no habia descuidado la preparacion de su hijo. Cuando llegó el momento de presentarlo á la Escuela, descubrióse en él la obra de una prevision inteligente y de un verdadero amor de madre.

Era el niño todo un hombre, por su entereza de alma, contando tan solo once años.

Juana amaba entrañablemente á su hijo, pero no con ese cariño, exagerado y blan-

do, que desvirtúa y pervierte en su desarrollo, al sér moral, sinó con el amor que edifica y eleva, salvando los escollos del mal.

Ilustrada, tanto como se podia serlo en aquellos años, sin las preferencias otorgadas á la elevada posicion social, ella habia transmitido á su hijo todos los conocimientos que poseía, formando su corazon, puede decirse, con la sávia generosa del suyo.

No la eran desconocidas las cuatro reglas de la aritmética, leía corrientemente, conocía algo de literatura y no era agena á la geografía y la historia.

Sabia que el mundo, no se reducía al pedazo de tierra en dónde naciera, y sintió quebrarse, sobre su noble frente, los rayos de un sol ardiente.

No era cuantioso, por cierto, el caudal de su saber, mas era lo suficiente para que inspirase respeto, bastando para que se la distinguiera, entre las mujeres de su tiempo.

Respecto á sus principios, de religion y de moral, profesaba aquellos que admite toda inteligencia clara, que puede sustentar, sin afectacion y reticencias, toda alma sencilla y sincera.

Era católica, porque esa había sido la religión de sus padres, y amaba en la Iglesia la autoridad que servía de vínculo á la constitución de la familia.

Era no obstante, por intuición y propio consejo, rebelde á las prácticas exteriores del culto, y refractaria obstinada, á los ayunos y las penitencias, como medios de agradar á Dios y alcanzar su gracia divina.

Profesaba el culto de la virtud, en pensamiento, palabra y obra. Para presentarse digna á los demás, entendía que debía serlo antes, á la luz de su propia conciencia.

No concebía la virtud de convención, exigida para ante el hombre y la sociedad, á quienes es dado burlar, pero intolerable y ofensiva para ante Dios—en cuya existencia creía—que vé hasta el fondo de la conciencia, penetrando el más recóndito de los pensamientos.

Jamás cerraba sus ojos al sueño, sin haber antes elevado su alma al cielo, doblando la rodilla ante el altar de sus creencias.

De esbeltas formas, desenvuelta y elegante en su andar, de bellísimo rostro, adornado con ojos negros, grandes y espre-

sivos, boca pequeña, dibujada por unos labios finos y correctos, nariz bien perfilada, tez sonrosada y cabello negro, sedoso y abundante, tal era Juana Lopez, tomada al natural, sin concederla favor alguno.

La naturaleza habia sido pródiga, para con ella. Era bella, en toda la acepcion de la palabra; bella por sus formas, su sér físico, y bella por sus sentimientos, su sér moral.

Y Trejo, que se habia sentido atraído por ella, eligiéndola para compañera de su vida, acusaba hallarse modelado sobre un alma no ménos grande y generosa.

Parecian vaciados en un mismo molde, nacidos el uno para la otra.

Tambien, como ellos se comprendian y amaban, pocos, muy pocos aciertan á comprenderse y amarse!

Tales fueron los padres de Alberto.

¿Qué podia ser el hijo, brote de sávia tan noble, rama de troncos tan delicados?

Algo adelantan, en respuesta, las reflexiones á que se entregára once años mas tarde y conoce el lector, por la hoja de su cuaderno de memorias.

Pero, no anticipemos los sucesos, ya que hemos traído la narración empezada, al orden cronológico, con bien para su exposición y el interés del lector.

III

ZOZOBRAS DEL CORAZON

—Sabes, Trejo, que á medida que el momento se acerca, de la separación de nuestro hijo, ménos fuerte me creo sentir para celebrar lo que como tú, tanto he deseado, para su bien y nuestra tranquilidad, observábale Juana á su esposo, en la mañana del día anterior al fijado, para el viaje de Alberto á la ciudad, precisamente despues de haber terminado el almuerzo, y cuando el niño, alejándose de la mesa, iba á tomar caballo para salir á despedirse de algunos vecinos, y de los alrededores de la estancia, dónde contára mas de un sitio grato á sus recuerdos y afectos infantiles.

—Ya me lo habia sospechado, querida compañera, contestóle Trejo; pero, á juicio mio, tus temores son hijos de la aprension. No hay causa para mayores cuidados.

—Tal vez; pero yo mas bien te admitiria que nacen de los pensamientos de mi corazon, y tú ya sabes lo que estos han sido, respecto á la suerte que llevamos corrida hasta aquí.

—Es verdad, bien lo recuerdo, pero es de recuerdos suponer que no siempre la casualidad ha de venir á confirmártelos y á hacernos creer en *esas visiones* de lo porvenir.

Hemos entrado á un periodo de calma, en las regiones de la vida política.

La batalla del *Quebracho*, los combates de *Famaillá* y *Monte Grande*, y la derrota en el *Arroyo Grande* del general Rivera, afianzan el poder del gobierno actual.

La muerte del general Lavalle, que sabes como aprecio y lamento, deja sin el brazo principal, al cuerpo desorganizado de los reaccionarios.

Habrá paz seguramente, por algunos años. Esto por un lado, el mas temido, y por el

otro, no me negarás que nuestra hacienda mejora y que nuestra salud es satisfactoria; luego —¿qué puede alentar tus temores?

—No lo sé, á fé mia; pero abrigo recelos de madre talvez, nacidos de un exceso de amor á nuestro hijo.

Debo observarte, sin embargo, que precisamente en donde tu acabas de hallar motivos de tranquilidad, un cielo despejado y horizontes de esperanza, yo encuentro causas de zozobra y de nubarrones que acusan la calma precursora de la tempestad.

—Esos son presentimientos que engendra el egoismo de madre: Tienes un solo hijo y temes perderlo. Si tuvieras otros más, no serian tantas, ni tan abrumadoras tus preocupaciones.

—Quizá tengas razon; pero qué quieres, yo creo que el corazon no engaña.

—Tambien he abrigado esa misma creencia y cada vez que me dejé guiar por ella, coseché las mas tristes decepciones.

El sentimiento, aislado de la razon, es siempre mal consejero.

—Es que eres hombre, y los hombres fian tanto á su cabeza, cuánto resisten al

corazon. ¡Quién sabe si no has cedido mas á las visiones engañosas de aquella, que á los presentimientos justificados de éste!

No puedes negarme, que con toda vibracion del sér físico, nace, una impulsión ó repulsión, del espíritu.

De ahí que el amor ó el ódio, determine, casi siempre, de las acciones humanas.

La pasión, que es el exceso, del uno ó del otro, eleva al heroísmo de la virtud, en un sentido, arrojando en el otro, á los abismos del crimen.

Créeme, Trejo, del corazon depende siempre, la felicidad ó la desgracia, y su tristeza ó su alegría, es el anuncio cierto, de lo que guarda el porvenir.

—No argüiré, sosteniéndote lo contrario, por respeto á tus creencias y convicciones.

Ya sabes que la libertad de pensar, es sagrada para mi, y que considero de intento criminal, cuánto tienda á coartarla.

Para ser responsables, de lo que se dice ó hace — es necesario haber podido obrar, con entera libertad.

Tampoco diré, que estás en el error; pero,

perdona si te observo, que creo exagerados tus temores del momento.

—Gracias; esa consideracion que me has dispensado desde que te conocí, es la que mas te ha elevado, y conserva á la altura de mi mayor respeto.

Del cariño, que te profeso, escuso hablarte, tú sabes cuál es, tanto como yo misma.

De tu generosidad, para conmigo, sí debo decirte, que ella te ha valido algo mas que mi amor y mi respeto; te ha asegurado mi confianza hasta el extremo, de no haberte jamás ocultado, ni el mas insignificante de mis pensamientos.

Esa confianza es, puer, la que me lleva ahora, á abrirte una vez mas, el corazon, para mostrarte todo lo que siento, al desprenderme de mi hijo.

Las palabras, las predilecciones de Alberto, y, sobre todo, la melancólica expresion de su mirada, que refleja el alma, constituyen las hojas del libro en que la madre lee el destino de sus hijos.

No sé porque temo que Alberto no alcance la dicha que para él anhelamos, y ello me preocupa sobremanera, aunque no en-

cuentre, y pueda esponerte, la razon de mis temores.

Irá á la escuela, porque debe ir, pero yo, Trejo, quedaré presa, sin poderlo remediar, de los presentimientos mas tristes y angustiosos.

—Vaya, vaya, querida Juana, te dejas dominar por el pesar de la próxima separacion, y la ausencia, que presentes, te lleva á pensar en cosas tristes. La soledad, que no tardará en llegar para tu corazon de madre, empieza ya, por vestirme todo de negro.

Pero, nada temas; Alberto será feliz, y nosotros viviremos, lo suficiente, para participar de su dicha.

Disipa, pues, esos rēcelos y escúdate con la resignacion, necesaria, hoy mas que nunca, en obsequio de lo que resta por hacerse.

—Ah! no temas que la resignacion me falte, que no pueda sobrellevar su ausencia. Mi pesar no proviene en tanto, de ese motivo; reconoce otras causas que talvez, en adelante, me sea dado podértelas explicar.

¡Pluguiera á Dios que estuviese en el error!

En ese momento, una lágrima, brotada de sus bellos ojos, surcaba silenciosa, sus hermosas mejillas, yendo á sepultarse en el seno, visiblemente agitado, por los sacudimientos del corazon.

Trejo la miró con pena, y respetando su dolor, guardó silencio.

¿Qué pasaba, en esos instantes supremos, por el alma del padre, el corazon del esposo?

Solo es dado saberlo á quién haya pasado por ese trance doloroso, herido como Trejo, en lo mas íntimo de su sér moral.

Sintió vibrar las fibras de su corazon, y humedecérsele los ojos; pero, para no acusar la misma flaqueza de ánimo, que combatiera en su compañera, pretestó la necesidad de su presencia, fuera del hogar, saliendo en seguida.

Debia, y quizo mostrarse hombre, porque no solo representaba la fuerza, que sustenta, sino tambien el pensamiento, que dirige, en la constitucion de la familia; pero no logró su intento, porque Juana habia calado la corteza de su inflexibilidad, leyendo lo que se movia en el fondo de su alma.

Vióle salir, y por una ventana que daba

sobre un corral inmediato, de ovejas, á la sazón ocupado por una majada que el capatáz y algunos peones revisaban, le siguió con la vista.

Allí se dirigia Trejo, deteniéndose en un extremo, á la parte exterior, arrimado á los lienzos de madera de que se componia el corral.

No dirigió palabra alguna á los trabajadores, contra su costumbre habitual, ni mostró tampoco interés, en lo que aquellos hacían.

Su vista vagó un instante, sobre el interior del corral, y luego, volviendo la espalda, apoyóla en un poste y lanzó su triste mirada, á la verde campiña que se extendia á lo léjos.

La preocupacion del momento, lo habia dominado, y buscaba, al parecer, el espacio infinito para arrojarle las angustias de su alma.

Los presentimientos de la madre, con motivo de la próxima separacion de su hijo, habían hecho presa de su corazón.

Pensando en el porvenir de Alberto, todo el pasado golpeaba su mente, recordándole cómo se habia formado, y cuál habia sido

el propio sacrificio en el aprendizaje de la vida.

No hay mas, se decia, ese es el destino y debo ceder á él.

De alegrías y pesares fórmase la existencia del hombre, y nada descúbrese, que revele el objeto ó la mision de la vida.

La ilustracion! El progreso!

Bellos objetivos, sin duda alguna, para los afanes del hombre; pero, ¿qué nos dá la ilustracion, qué nos trae el progreso, como bien sensible, extensivo á todos?

¿Acaso la tranquilidad del alma, en la satisfaccion de los mas nobles y naturales afectos?

—Nó; porque hasta ahora, lo que se vé, sólo nos dice que dónde uno termina su jornada, otro la empieza, y que así seguirá la rueda moliendo las miserias de los hombres, sin esperanza, para los que esperan de los beneficios del progreso, el bien de todos y cada uno.

IV

PREPARATIVOS DE VIAJE

Largo rato, estuvo Trejo con los brazos cruzados sobre el pecho, entregado á esa triste corriente de ideas, cuando el galope de un caballo, hiriendo sus oídos, vino á despertarlo á sus deberes del momento.

Era el de su hijo, que llegaba de los alrededores de la estancia, á donde le habian llamado, los deseos de ver una vez mas, á sitios que le eran gratos y á personas que le eran queridas.

Buscando su perdida serenidad, aparentó no haberse apercebido del hecho, dirigiéndose al capatáz, á quien preguntó si habia encontrado muchas ovejas enfermas. En seguida, á paso lento como para recoger la contestacion, volvióse en direccion á su hogar.

El capatáz, que era un honrado paisano, de toda la confianza de Trejo, buscó con

la suya la mirada de su patron, con quien tenia por costumbre platicar largo, sobre los trabajos de la estancia, y no la halló, como en tantas otras veces, para darle la contestacion, porque siguió alejándose.

¿Qué le sucederá á nuestro patron?— exclamó aquel, dirigiéndose á los demás peones; lo estoy estrañando desde algunos dias.

Yo tambien, agregaron formando coro, los interpelados, siguiéndose un cambio de ideas, sobre lo que podia motivar el cambio, pues todos idolatraban á Trejo.

Este, intertanto, se reunia á su esposa, á quien halló ocupada en preparar la balija de su hijo, con cuanto encontraba útil, el cariño de madre.

Alberto, habia pasado cerca de su padre, dirigiéndose al *palenque*, dónde debia atar su caballo.

Juana recibió á su esposo, con las siguientes palabras:— «Aquí me tienes, resignada, casi contenta, mostrando el valor de que es capaz la flaqueza humana.

«Estas zonceras, que he preparado para nuestro hijo, tendrán una doble virtud: ser-

virán para hacerlo pensar en nosotros, cuando se halle léjos, y para desear que la partida no se prolongue, mientras se encuentre cerca.

«Tu sabes lo afecto que es, á los dulces y bizcochos, y podrás imaginarte cuánto deseará disponer libremente de ellos.»

Un suspiro, mal comprimido, cortó allí su palabra que se apresuró á reanudar para disimular su emocion, agregando:

—Es una verdad, la que á nosotros hiere tanto como á ellos alivia, que el pesar de los niños es cuál las tormentas de verano; se disipa pronto. Ellos juegan tranquilos, mientras el corazon de los padres es la presa de angustias horribles, sobrecogido por su suerte futura.

Sí; y sin que haya razon para formularles cargo alguno, por ello. Cada periodo de la vida, tiene sus propios horizontes: se vé y se siente, conforme á la altura en que la edad nos coloca.

¿No es eso lo cierto, Trejo?

—Hija, respondióla aquel, que recogia atencioso las palabras bien inspiradas de su conmovida esposa, tu corazon de madre, en

este caso, viene cediendo á la esperiencia, y veo que te conformas á lo que Dios dispone, para hacernos servir á sus designios.

Es exacto; la niñez ha menester, para el desarrollo de [la criatura, del atractivo de los horizontes risueños; así como, la vejez, para la conservacion de la vida, de la repulsion de los desengaños sufridos.

Seamos, pues, sensatos y justicieros; lléganos el momento de la compensacion, la hora de pagar nuestra deuda para con los que fueron nuestros padres.

No escusemos el sacrificio y nos será dado esperar, tranquilos, el lote que en la cancelacion nos reserva el destino.

Ahí viene Alberto, agregó Trejo, interrumpiendo un breve silencio que se siguió á aquellas sentenciosas palabras; parece todo un hombre, preocupado de los grandes negocios, tal es la aparente concentracion de espíritu que acusa la gravedad de su semblante.

¿Qué nuevas nos traerá?

— *Tatita*, profirió el aludido, entrando; vengo de la chacra de don Calisto Calde-

ron, adonde fuí á jugar un rato, por des-
pedida, con Miguelito.

Don Calisto, y la señora Petrona, me han
encargado que estudie mucho para que
pueda volver pronto.

Tambien me dijeron, que pensaban man-
darlo á Miguelito, al mismo colegio, dónde
se encuentran Calisto, chico, y Bernardo.

A Miguelito le he prometido dejarle el
petizo, para que lo monte y me lo haga
cuidar.

Desde ya te encargo que se lo mándes,
asi que regréses de la ciudad.

La chacra de Calderon se encontraba á
poca distancia de la posesion de Trejo, en
direccion al Sud, penetrando al partido que
hoy lleva el nombre de Chivilcoy.

La familia de Calderon, de la que mu-
chos de sus miembros ocupan, en la fecha
que escribimos, puestos distinguidos, en la
sociedad y la vida pública, era de la rela-
cion de Trejo, visitándose de tarde en tarde.

Quien mantenía viva la comunicacion, era
Alberto, por su estrecha amistad con Mi-
guel. Cuando éste no se encontraba en lo
de Trejo, aquel estaba en lo de Calderon.

La familia de Calderon era numerosa, habiendo varias niñas á mas de los varones ya nombrados.

Alberto pasaba oficialmente, por el novio de la niña Martina, la misma que años mas tarde, debia ser madre de los Bermejo y Diaz, jóvenes que hoy figuran en el foro, la medicina y las letras, con aplauso general.

Con lo expuesto, no causará estrañeza que aquel, en las referencias de su visita, agregáse:

—¿Sabes, *mamita*, que la niña Martina, lloró, cuando le dí el adios, y que don Calisto hizo que la abrazára y diera un beso?

—¿Sí?

Pues bien, eso es para que te apercibas, de cuánto te quiere y teme que la olvides.

—Como nó! Ya le voy á creer. Es que tú no sabes lo *asabla* que es.

—Eso lo ha hecho para hacerle *coquito* al gallego de lo de Garcia, que la visita con frecuencia y precisamente se encontraba allí convertido en todo un *milor*, por lo *encuellado* y lo *sério*.

—Pero, ¿y eso, tan envuelto, mamita que estás acomodando en mi caja, qué es?

—Algunas zonceras que te he preparado para cuando estés en la ciudad.

—A ver, mamita, á ver, exclamó Alberto, abalanzándose sobre su madre, para saciar su curiosidad.

—No, no, repúsole Juana, rechazándole suavemente; las verás recien, cuando llégues á tu destino.

—Mamita!— no seas así, insistió aquel, déjame ver lo que es, quiero sólo saber lo que me das.

—Bueno, vé, le dijo la madre, y siguiéndose la accion al dicho, descubrióle el contenido de sus prolijos envoltorios.

—Ay! exclamó este, en su presencia, qué cosas mas ricas, son para chuparse los dedos!

Cumplíase así, la prediccion de Juana.

Alberto, en ese momento, olvidaba su próxima partida, dejando entrever, por su alegría, la irreflexion propia de la edad.

Y esas golosinas, habian sido amasadas con lágrimas de la madre, para el hijo querido de su corazon, que acababa de mos-

trarse ageno al inmenso pesar que desgarrára su alma!

Asi es la vida!

Mas no alargaremos escenas que pierden todo interés para el lector.

El resto del dia pasóse en completar los arreglos del viaje, que debia emprenderse en carreta de bueyes, vehículo que se imponia al uso, tanto por la necesidad como la costumbre, en aquellos años.

Nada escapó á la prevision de Trejo, aleccionado por la esperiencia puesta al servicio de su cariño, de padre y de esposo.

Luego, la cena de familia, puso fin á los afanes de ese dia.

La conversacion, durante esa última comida, bajo el techo del hogar paterno, versó tan sólo sobre la ciudad y la escuela, mostrándose Trejo, lo mismo que su esposa, empeñados en inculcarle al niño, los mejores consejos.

Trataron de grabar, en su mente, por la impresion del momento, las verdades que la experiencia cosechára para dar lastre al corazon que debia esponerse en breve, á las tormentas de la vida.

Lo que pudo entender, y guardó el niño, de tan cariñoso tesoro, se sabrá mas tarde.

Entregados luego, al descanso, en vísperas de la partida del hogar, de deber es respetar el sueño de esos tres seres, vinculados por la sangre y el amor, poniendo punto final á este capítulo.

V

LA PARTIDA

Trejo, y su esposa, no esperaron la luz del dia siguiente, para ponerse de pié y llevar á término los preparativos del viaje.

Daban las tres de la madrugada, en un reloj suspendido en una de las paredes del comedor, pieza inmediata á su dormitorio, cuando ambos, como tocados por un secreto resorte, se hablaron, sentándose en la cama.

— Ya es hora, dijo Trejo á su esposa, de ponernos en movimiento, pues resta mucho por acomodar antes de poder salir.

— Sí, contestóle Juana; hacia rato que

velaba, esperando que despertaras. A Alberto lo dejaremos dormir otro poco.

--Está bien, agregó Trejo, vistiéndose apresuradamente. A tus cosas acompaña mi recado, la daga y las pistolas, así como el lazo y las boleadoras, pues aunque vaya contigo en la carreta, hago llevar caballo, y esas son prendas de que no se puede prescindir, en un viaje como el que emprendemos. Será bueno que pongas también, tu montura.

—Convenido, replicóle Juana, que acababa de colocarse el vestido; por esas cosas empezaré la tarea, para no olvidar ninguno de tus encargos.

Dejando así ocupada, á su esposa, Trejo salió fuera, para llamar al capatáz y poner los peones en movimiento, á fin de tomar los bueyes, arrimar los caballos y disponer la carreta.

Una hora habria trascurrido apenas, cuando ya Juana, terminada su tarea, se asomaba á la puerta que daba al patio y llamando á Trejo, le presentaba el mate servido.

Este no se hizo esperar, pues dejando todo dispuesto, venia en ayuda de su espo-

sa, á quien no creía desembarazada de sus tareas.

Asi que Juana sirvió á su esposo, algunos mates, tomándose otros tantos, recordó á su hijo y le propinó una taza de leche caliente y algunos bizcochos.

Con ese ligero desayuno, los preparativos del viaje habian terminado.

Vestido el niño, y cargada la carreta, Trejo cerró las puertas de su casa, entregando las llaves al capatáz.

El horizonte empezaba á señalarse, y la mañana del dia 5 de Setiembre de 1843, se presentaba fresca, clara, apacible.

A esa hora, en los dias de primavera, la campaña, con sus extensas y silenciosas planicies, vestidas de verde, es deliciosa.

Los árboles, aunque escasos entónces, sonrien ostentando sus primeros brotes, al destacarse, soberbios y airosos, sobre la tierra cubierta de su bello manto.

El hombre, sintiéndose acariciado por el aire tibio, participa de la alegria de la naturaleza, mostrándose otro.

Vésele mas activo, mas ágil, mas contento, mas lleno de brios y de vida.

Lo mismo los pájaros, las aves, los animales, todo revélase mas animado por la atmósfera, clara y templada, de esa risueña estación del año.

Sin embargo, en aquella bellísima mañana, cuando los pájaros, saltando de rama en rama, saludaban los primeros rayos del sol, y las plantas sacudían alegres, sus verdes hojas, al soplo de suave brisa, desprendiéndose de las cristalinas gotas del rocío, contábanse dos séres cuyos pálidos rostros presentaban un contraste, acusando la amargura de sus almas.

Eran Trejo y su esposa, que en compañía de su hijo, veían desaparecer, por la distancia, al alejarse, el hogar de su trabajo y sus esperanzas.

Alejábanse, cumpliendo un deber, y sin que antecedente ó hecho posterior alguno, diera márgen á temores fundados, sentíanse sin embargo, misteriosamente influenciados por el presentimiento abrumador, de una gran desgracia.

No contaban, á sus espaldas, un acto censurable, ni á su frente, un rumbo vedado, pues de su pasado y presente, nada tenían de qué arrepentirse.

¿Qué llevaba, pues, esa triste zozobra á sus corazones?

El desenvolvimiento de los acontecimientos, que formára la tela de su vida, hablando por ellos y por nosotros, lo dirá en el trascurso de este libro.

Tal vez no encontremos otros efectos, que los pasajeros y propios de los temperamentos delicados é impresionables.

Las organizaciones superiores, como dijo bien Lafontaine, encuentran la felicidad mezclada con hiel. Son los mártires de sus propios sentimientos.

Dejémos, pues, que corra la narracion.

La marcha emprendida por los viajeros, despues de una despedida tocante, al capatáz y los peones, que quedaban al cuidado de la estancia, se seguia silenciosa.

Por la culata de la carreta, se veía lo que se iba dejando á la espalda, y por la parte anterior, aquello que debia sucederse luego, marcando el avance de la jornada.

Delante, á un costado del camino, cabalgaba al paso, un peon, arreando doce bueyes y algunos caballos.

Sobre el pértigo, un hombre jóven, de la

confianza de Trejo, picaba los bueyes, dirigiendo la carreta.

Nadie conversaba.

Alberto, tendido á lo largo, dormitaba con la cabeza puesta sobre las faldas de su madre, tranquilo, sin inquietarse por su suerte futura.

Trejo y su esposa, usando de las que llamaremos, las ventanas de la carreta, miraban alternativamente hácia el nasiente y poniente, entregados á silenciosas meditaciones.

Así trascurrieron las primeras dos largas horas del viaje.

De pronto rompióse el silencio y una exclamacion, que acusaba una misma preocupacion, parte de los lábios de ambos:

—Ya nuestra casa se pierde de vista!

Y en efecto, no tanto por la distancia cuanto por una loma que se interponia, apenas alcanzábase á divisar, las copas de los árboles mas altos.

Fué aquella la nota triste de la comunicacion restablecida.

En seguida, cambiando el punto de mira, repuso Trejo, y allí se vé ya el ombú de la estancia de Torres.

Indicacion á la que Juana, buscándolo con la vista, replicó, diciendo: Sí, le veo, pero está todavía muy léjos. Luego agregó, interrogando:—Pasamos cerca?

—Nó, apresuróse á responderle Trejo, quedará á nuestra derecha, por que llevamos el rumbo de Mercedes, buscando el camino real á Lujan.

—Ah! cuánto siento! habria deseado llegar por obtener noticias de Torres, su esposa y su buena hija, la simpática Vicenta.

La desgracia acaecida á esa familia, tan inesperada como repentinamente, me preocupa sobremanera.

—Inútil seria complacerte, y te diré ahora, lo que hace dos días se me comunicó y no te habia trasmitido por olvido; que esa casa está en manos de la autoridad, habiendo sus moradores pasado á *Santos Lugares*.

El incidente de la falsificacion de la firma de don Calisto Calderon, alcalde del distrito, que tu conoces, ha dado márgen á la prision de Torres y su hija.

—Dios mio! será posible, Trejo, que crímenes semejantes, se cometan impunemente!

—Dios mio! será posible, Trejo que críme-

nes semejantes, se cometan impunemente!

—Sí, desgraciadamente, porque hoy no hay mas ley que la voluntad de Rosas!

Pero, no está allí todo el mal causado, pués dícese tambien, que Vicenta murió, horas despues de llegada á *Santos Lugares* de resultas de las violencias de 'que fué víctima, y que su pobre madre perdió el juicio.

—¡Dios nos asista! profirió Juana, visiblemente conmovida, llevándose ambas manos al rostro como para ocultarse á la luz de tan abrumadora verdad.

—Sí, hija, sí, continuó Trejo, y Torres, que fué separado de los suyos en el trayecto, sigue preso en *Santos Lugares*, ignorante de la suerte de los suyos y de la que han corrido sus bienes, fruto de tanto trabajo y tantos sinsabores.

Su hogar, ántes tan bello y animado, es hoy un desierto y pronto será una *tapera*, para ser despues nada mas que un punto negro, de dónde arrancará su triste historia.

Ahí se vé lo que puede sobrevenir de un dia para otro.

Lo efímera que es la felicidad, lo engañosa que es la dicha.

Todo el *delito* de Torres ha consistido en haber colaborado, para que su hija Vicenta imitase la firma de Calderon, con el noble propósito de munir, á un perseguido del señor Gobernador, de *pase* para salvar las fronteras de la Provincia.

—¿Y á quien servian, al hacerlo?

—A un desconocido!

El infeliz hombre, que así fué protegido, cayendo en las garras de *la justicia*, sirvió de hilo conductor al descubrimiento de la humanitaria falta de Torres, y pagó, pocos momentos despues, con su vida, el *crimen* de haberse declarado opositor al gobierno de don Juan Manuel.

Tal es el hecho, querida Juana, sin los pequeños detalles, que no me son conocidos.

¡Pobre Trejo! dijo y repitió Juana, alzando su bella cabeza y fijando sus hermosos ojos, arrasados en lágrimas, en los de su esposo, buscando leer en ellos las impresiones que agitaban su propia alma.

Trejo correspondió á la investigacion, agregando:

Sí, sí, mucho me apena su suerte, que no ha podido ser mas triste y dolorosa.

Un ligero estremecimiento, que agitó el cuerpo de Juana, despertó á Alberto, sobre cuya ancha frente acertó á caer, la tibia gota de una lágrima, desprendida de los ojos llorosos de su buena madre.

Alarmado el niño, irguióse, preguntando: —¿qué tienes, mamita, estás enferma?

No, hijo, no, apresuróse á contestarle aquella, agregando; me ocupaba con tu padre de la desgracia acaecida á una buena amiga y he sufrido. Y tú, hijo,—¿cómo has dormido?

—Bien, mamita; pero déjate de llorar, pues sabes que no me gusta verte triste, repuso Alberto, envolviendo á su madre en un tierno abrazo y estampándole un beso en la frente.

Luego, dándose vuelta hácia el padre, preguntó:—¿dónde nos encontramos tatita?

—Cerca de la estancia de Torres, hijo, contestóle Trejo; nuestra casa se ha perdido de vista.

—Que ligeros vamos, murmuró Alberto, y volviéndose hácia la madre, agregó; siento hambre.

Trejo contestó, por si y por su esposa,

diciendo: vamos ligero porque la carreta está liviana y los bueyes son buenos. No te has dado cuenta del tiempo trascurrido, porque te dormiste al poco rato de puestos en camino; pero el hambre que sientes, te dirá que contamos algunas horas de marcha.

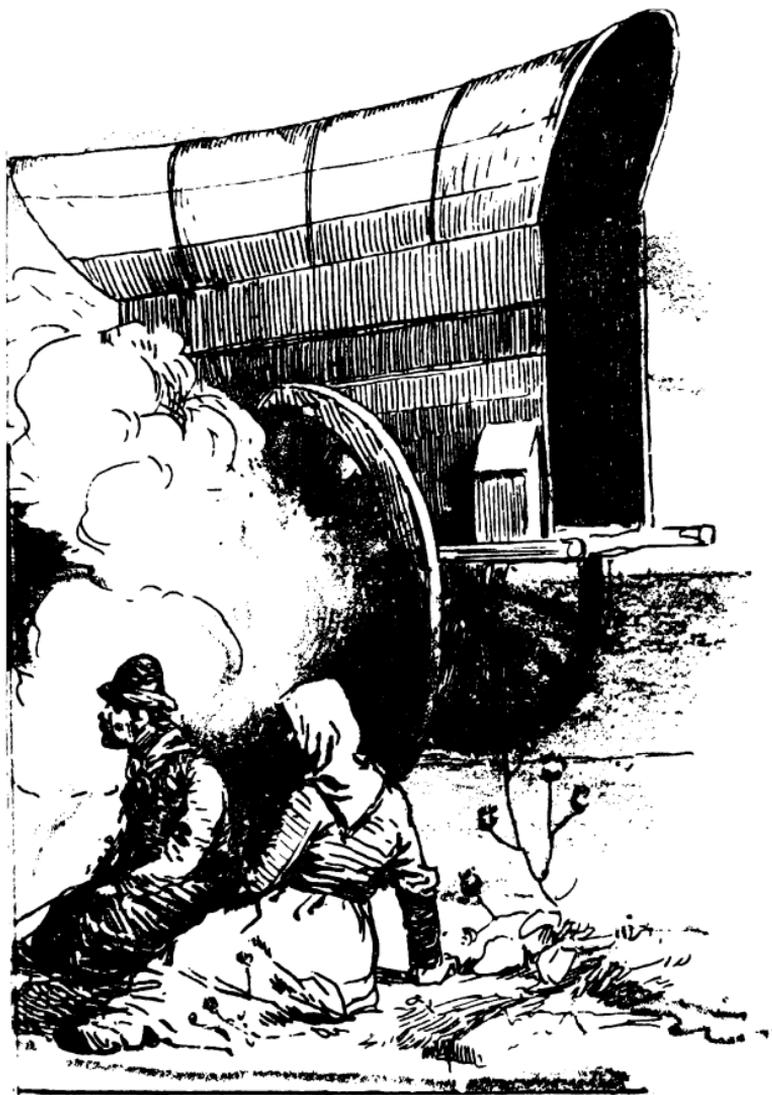
—Podríamos detenernos un momento, interrumpió Juana, acariciando la cabeza de su hijo, pues es hora de almorzar.

Es verdad, contestóle Trejo, pues aunque yo no haya sentido esa necesidad, á los demás no les sucederá lo que á mí. Juan, gritó en seguida al peon que venia en el pértigo, desvia á la derecha, vamos á parar un momento para dar descanso á los bueyes y almorzar. Pasa la palabra á Fulgencio, para que tambien se detenga.

Juan, que venia silencioso y aburrido, se animó al oír la voz de su patron y dando cumplimiento á la órden picó los bueyes de la izquierda, lanzando un fuerte silbido á Fulgencio, que era el otro peon que iba adelante, arreando los bueyes de repuesto y una tropilla de caballos de Trejo.

Fulgencio, oyendo la señal volvió la cabeza y al ver que la carreta desviaba com-





prendió de lo que se trataba. No necesitó de más aviso para rodear los bueyes y caballos y reunirse á sus patrones.

Juan, cuando aquel llegó, ya habia empezado á desunir los bueyes — y Trejo, su esposa y Alberto, juntaban estiercol y pastos secos para encender fuego. Fulgencio se asoció á las tareas de Juan y al poco rato, desocupados todos, formaban rueda á la sombra de la carreta donde Juana encendió fuego y dispuso el almuerzo. Un minuto despues todos comian.

Trejo y su esposa, comieron poco, dando preferencia al mate, que se sirvió en seguida.

El descanso fué de una hora, emprendiéndose luego la marcha interrumpida.

Para Alberto, que pidió cabalgar un rato, se le ensilló uno de los caballos de la tropilla con el recado del padre.

Juana, apenas empezó á rodar la carreta, se dirigió á su esposo, diciéndole:

—No sé por qué me ha causado tanto disgusto como pena, la noticia de la desgracia de Torres y su familia. Es algo como un aviso que me previene contra el bienes-

tar del momento. Allí no ha habido delito, no ha habido crimen y sin embargo, qué castigo!

¿A qué acción atribuir esa pena, á la mano de Dios ó á la maldad de los hombres?

Me encuentro bajo una presión de ánimo la más desgraciada. Empiezo á temer del Gobierno de Rosas y suenan en mis oídos, levantando un eco lúgubre en mi pecho, estas estrofas de una bellísima composición de Mármol que cayó hace pocos días á mis manos—y puedes leer, agregó Juana, sacando de su seno un papel que desdobló cuidadosamente y ¡pasó á su esposo, señalándole donde debía fijar la vista.

Este, un tanto sorprendido, tomando el papel se encontró con la hoy conocida composición, de la que forman parte los siguientes versos:

Por tí, esa Buenos Aires que alzaba y oprimía
Sobre su espalda un mundo, bajo su pié un león,
Hoy, débil y postrada, no puede en su agonía,
Ni domeñar siquiera tu bárbara ambición.

Por tí, esa Buenos Aires más crímenes ha visto
Que hay vientos en la Pampa y arenas en el mar;

Pues, de los hombres harto, para ofender á Cristo
Tu imagen colocaste sobre el sagrado altar.

Por tí, sus buenos hijos, acongojado el pecho,
La frente doblegamos bajo glacial dolor,
Y hasta en la tierra estraña que nos ofrece un techo,
Nos viene persiguiendo, salvaje, tu rencor.

— En efecto, repuso Trejo al dejar de leer, es una composicion que hace vibrar las fibras del corazon. Esas estrofas como las que las preceden y acabo de leer tambien, son tremendas; no se escriben sin estar herido en el alma, sin ántes haberlas sentido. Pero — ¿crées tú que entrañan un agravio motivado, espresándose por una voz de justicia?

— Sí Trejo, lo creo, contestó Juana con firmeza, porque no cabe elevar el pensamiento á esa altura cuando el corazon está hundido en la miseria, en el fango, por el efecto de las pasiones innobles: Mármol no miente, no finje esa voz de justa cólera, como tampoco mienten Varela y Rivera Indarte, que combaten con no menos entusiasmo á Rosas.

— Es que tú te dejas llevar del sentimiento, como te lo he observado ántes.

Esos hombres, enemigos políticos de Rosas, saben tocar la cuerda sensible y lo hacen porque conviene mas á su causa que el hablar á la razon, que es fria y no conmueve á los pueblos.

—No, Trejo, nó; agregó Juana, vivamente. Escucho esa voz porque ella dá expansion á mis dolores, comprimidos desde las bárbaras escenas de sangre del año 40 y próximo pasado. Rosas es una fiera, ha probado ser mal hijo y peor esposo y está probando ser mal padre y pésimo mandatario de un pueblo libre. Déja al tiempo la confirmacion de mis aseveraciones, y ya que me he dejado llevar del sentimiento, como tú lo dices, busca allí la causa de las brumas que envolviendo el espíritu oprimen mi corazon. No podemos ser felices en medio de un pueblo que empieza á contar largos dias de vergüenza y de luto!

Estas palabras, sentenciosas, de Juana, produjeron gran efecto á Trejo que no esperaba desahogo semejante, porque aunque conocia la agudeza de espíritu de su esposa, no la creia preocupada de cosas tan

sérias, y al parecer de la generalidad, tan ajenas á la vida del hogar.

Hizo un esfuerzo y ocultando sus propias creencias y temores, por alentar á su esposa, replicóle, diciendo: cuestion de simpatias, te han hablado de víctimas, que no conoces, y al señalarte el verdugo, por el anatema que lanzan sobre él, haces tuya la causa del oprimido contra el opresor. Verdad que eso es propio de almas impresionables como la tuya y no te lo censuro, aunque no te lo aplaudo. Hay prejuizgamiento en tu proceder porque te has pronunciado sin pruebas de conviccion.

—¡Qué dices, Trejo, sin pruebas de conviccion! No, hijo, no; acuso con pruebas que hacen fe, para mi conciencia hoy, y que la harán mañana, para la historia; sin inclinarme por simpatia, ni á los unos ni á los otros. Ha empezado nuestra conversacion por un hecho—el golpe á la familia de Torres—y me niegas pruebas de conviccion. Ojalá no las tuviera!

Pero ahí están las maquinaciones de Rosas que derrocan á Balcarce, tumban á Viamont y llevan á Maza al sacrificio, cuan-

do maniobra por subir al gobierno con la suma del poder público. Está convicto de perfidia, para con Dorrego y Quiroga; se sabe que dió el símbolo con que vino á autorizar, mas tarde, la fundacion y los hechos salvajes de la *Sociedad Popular Restauradora*. ¿Quieres que te recuerde otros hechos y descienda á sus detalles?—quieres que te hable de las emigraciones que hacen prueba pública de las persecuciones que dirige Rosas, en la oscuridad y el misterio?

Pruebas! Pruebas! Las hay á millares, y pronto hasta en el susurrar del viento se oirá la queja de los vivos y los muertos contra ese verdugo de un gran pueblo, resignado en su martirio y generoso en su venganza, porque no se arma con el puñal del asesino para desgarrar el pecho de tan cobarde como cruel victimario!

—Calla Trejo, por Dios, no mortifiques tus sentimientos para torturar los míos, con una expresion de agravios que causa profunda y abrumadora angustia al alma. Yo sé que no piensas como hablas, en este momento, y que violentas tu modo de

ser, en mi obsequio, creyéndome incapaz de afrontar situaciones desesperantes y preñadas de males como la que circunstancias aciagas han preparado á la República Argentina. Considérame mas avisada y dispuesta á sobrellevar lo que venga.

Tratemos con mas franqueza de la suerte que tales circunstancias preparan á nuestro hijo. Una madre, cuando de ella se trata, se temple como el acero y resiste los mas rudos golpes.

Trejo conocia la índole de su noble esposa, sabia de cuánto era capaz; pero jamás la habia encontrado mas sublime, por su inspiracion, su lógica y su energia.

Bien, hija querida, venga un abrazo y éjame significarte con él todo lo que callan mis lábios, dijo Trejo, echando sus brazos al cuello de su esposa y poniendo así punto final á su interesante conversacion, la que se habian permitido,—agregaremos de paso—porque se hallaban solos y no habia peligro alguno de que sus écos llegasen á oídos del *Ilustre Restaurador!*

En seguida, la conversacion tomó otro giro, ocupándose los esposos de cosas li-

geras y propias para pasar el tiempo, haciendo menos largas las horas del monótono viaje.

De lo que era la campaña de la Provincia, entónces, no nos da una idea el adelanto operado en ella: el aumento de la poblacion y su progreso en lo moral y material.

Las *estancias* eran pobres y reñidas con cuánto proporciona la comodidad y el bienestar.

Eran algo como puntos de destierro y sacrificio.

Edificios espaciosos, árboles para sombra y plantas de adorno, eran cosas de las que se prescindia, casi por completo, en aquella época de oscurantismo y barbárie, traida sobre el país por el empeño de un monstruo, adueñado del poder público — no ya por el efecto del atraso de sus habitantes. Lo que habia de mas ilustrado, culto y emprendedor, se encontraba bajo el anatema del déspota, *fuera de su gracia* y espuesto á sus iras, siempre encendidas contra el progreso y la civilizacion!

No seguiremos á Trejo y los suyos, pues,

en su travesía por lo que llamaremos nuestra desierta campaña de entonces. Su marcha es morosa y sin atractivos para el lector.

Colocados sobre el camino real, en dirección á la que es hoy ciudad de Mercedes, convertida su carreta en hogar ambulante, dejémosles avanzar hácia el punto de su destino, contando impacientes las jornadas del incómodo y largo viaje.

VI

EN BUENOS AIRES

El 20 de Setiembre, á la tarde, entraba Trejo, con su esposa é hijo á la ciudad de Buenos Aires.

Instaláronse en casa de una prima hermana, de estado viuda, que tenia su domicilio en la calle Piedad, entre las de Paraná y Montevideo, casa que ocupó doce años mas tarde, con su escritorio de consignaciones de frutos del país, el señor don Ventura Linch.

Llamábase aquella, Andrónica Anzó de Valladares, establecida en Buenos Aires desde largos años atrás. Su esposo, don Gerónimo Valladares, era español, comerciante en los ramos de importacion y exportacion, en vasta escala. Inteligente y activo, habia logrado imprimir á sus negocios una marcha próspera y parecia llamado á gozar de la fortuna cuando una indisposicion repentina le arrebató la vida, sumiendo á su esposa en un desconsuelo intenso.

Su muerte acaeció el año 1837. Como heredero de su nombre dejaba un hijo, niño de cuatro años, en el que la madre y esposa viuda, concentró todo su cariño.

El arreglo judicial de los bienes que dejara Valladares, despues de la verificacion y pago de los créditos pendientes, aseguró al menor y á la madre, una renta suficiente para vivir tranquilos. Al efecto, el dinero liquidado fué invertido en bienes raíces.

Llegaba Trejo, pues, con su familia, á casa que podia llamar la suya, en donde si no era dado hacer alarde de abundan-

cia, tampoco habia motivo para dar margen á las inquietudes, propias de la escasez.

Andrónica era económica y hacendosa. Distinguíase, no obstante, por un espíritu eminentemente caritativo. Hacia sus ahorros en obsequio de pobres á quienes aliviaba en muchas de sus necesidades apremiantes.

Era bien considerada, en la sociedad, y en vida de su esposo, contó numerosas y selectas relaciones. Despues de la muerte de Valladares cerró sus salones á las tertulias, consagrándose á la educacion de su hijo y al cariño de sus mejores amigas.

Los acontecimientos que estremecieron á Buenos Aires, en Octubre del 40 y Abril del 42, encontráronla, por esa circunstancia, desligada un tanto de vínculos que podian haberle cosechado nuevas y no menos dolorosas impresiones. No obstante, ella oía los clamores de las víctimas y lloraba con amarga pena las desgracias públicas.

Comprendió el despotismo brutal de Rosas y veía con dolor oscurecerse el sol de la libertad que calentando la confianza en

todos los corazones dilata la accion individual y hace el progreso á la vez que extensivo, benéfico á todos.

Inteligente y precavida, supo ponerse en guardia contra el espionage y llenar á satisfaccion, las exigencias de la *Santa Federacion*, apartando de sí y su hijo, los desbordes salvajes de los titulados federales. Pudo vivir tranquila, hasta cierto punto, en medio de la intranquilidad general.

Limitó, en prevision, su servidumbre á una criada que los años habian acreditado en la adhesion y el buen juicio.

Tales son, aunque apuntados á la ligera, antecedentes que dan una idea de los moradores de la casa en donde se hospedaron Trejo y su familia.

Andrónica tenia aviso de la próxima llegada de Juana, su esposo é hijo, y los esperaba de un dia para otro. Su arribo, pues, no la tomó de sorpresa.

Frente á una de las ventanas de la pieza que daba sobre la calle, ocupada en un tejido, se encontraba sentada Andrónica, cuando se detuvo la carreta que conducia á Trejo, á la puerta principal de la casa.

Gerónimo, su hijo, jugaba con unos niños de la vecindad, á los carozos, en el último pátio, y Anselma, la criada, servía mate á su señora.

Esta, apenas vió la carreta, se puso de pié y se lanzó fuera de la sala, por el zaguan, á la puerta de calle, llegando en momentos que Juana, ayudada por su esposo, ponía el pié sobre la vereda. Un paso mas y ambas, atraídas por recíproca simpatía, se precipitaron en brazos la una de la otra.

—Juana!

—Andrónica!

Hacia años que no se veían, y esa exclamacion y un fuerte y largo abrazo, fué toda la manifestacion de su sentida alegría.

La ficcion es viva en su expresion. El cariño sincero, el placer intenso tiene la propiedad de ahogar la palabra, de extinguir la voz para dar expansion á las emociones del corazon, que tienen su lenguaje mudo pero elocuente y significativo.

Desprendida de los brazos de Juana, Andrónica saludó recien á Trejo, que las habia contemplado lleno de placer, con otro abra-

zo no menos afectuoso, y en seguida tomó á Alberto de los hombros y aproximándolo le imprimió un beso en la frente. Luego profirió, emocionada:

— ¡Qué á tiempo llegan! casi podría decir que los esperaba con el mate.

— Hemos llegado en momento oportuno, respondieron simultáneamente Juana y Trejo: puedes decir mas bien, que somos tus convidados de la casualidad.

Y Gerónimo y Anselma, interrogaron en seguida y á una voz, Trejo y Juana :

— Ahí vienen; la una con el mate y el otro atraído por la novedad. Ven Gerónimo, agregó Andrónica, dirigiéndose á su hijo, vas á conocer á tus tios y á tu primo, que acaban de llegar.

Trejo, al ver á su sobrino exclamó, qué mocito está; y Juana, adelantándose para abrazarlo, qué precioso, y ambos á la vez, volviéndose á la madre, qué lindo es tu hijo y qué bello nuestro sobrino!

En seguida, estrecharon la mano á Anselma, la criada, cuyo valor conocian, pasando luego á la sala, á instancias de Andrónica.

Gerónimo y Alberto se dieron apenas la mano, mirándose con reservas ó encogimiento propio de niños que se ven por vez primera.

Trejo, antes de tomar asiento, volvió á salir con anuencia de su prima, para disponer la descarga de la carreta, diciendo: que pongan todo en el primer patio y despues nos ocuparemos de darle mejor acomodo.

Descargado todo, que fué la obra de un momento, Trejo ordenó á Juan, el picador, que se trasladara al *hueco* de Lorea, hoy plaza del mismo nombre, y parara allí la carreta durante la noche, con encargo de volverse al venir el dia, á la quinta de San José de Flores, donde quedara Fulgencio con los bueyes y caballos. Completó sus órdenes á este, dándole algun dinero para gastos, y luego le despidió diciéndole no fuesen á estraviar sus *pases*, resguardos personales de aquella época, ni descuidar sus encargos.

Acto continuo reunióse á Andrónica y Juana, que se hallaban en interesante platica, saboreando el rico mate cebado por Anselma.

Alberto y Gerónimo se mostraban menos esquivos, empezando su aproximación por la iniciativa de este que enseñaba á aquel sus juguetes.

Al entrar Trejo, Andrónica interrumpió su conversacion con Juana, y dirigiéndose á él, le dijo con marcada espresion de cariño: venga Esteban Severo, tome asiento y cuénteme tambien algo de su vida, durante el largo tiempo que ha transcurrido sin vernos.

Bien, querida prima, contestó Trejo, tomando una silla y aproximándose al asiento de Andrónica, *siempre que me permitas las reservas del caso*. Esto lo dijo aquel, con una ligera inclinacion de cabeza, y dejando que jugara una sonrisa picaresca sobre los lábios de su expresiva boca.

Es claro, comprendo lo que para tí importaria la presencia de Juana, tratándose de una confesion, y no busco comprometerme, replicó Andrónica, haciéndole una guiñada á aquella, y correspondiéndole á Trejo su tratamiento de confluencia: no me propongo levantar tormentas donde reina la calma, merced al *misterio* que contiene los vientos de la pasion!

No, nada de eso, porque *mi confesion* no tomara á Juana de sorpresa, conoce mis vicios y virtudes, sabe á lo que nos subordina la ley tiránica de la naturaleza, y me ha demostrado con mas de una prueba que prefiere el amargo de la verdad al dulce de la mentira. Si quisieras interrogarme, en aquel sentido, puedo asegurarte que por cualquier lado que me abordases, estaríamos, ella y yo, prontos á contenerte en tus avances!...

—¿De veras?—¿Qué dices tú, Juana, á esa *seguridad* de Trejo?

—Que está en lo cierto, hija; porque estoy convencida, que el ódio es preferible al amor mentido. No exijo imposibles y contengo mis impertinencias, estudiando, los que se llaman defectos, en mi misma, para conocer y telerarlos en los demás. Ahí tienes, ya que el caso se ofrece, el secreto de nuestra inteligencia y la consideracion ó el cariño, que nos dispensamos recíprocamente.

Bien, muy bien, repuso Andrónica: aplaudo esa generosa franqueza, esa noble lealtad; la vida de verdad ofrece, seguramente,

mas atractivos á los corazones levantados, á las almas que templan el amor y la justicia, estos dos grandes agentes del bien que nos aproximan á todos, obligándonos á dar á cada uno lo suyo. Puedo y debo felicitarles, pues, de que tan sanas ideas y buena inteligencia, mantenga fuerte y liviano, el vínculo de vuestra union. Poseen la dicha suprema: el don de saberse tolerar.

—Gracias, Andrónica, dijeron Juana y Trejo á la vez, y ya que de la broma hemos pasado á la seriedad, debemos completar la *confesion*, agregando, que hasta los disgustos nos vinculan más, porque sirven de enseñanza para conocer mejor las miserias y flaquezas de nuestro sér.

—Benditos sean: el matrimonio, en esa inteligencia, no es para hacer cuestion sobre si sus lazos son susceptibles ó no, de cortarse. Donde existe union tal de voluntades, las prescripciones de la ley escrita están de mas.

—Dices bien, Andrónica; ese es el único matrimonio posible, con lazo indisoluble. Donde falta inteligencia y union de volun-

tades, el nudo de la ley será siempre co-
rredizo cuando no odioso.

—Esa es la opinion que te sugiere tu experiencia, y creo podértala admitir, como exacta, por la comprobacion de antecedentes propios. Yo tambien he vivido en union feliz, con mi finado esposo, y no sin haber pasado por mas de una tormenta, con su correspondiente séquito de disgustos. La luz de la alegria, en el mundo de la felicidad, como la luz del sol, en el mundo físico, sufre sus eclipses, para bien de los que viven de una ú otra, porque despues de las sombras del momento, se la aparecia siempre mejor.

—Cada uno habla de la féria segun le vá en ella, dice un refran conocido, interpuso Trejo; asi que nosotros, podemos devolverte la felicitacion que nos hiciste, por que no has sido menos dichosa, como casada, y porque no puedes ser desgraciada, como viuda, con los legados que te dejara el matrimonio: un hijo precioso y recuerdos tan gratos.

—Es cierto, repuso Andrónica, tributando culto á los recuerdos y verdadero cari-

ñe á mi hijo, soy feliz hasta donde es posible serlo, en la viudedad y el aislamiento. Lo que Dios ha dispuesto está bien dispuesto. Y ahora que sé, como lo han pasado vosotros, como esposos, —¿no me dirían cuál ha sido el éxito de sus trabajos ó negocios?

— Por qué nó, si en obsequio de la brevedad, permites que saltemos por sobre los detalles para noticiarte de lo sustancial.

— Sin inconveniente alguno, por el momento, pues de ellos nos ocuparemos con Juana, en nuestras *charlas* íntimas. —¿No te parece, hija? interrogó Andrónica, volviéndose á esta.

— Perfectamente, contestó Juana; dejemos á Trejo la relacion de lo principal, que ya nos quedará lo suficiente en los retoques para completar el cuadro.

— Tú recordarás, Andrónica, la muerte de mi padre, tu tío, porque viviamos cerca y éramos de una misma edad. Puedo, pues, dejar de lado esa referencia dolorosa.

Mi madre, de salud delicada, se sintió muy quebrantada con la pérdida de su es-

poso, y el peso de las atenciones que su muerte arrojó sobre ella. Empezó á languidecer, y antes del año de ausentarse tu familia para este destino, entregaba su alma al Criador, con la sonrisa de los buenos en sus lábios.

¡Pobre madre mia!

.....

Dos años mas tarde, hecha la liquidacion de los bienes que quedaron, entre mis dos hermanos y yo, aquellos emigraron, el uno á Bolivia, el otro al Perú, pronunciándome yo por la República Argentina. Esto se sucedia allá por Setiembre del año 1830.

En Santiago del Estero, donde vine á establecerme, permanecí hasta principios del 35, pasando en seguida á esta Provincia, punto de mi actual residencia.

De Santiago me trasladé aquí, buscando la paz y los progresos de una civilizacion mayor, y no puedo decir que me hallé satisfecho de la resolucion. He encontrado iguales causas de intranquilidad, aunque en lo referente á *negocios* no tenga de que quejarme. A este respecto, he adelantado notablemente.

El campo que arrendé en el partido del Bragado, está bien poblado de haciendas, tiene buenos edificios y estoy en via de adquirir su propiedad. Una pequeña diferencia, en el precio fijado para la venta, es todo lo que obsta á la adquisicion.

Don Juan Robbio, con quien tengo alguna relacion, es el encargado de negociar la compra.

Don Saturnino Unzué, que es el consignatario de esta plaza de frutos, á quien fio todos mis asuntos y consulto casi todos mis negocios, me aconseja la compra. Cree que es una posicion de gran porvenir. Yo, sin embargo, no me apuro á celebrar trato, porque mi plan es otro. Tengo todavia dos años de contrato, y un dinero que poseo, en manos de Unzué, lo he destinado para la compra de dos fincas, en esta ciudad, cuya renta pienso afectar á los gastos de la educacion de Alberto.

En ese momento de la conversacion, Anselma, que seguia sirviendo el mate, anunció á su señora que tenia pronta la comida.—Bien, hija, díjole esta, deja el mate y espera que te avisaré cuando debas servirla.

Trejo, que habia oído el aviso de Anselma, interrumpió su relato, diciendo: Bueno prima querida, allí podemos poner el punto suspensivo, por el momento, y hasta si quieres, dejar la palabra á Juana.

—Aceptado, y ya que para ello estamos preparados, vamos á tratar de reponer las fuerzas gastadas. La hora de comer, en esta vuestra casa, ha sonado. Pero, ante todo, y mas vale tarde que nunca, vengan conmigo para ver la pieza que les tengo destinada. Esto dicho, Andrónica se puso de pié y con una indicacion de la mano, señaló paso á sus huéspedes, por las piezas interiores, que seguian hácia el fondo, en número de seis con la que cuadraba el primer patio.

La casa de Andrónica no solo era espaciosa por el número dicho de piezas, sino por el terreno en que estaba edificada. Tenia dos patios divididos por una pieza-comedor y un fondo vasto poblado de árboles frutales, separado del segundo patio por pilares de ladrillos unidos con rejas de hierro.

No ostentaba muebles lujosos, pero con los que poseía, estaba á nivel de las casas

mèjor tenidas. El gusto delicado de la moradora, se acusaba por el arreglo y la limpieza que presentaba el todo.

En materia de pintados, debemos no obstante, hacer una salvedad; reinaba en absoluto el color impuesto por el *gusto superior* de la época: el rojo!

Saliendo de la sala entraron á la antecala y pasando por esta siguieron al dormitorio de Andrónica y luego al comedor y pieza inmediata que era la arreglada para los huéspedes.

En seguida, habia una pieza mas, la del baño. Anselma, la criada, ocupaba un cuartito pegado á la cocina, sin comunicacion á las piezas principales. Gerónimo, desalojado de *su nido*, por sus tios, habia visto su cama colocada en el dormitorio de su madre, donde ántes la tuviera cuando mas tierno en edad.

Juana y Trejo, felicitaron á Andrónica por la comodidad y el arreglo de su casa.

Tienes, la decian, cuanto se ha menester para llevar una vida dichosa, observacion tal vez fundada; pero que solo sirvió para arrancar á Andrónica, una triste sonrisa.

¿Acaso no era feliz, gozando de regular fortuna y esa comodidad?

¡Quién sabe!

Lo que no se posee constituye una aspiración, y aquello que poseemos sirve apenas de pábulo, á nuevos anhelos. De ahí que el pobre crea, que la felicidad está en la riqueza, y el rico en el poder, en la gloria; el renombre, la posesion de una mujer hermosa ú otra quimera por el estilo.

Andrónica era mujer de organizacion superior, dotada de inteligencia clara y poseedora de mediana ilustracion.

Habia penetrado la realidad de la vida, en todas y cada una de sus manifestaciones, y separando la obra de Dios de las creaciones del hombre, sentia su alma desgarrarse ante la soberbia de este, desafiando la grandeza de aquel. Encontraba el órden natural invertido, las leyes humanas dictadas para pugnar con las divinas ó sobreponerse á ellas. Una libertad, para el hombre, que no conocia los límites de la moral ó la justicia, y una sujecion, para la mujer, incompatible con la luz de su inteligencia y la nobleza de su corazon. Su *felicidad* la

hacia desgraciada, porque sintiendo necesidades donde no habia escaséz, se daba cuenta de las angustias de aquellos á quienes la miseria apagaba la luz de los ojos y las alegrías del alma!

.

—¿Con qué les parece bien mi arreglo de casa y el alojamiento que les he preparado?—Mas vale así, contestó Andrónica á esa interrogacion, dirigida á Juana y Trejo, agregando:

—Ahora vamos á comer.

—Anselma, llama al moreno Manuel, de la esquina, y dile que entre esas cosas, que están en el primer patio, al cuarto del baño, colocando los baules en la pieza del señor Trejo, y luego sírvenos la comida.

Gerónimo, Alberto, gritó Andrónica, en seguida, mirando hácia la huerta: vengan á comer.

Los niños, que jugaban á los carozos, se pusieron á embolsarlos, en un pequeño saquito hecho al efecto, que Gerónimo tenia en el bolsillo, disponiéndose á acudir al llamado de aquella. Entretanto, Juana seguida de Andrónica y Trejo, pasaban al

comedor. Al rato llegaron Alberto y Gerónimo, convertidos en grandes y buenos amigos.

—¿Han jugado mucho, les interrogaron Juana y Andrónica, casi á un mismo tiempo?

—Sí, contestó Gerónimo—y ya Alberto tiene *cuenta* conmigo, porque le he prestado y lo he *peiado* en todas las jugadas.

—Ya encontrará su desquite, interpuso Andrónica, agregando: que no sea ese, motivo para disgustos; ahora vayan á lavarse las manos y vengán á la mesa: Vamos á comer.

Algunos segundos mas tarde, todos se hallaban sentados á la mesa, y Anselma, cumpliendo el encargo que le hiciera la señora, habia servido el primer plato.

Antes de romper el pan, Andrónica dobló la cabeza sobre el pecho, juntó las manos y rezó una corta oracion. Todos imitaron el ejemplo.

Comióse en seguida, con apetito, acusando cada uno, cierta satisfaccion, propia del momento y de las circunstancias.

Hablóse sobre diferentes tópicos, fijándose la conversacion sobre escuelas, en la que

se trajeron á comparacion las de años anteriores con las que existian en la época. El juicio deducido, con acuerdo general, fué desfavorable á los progresos de la enseñanza pública. La dictadura habia pesado sobre ella, interrumpiendo no solo su desarrollo, sinó tambien su subsistencia.

Terminada la comida se sacaron sillas al patio, sentándose allí las personas mayores, á gozar del fresco de la noche, que era serena y hermosa. Los niños quedaron jugando en el comedor, entretenidos por cuentos que les contaba Anselma.

Cerrada la puerta de calle, á la oracion, la familia quedaba reducida á sus propios dominios y libre de entregarse á sus confianzas mas íntimas.

La suerte que podía reservarles el porvenir, se hizo en seguida el tema obligado, cruzándose las ideas ya en pro, ya en contra de la felicidad, por sugerencias mas bien intuitivas que fundadas en hechos producidos y fáciles de apreciar.

Juana, que era la mas aprensiva, estrechada en sus protestas, se defendia diciendolo; la voz de la esperanza con que preten-

den levantar mi espíritu abatido, puede compararse á la luz que nos llega, en este momento, del cielo, alumbrado por las estrellas: es débil y parte de un fondo oscuro é insondable:

No arroja claridad sobre lo desconocido proyectándola tan sólo sobre lo dudoso.

Creo que hacen alarde de una confianza que no abrigan, porque las razones, si admisibles, en que la fundan, escapan á mi penetracion.

—Eso mismo, objetó Andrónica, podría oponerse á los fundamentos de las dudas y los temores que espones.

—Es verdad, interpuso Trejo, á su vez.

—De ninguna manera, replicó Juana, porque todo es tan prestado, en la vida, que para un motivo de confianza, encontramos mil de incertidumbre. Pero, no hagamos cuestion de ello, á fin de evitar esa desazon que nace de toda controversia arrancada á los dictados de la razon.

—Acepto tu indicacion, no por el temor de agriar la conversacion, sinó porque es hora de descansar.

Un momento despues, despedidos en fra-

ternal cariño, Andrónica y sus huéspedes, pasaban á sus respectivos dormitorios en donde, desde dos horas antes, los niños, rendidos por el sueño, dormían tranquilamente.



Al día siguiente, cuando los primeros rayos del sol cayeron sobre la ciudad de Buenos Aires, alumbrando primero los picos de las elevadas torres de sus numerosas iglesias, y luego sus angostas calles formadas por cuantiosos edificios, esparcidos de Norte á Sud y de Este á Oeste, arrancando de la orilla del soberbio río que lame, á veces silencioso y otras con rábía impotente, su ancha base, Andrónica abría, como de costumbre, la puerta de su dormitorio y salía á despertar á la criada.

Anselma, raras veces necesitaba del llamado para ponerse de pié; casi siempre su señora la hallaba ó levantada ó despierta.

Lo que sí, ella esperaba dentro de su cuarto, la voz de Andrónica, porque sabía que así complacia á su señora.

Trejo y su esposa, que ya se habían le-

vantado, al sentir que Andrónica abrió la puerta, salieron al patio, yendo á su encuentro.

Saludáronse afectuosamente, diciendo la que venia: hasta ahora, desde la muerte de mi esposo, yo habia sido la primera en moverme todos los dias, en esta vuestra casa.

Hoy vosotros me han tomado la delantera. Vamos á ver, pues, si han llenado mi primera obligacion:--¿recordaron á Anselma para que sirva el mate?

—No; dijo Trejo; pero Juana que no puede estarse quieta, ha adelantado trabajo: ya tenemos fuego encendido y agua caliente.

—Perfectamente; ya veo que son gente advertida.

Al saludo obligado de la mañana, siguiéronse las preguntas sobre el cómo se habia pasado la noche, empezando recién á sustanciarse la conversacion, asi que Andrónica interrogó á sus huéspedes acerca de los dias que pensaban permanecer y las principales diligencias que los habia traído á la ciudad.

Trejo, que fué quien usó de la palabra, limitándose Juana, prudentemente, á terciar una vez que otra, informo á aquella de cuanto tenían proyectado.

—Pocos dias piensan acompañarme, lo que siento, porque ya ven lo sola que estoy. Pero, tal vez sea mejor no acostumbrarse á lo que poco mas me podria durar.

Respecto de Alberto, puedo decirles que pongan sus precauciones de lado: irá á la escuela con Gerónimo, á quien me propongo hermanarlo, desde ya, sin pretender arrebatárselo: haré por él cuanto pueda hacer en bien de mi propio hijo.

—Gracias, articularon Juana y Trejo, simultáneamente: con eso nos haces un servicio impagable.

—Nada de eso, repuso Andrónica; lleno en ello un deber de parentesco y de cariño.

Ahora, respecto á tus otros proyectos, soy de opinion, mi querido Trejo, que consultes á personas competentes.

Preferir la compra de dos fincas aquí, al campo que posees en el Bragado, es ya cosa seria.

Yo debo escusarte mi juicio, porque podrías creer, al aconsejarte lo primero, que me faltaba voluntad de ayudarte en la educación de tu hijo, y esto por nada lo querría.

—Está bien; sí, comprendo tus objeciones, repuso Andrónica, en seguida, respondiendo á la protesta que contra ese temor le significaron, Trejo primero y Juana después: No será así; pero mi delicadeza me obliga á obrar con esa reserva.

Por otro lado, debes tener en cuenta lo mucho que te ha costado el capital adquirido para disponer de él tan á la ligera.

Esa es mi opinion.

—Y ha sido la nuestra, interpuso Trejo, porque bien lo teníamos pensado con Juana para acordar sobre lo que te hemos indicado.

—Bien, entónces, ya que han formado acuerdo, que el acierto guíe tus resoluciones y propósitos.

Un pequeño golpe, dado á la puerta de calle, distrajo la atención de todos, llevándola hácia aquel punto.

Era el lechero.

—Qué divisa trae tu marchante, observó

Trejo al momento, fijando la vista en el lechero.

—Sí, y hoy me parece que la lleva pequeña para la que usa otros días.

Se las echa de gran federal!

—Y tal vez, el desgraciado, sea todo, ménos, un adicto al *ilustre* Restaurador y su humillante sistema de gobierno.

—Bien puede ser, porque ya se sabe por de mas, lo que pasa á quienes infringen sus disposiciones.

Nosotros mismos no estamos libres de esa tiranía que pesa hasta sobre nuestros pensamientos mas íntimos.

—Es verdad; observó Trejo con espresion de tristeza: La época es de sumision al fuerte, de obediencia ciega al que manda, lo que empieza á producir la corrupcion de las buenas costumbres con el falseamiento de todo principio de libertad y de justicia que, socabando los cimientos del presente, acabará por minar el porvenir en su base.

La generacion que nos suceda, si no se obra una reaccion violenta, tendrá por herencia la degradacion moral á que nos lleva la actualidad.

—Sin duda alguna, porque no podrá ser otra, con una educacion de tan mal ejemplo.

Uno es lo que lo hace la atmósfera en que se forma.

—Qué desgracia mayor!

No es el presente de todo despotismo, su peor lado y el que mas se debe temer; es el porvenir que engendra.

Un miserable, elevado al poder, sea cual sea la circunstancia que le hubiese favorecido, suelta las álas de la ambicion de otros cuyo camino prepara, rompiendo los vínculos de la moral que son las ligaduras de toda agrupacion, para el bien, en el orden y la accion de la vida política.

Siembra el mal, que ora se sofoque ó nó, combatiéndolo, echa raices, cuyos retoños siempre se deberán temer.

Tal es una advertencia de la historia universal que la esperiencia, por ajena observacion, me ha confirmado.

—Y esa, precisamente, observó Juana, es la que me trae mas preocupada respecto del porvenir de mi hijo.

¿Quiéres algo mas desesperante, para una

madre, que no poderle dirigir los ojos al cielo, *con la voz de una plegaria*—á la luz del día—sin ántes haberle arrancado *un viva á la federacion y un muera á los salvajes unitarios?*

Eso es presentarle ante Dios, niño áun, con la rabía en el pecho y la maldicion en los lábios; es hacerlo indigno de la divina misericordia.

.
 Vestirlo, con esta cinta punzó, agregó despues de una ligera pausa—tocando la del adorno en su cabeza—es uncirlo desde ya al carro del Dictador, despojándolo de su dignidad de ser libre y pensante.

¿Qué somos, nosotros mismos, ante nuestra conciencia y la opinion del mundo civilizado, llevando este moño con su lema salvaje?

.
 Andrónica, que se mostraba conmovida por las sentidas frases de Juana, como mujer de corazon y madre tambien, iba á usar de la palabra, cuando un segundo llamado á la puerta de calle, le selló los lábios.

Era el repartidor de «La Gaceta Mercantil» que se presentaba despues de tres dias de ausencia.

La puntualidad no era artículo de su credo, y su falta á ella era pecado en que incurria con frecuencia.

Venia trayendo los números correspondientes á los dias 18, 19 y 20 del mes de la fecha. Los recibió Anselma pasándolos á su señora.

Esta, á su vez, los puso en manos de Trejo, diciendo: ahí tienes otra imposicion de la época.

Yo jamás leo esa voz de esclavo, ensalzando al amo que le martiriza en su servicio!

Eso no obstante, vamos á ver lo que trae *esa visita*, repuso Trejo, tomando las tres hojas impresas.

Bien, mientras tú lees, nosotras haremos otra cosa. Vamos Juana á levantar á los muchachos y disponer el almuerzo para que nos quede libre el resto del dia.

Cuando el reloj del comedor marcó las nueve, Andrónica ayudada por Juana, habia vestido á los niños y terminado el arreglo interior de la casa.

En seguida, se almorzó, saliendo Trejo con su hijo, á sus ocupaciones, lo mismo que Gerónimo, con rumbo á la escuela.

Juana y Andrónica, pasaron á la pieza costurero, para ocuparse del arreglo de los vestidos de la primera, conforme á los usos de la ciudad.

Mientras cosieron, despues de cambiarse algunas bromas sobre los caprichos de la moda, Andrónica, dando otro giro á la conversacion, preguntó á su amiga, si habia notado el silencio guardado por su esposo asi que hubo leído *La Gaceta*.

—Sí, replico esta, y lo atribuyo á mala impresion, causada por la lectura.

—¿Te parece?

—No me cabe duda.

—En ese caso, pronto haré que nos haga saber los motivos de su disgusto.

—Perfectamente; y á propósito de impresos, tuve ocasion, con motivo del arreglo de hoy, de tu casa, de ver entre los que guardas, una coleccion del periódico «La Aljaba», que fué una interesante publicacion destinada á nuestro sexo.

—Es cierto. ¿Conocias tú ese bi-semanario?

—Sí; y lo poseo por obsequio de una amiga que me lo regaló cuando residía en Santiago del Estero.

—Pues, hija, me alegro porque creo que tendrás un placer mayor al conocer á la que fué su editora. Es una amiga con quien conservo relacion estrecha.

Me visita todos los sábados. Hoy somos juéves; vendrá pasado mañana.

Tiene colegio en la calle de los Mendocinos entre las de la Merced y Cuyo.

Es de un trato que deleita.

—Pues no, hija; será un placer que en verdad te agradecería.

Su periódico dice lo que es su cabeza y su corazon. Lo he leído y releído muchas veces, descubriendo siempre algo nuevo y bueno.

Hasta cierto punto, puede decirse que lo anticipó á su tiempo, acusándose partidaria de la *nivelacion de los sexes*.

Se ha revelado una republicana en *el hecho y el derecho*.

Ha entendido que la soberanía del pueblo no puede ser una verdad mientras no surja de la autonomia del individuo, porque

no caben dos principios en la *unidad* de la justicia y la libertad.

Es decir, una libertad para el hombre y otra para la mujer, desde que, ante el deber y la moral, ambos tengan trazados una misma línea de conducta.

No te asombre que te hable de *cosas* que quizá, nunca habrías creído que me hayan ocupado, á no ser esta ocasion de revelarme que descorre un tanto más, ante tu vista y tu razon, el velo de mis *preocupaciones*.

—Habla, hija, habla, que hallarás una hermana en el pensamiento como la tienes encontrada en el corazon.

—Ah!

—Ya te habia sorprendido en tu sér íntimo.

Tú tambien piensas, estudias y buscas la razon y el objeto de la vida!

¡Pobre amiga!

Ya tendrás, como yo, tus ratos amargos al elevarte por la imaginacion y hacer desfilar ante la vista, los rebaños de la especie, esclavizados, unos por su ignorancia y otros por su miseria.

¡Con cuánto horror se mira á los que manejan el látigo, desde las alturas del sentimiento y la razon!

¡Cuánta maldad acusa el que vé y desvia al ciego, de la felicidad, para convertirlo en combustible de su ambicion!

.



Yo he encontrado que los artículos de «La Aljaba» obedecen, sin la excepcion de uno solo, á fines elevados de mayor civilizacion y progreso.

Tratan sobre la educacion del hogar; la instruccion de la mujer; la existencia de Dios y la religion que obliga su culto, explicando otros á la vez, los deberes de la amistad y del amor á la patria y los peligros de la vanidad, de la envidia y del lujo exajerado.

—No obstante, tuvo como lo dice su pequeña coleccion, una existencia efimera.

—Eso se comprende: no encontró público para sostenerlo y el *por qué*, de esto, nos lo explica el espectáculo que ofrece la sociedad.

Pero,—¿quién nos negaría que en estos momentos no sea la luz que guía á través de las tinieblas?

A pesar del silencio que ha impuesto la tiranía, se percibe el leve rumor de la protesta.

Como pensamos nosotras —cuántos otros no pensarán con el poder de obrar de acuerdo?

—Es cierto, y lo dice la resistencia, al parecer abatida, pero en realidad tomando consistencia, para día no lejano.

Un rumor de pasos en el patio, hizo que ambas cortaran la conversacion, fijando la vista en la puerta de entrada.

Era Alberto.

—Y tu padre—preguntóle Juana, apenas se presentó á la puerta de la antesala.

—Me dejó en la esquina, diciendo que pasaba á lo del señor Unzué.

—Entra y toma asiento, díjole Andrónica, y cuéntanos como te ha ido.

—Creo que bien. El señor con quien habló tatita, me hizo algunas preguntas sobre lo que sabia de gramática, geografía y cuentas.

Despues me alcanzó un libro, pidiéndome que leyera un poco, y por fin me hizo sentar y escribir.

En seguida, confeccionó una lista de libros y se la dió á tatita.

—Y para cuando se ha fijado tu ingreso á la escuela? preguntó Juana.

—Si no he entendido mal, para despues de las vacaciones que empezarán el 25 de este mes.

—Perfectamente, interpuso Andrónica; tienes de perspectiva un mes de paseo y de preparacion para el conocimiento de tus libros.

Alberto guardó silencio.

—Qué te ha parecido la ciudad, interrogóle la madre.

—Bien, contestó aquel, con una expresion que ponia en duda la sinceridad de la palabra.

—Vamos—¿no te ha gustado?—interpuso Andrónica.

Habrás extrañado la caminata y el mucho polvo, ó te ha impresionado desfavorablemente la vista de los pantanos y de las malas veredas.

El caso es que *nuestra* ciudad no te ha caído en gracia—¿verdad?

Alberto miró á su tia, recogiendo sus palabras sin objetarlas ni consentirlas.

En la imaginacion se habia forjado una ciudad que no halló á primera vista.

La impresion recibida en los suburbios, á su entrada, y la que le produjera su internacion al dia siguiente, hasta la iglesia de San Miguel, en cuyas inmediaciones estaba situado el colegio del señor Persy, adonde le condujera su padre, despojaron la idea preconcebida, de sus mas bellos atractivos.

No se le presentaba Buenos Aires como la ciudad soñada.

Le habia herido una decepcion y sentia desvanecerse sus ilusiones.

Así se explica su silencio, cuando fué interrogado por su tia de una manera tan formal.

Verdad es tambien, que la ciudad de aquellos años no es para imaginársela por la que hoy conocemos.

Su fisonomia era aldeánica, su aspecto triste.

A pocas cuadras de la plaza de la Victoria, las principales calles no tenían empedrado, las veredas, de suyo angostas, con piso de ladrillo ó baldosa, eran estrechadas por postes colocados de trecho en trecho, sobre el cordón.

Pocos eran los edificios *blanqueados*, único lujo exterior—usado entónces—en las principales casas. Sus techos, con poquísima excepciones, eran de teja, de los que arrancaban unos caños de lata en forma de canaletas, cortos, que servían para arrojar las aguas pluviales sobre la calle ó veredas, en gruesos chorros.

Las rejas de las ventanas en gran número, sobresalían de la pared hácia la calle.

Las puertas de entrada eran estrechas y bajas.

El pintado en boga, que era el rojo, había condenado todos los demás colores á *muerte*.

Se les consideraba *salvajes unitarios*.

Pocas eran las calles, cuyo lecho, en alguna parte, no se hallase ahondado por pantanos de carácter inextirpable, muchos

de los cuales constituían barreras insuperables para los transeuntes.

La renombrada *alameda*, y las plazas—puntos de desahogo para la población—eran parajes sin atractivos y por lo general poco concurridos.

Lo que era el polvo en los días de viento, suave ó récio, es algo de que muchas de nuestras familias guardarán memoria, porque no son pocas las que pueden remontarse á aquella época y comparar *los tiempos que son con los tiempos que fueron*.

Era *cosa* desesperante, insoportable.



—Bueno, agregó Andrónica, al momento, no hablaremos mas de lo que parece te causa desagrado.

Y levantándose fué hacia Alberto y dándole una palmadita en un hombro, le dijo: vén, voy á tratar de alegrarte con alguna *cosita* que te parezca mejor.

Alberto, que no habia perdido las *ata-duras*, propias de la edad y la falta de confianza, fijó los ojos en su madre, como

interrogándola á cerca de lo que debia hacer.

Esta, leyendo lo que pasaba por el alma de su hijo, salió á su ayuda, diciéndole: acompaña á tu tia que quiere obsequiarte.

Es necesario que no uses de cortedad ó reservas para con ella, pues desde hoy, será una segunda madre para tí.

Anda hijo, y has por quererla como á mi me quieres.

Alberto, acatando en silencio las indicaciones de su madre, levantóse y siguió á Andrónica.

Pasaron al comedor y allí hizole ésta tomar asiento, sirviéndole un platito de dulce y pan.

—Lo que termines de hacer los honores á esa golosina, puedes jugar un rato, si quieres.

Anselma te dirá donde guarda Gérónimo sus juguetes. Entre ellos encontraras pelota, trompo y barrilete. Toma el que te parezca mejor.

En seguida, Andrónica sirvió otro poco de dulce, que cubrió con un plato semejan-

te al ocupado, vuelto hácia abajo, poniéndole un pan encima.

—Esto, dijo, es para mi hijo, que vuelve de dos y media á tres de la tarde.

Ahora, hijo, voy á reunirme á tu madre.

—En qué piensas Juana, profirió aquella, entrando de pronto á la ante-sala, al ver á esta con la costura abandonada sobre sus rodillas y la vista lanzada al espacio, por la puerta que daba comunicacion con el patio.

—En lo que he cosechado hasta aquí, de la vida, para deducir lo que pueda esperar del porvenir. Cuántas ilusiones desvanecidas!

¡Cuántas realidades amargas forman los dulces halagos de la juventud!

—Es locura mortificarse el alma con pensamientos semejantes; yo, dijo Andrónica, los desecho siempre.

—Sí, yo también, cuando puedo, pero es que vuelven con abrumadora insistencia.

No sé si son un efecto de la soledad.

Tú sabes lo que es un hogar en el que, al rededor de la madre, no giran mas que el esposo y un hijo.

Aquel, tiene sus negocios fuera. Este, sus juegos un dia, y otro sus estudios.

Así una queda sola durante horas, todos los días.

Es entónces, cuando aquellos pensamientos nos asedian, logrando ejercer su influencia sobre la cabeza y el corazón.

—Veo ahora, con lo que dices te pasa, que hice mal en dejarte sola.

—Qué locura!

Pretender que no te separes un rato de mi lado, equivaldría á una union de cuerpos que te convertiría en esclava durante mi permanencia.

Esa no sería la felicidad ni para tí ni para mí.

Y ya sabes que no soy egoísta, desear mi propia felicidad en la ajena.

—Lo sé. Pero á falta de otro—¿qué remedio buscar para tu mal?

—Ese es precisamente el objetivo de mi preocupación.

Tantas veces he creído que una hija mujer habría podido traer la alegría á mi casa, renovando mis ilusiones con las suyas.

Pero la idea esa, como tantas otras, no ha resistido largo tiempo el embate de la realidad, traído á su encuentro por la luz de la experiencia adquirida.

Para un porvenir dudoso—el de un matrimonio feliz—¿cuántos peligros inminentes y ciertos, no amenazan á la hija mujer?

—Es verdad; el destino que la sociedad prepara á la mujer, es bien triste.

Convengo contigo, en ello, porque mas de una vez me ha preocupado el mismo asunto.

Mi estado de viuda, que es una situacion anormal, ha refrescado tambien el tema, haciendo que le dedique hoy, mas de un pensamiento.

La mujer soltera, sufre la privacion de una dicha imaginada; y la viuda, la de una felicidad probada.

Ya vé; esta situacion se diferencia en mucho de la otra.

—Es cierto, Andrónica. El ciego de nacimiento no puede sentir la ausencia de la luz con igual intensidad al que perdió la vista despues de conocerla.

Con todo, la diferencia no obsta á que ambos males se curen con un mismo remedio: el de encontrar marido!

—Sin duda; pero allí está la dificultad que produce el mal y no es de las que se vencen con la misma facilidad que se descubren.

Las situaciones se asemejan en un sentido y se diferencian en otro. Es una disyuntiva en que las probabilidades de éxito están á favor de la soltera.

La flor marchita vale menos que la lozana!

Si desesperante es, pues, la situación de la soltera —¿cuánto más no lo será la de la viuda?

—Haciendo una salvedad, á favor de la excepcion, te admito la observacion como regla de lo que sucede.

Y bien.—¿no es esa la razon precisamente, que nos ha llevado á encontrar triste el destino que la sociedad prepara á la mujer?

—Justamente.

Bien, entónces, el problema queda por resolverse.

Hay que buscar otro remedio á más del indicado.

—Efectivamente.

—¿Y has tratado alguna vez de descubrirle?

—Sí; pero sin una luz que me guie, ni una autoridad, en el mundo del pensamiento, que estimulase mis esfuerzos.

—¿Y no es tu inteligencia una luz?

—La necesidad que se palpa, —¿es acaso una mentira y no una verdad que autoriza el esfuerzo llamado á satisfacerla, corrigiendo el mal que entraña para el bien comun?

—Sí; pero es mi inteligencia una luz que no brilla con el *fósforo* de la instruccion.

Y la verdad que apuntas, es tan abrumadora que, en vez de resistirla, me siento desfallecer bajo su peso.

—Pues, hija, yo me he atrevido á pensar al respecto y creo que la felicidad de la mujer depende de una mayor preparacion para el desempeño de los deberes que trae consigo la subsistencia y de su libertad para el trabajo.

El dia que la mujer sepa ganarse el pan, no se verá esclavizada á los caprichos del hombre, ni obligada á mentir afectos que no siente.

Entónces, los impulsos de su corazon y de su dignidad—en el órden de la naturaleza y de la sociedad—le dirán lo que debe ser el amor.

—Oh! Eso es lanzarse demasiado lejos

en lo que llamaré los dominios del porvenir.

Seria cambiar la fisonomía y el ideal de la sociedad, doblando y haciendo mas peligrosa la competencia, en todo trabajo, de comercio y de industria.

—No, querida Andrónica, sería cuando mas, amoldarse al progreso y seguir sus corrientes naturales.

Con la última palabra de Juana se presentaba Gerónimo en la puerta de la antecámara, dando las buenas tardes y preguntando exabrupto, por Alberto.

—Pero, hijo, que apuro te trae, que apenas saludas y no dices cómo te ha ido en la clase, dijo Andrónica, envolviendo á Gerónimo en una mirada de cariñosa reprobación.

—Ninguno, mamita; vengo con ganas de jugar.

—Así son los niños, interpuso Juana: el mío padece de los mismos achaques de atolondramiento.

No lo riñas por eso.

—Bueno, hijo, repuso Andrónica, á Alberto lo encontrarás en la huerta, entretenido con tus juguetes.

Pasa antes por el comedor, que allí he puesto algo para tí.

Gerónimo no se hizo repetir la indicacion.

Giró sobre los talones y pasando por el comedor, donde se detuvo algunos segundos, se reunió al momento, con Alberto, que tenia su barrilete remontado y jugaba á los *tajitos* con un *desconocido* de la vecindad.

—El que juega con aquel barrilete, díjole á este, apenas se reunió á él, es Domingo Salvareza.

Ya verás como se lo cortamos, agregó, pidiéndole á Alberto el hilo para manejar el barrilete.

Domingo, es un *chambon*; y vos, segun parece, te das la mano con él.

Pronto se confirmó el calificativo con que Gerónimo nos presentaba al desconocido.

Así que obtuvo el hilo le recogió rápidamente, haciendo subir el barrilete.

Domingo le imitó, buscando echar el suyo sobre el de Gerónimo, para enredarlo y hacerlo caer.

Este, suelta hilo entónces y hace que la

cola de su barrilete caiga sobre el hilo del contrario, recogiendo en seguida rápidamente.

La cola, que estaba munida de una pequeñísima hoja de acero, afilada, al rozar sobre el hilo del contrario, le cortó.

El barrilete de Salvareza quedaba, pues, fuera de combate.

—Vés, dijo Gerónimo, volviéndose á Alberto: ya lo *embromamos*.

—Ahora, juguemos á otra cosa; voy á bajar el barrilete y vamos á buscar los trompos.

Un momento despues, ambos habian empuñado una partida á los *puyazos*.

Asi entretenidos, dejemos á los muchachos para volvernos á encontrar, con Andrónica y Juana.

—Ya vés lo que son los niños, observó esta, así que Gerónimo se alejó: no tienen otra preocupacion que la de sus diversiones.

—La que cuadra á su edad, pero una preocupacion al fin.

Siempre algo que trabaja el pensamiento ó el corazon.

—Sí, mas sin acarrearle mortificaciones al uno, ni sinsabores al otro.

—Quién sabe!

Ellos tambien pasan por sus momentos de ansiedad y de angustia, pues no todos sus deseos les son satisfechos.

—Es verdad; pero sus contrariedades siempre son mas pasajeras que las nuestras y nos llevan la ventaja de cosechar ilusiones donde nosotros recogemos desengaños. .

—Tanto peor para ellos, porque al fin truécase la risa casi siempre en llanto.

Juana guardó silencio, acusando su rostro los estremecimientos de su corazon de madre.

Andrónica, que tambien empezaba á sentirse contrariada con la conversacion provocada, aprovechó del momento para darle otro giro.

No queria, ni que la mas leve sombra de una duda, le ocultara el porvenir de ventura que procuraba á su hijo.

¡Afanes generosos de una madre: creen siempre que de su mano depende la felicidad ó la desgracia que espera á sus hijos!



—No te parece Juana, que Trejo se demora demasiado?

—Van á ser las tres de la tarde y salió poco antes de dar las diez.

—Ya es hora de tomar el mate.

—Vamos; y ahí lo tienes al hombre.

—Cosa cierta: al *hablar del Rey de Roma luego asoma.*

—Señoras: á la disposicion de ustedes, dijo Trejo al momento, entrando.

—Salud, caballero, contestaron Andrónica y Juana, casi á un mismo tiempo: trae usted cara alegre.

—Razon hay para ello: en todo me va muy bien.

—De lo hablado con el señor Persy, ya sabemos algo, que por cierto no satisface nuestra curiosidad.

Cuéntanos, pues, todo lo acontecido.

—Ante todo, tomaré asiento y les haré una pregunta:—¿se toma mate?

—Sí, como no, pues de eso ya habiamos

tratado, agregó Andrónica, que era la que hablaba: voy á disponerlo al momento

—Nó, interpuso Juana levantándose; deja eso á mi cuidado.

Voy á darle aviso á Anselma y vuelvo en seguida.

—Qué interés la llevará á esta, observó Andrónica, dirijiéndose á Trejo, al verla salir.

—Ya lo sabremos.

—¿Qué impresion te ha causado la ciudad?

—Una que no puedo llamar de disgusto ni de placer.

Me ha traído al recuerdo la ciudad de Santiago del Estero, por su aire de abandono: tiene mas de aldea que de gran ciudad.

—Hombre! y tu hijo ha recogido una impresion semejante, pues no se manifestó complacido de su primera vista.

¿Lo habrás contagiado?

—Nada de eso, por que no le insinuado juicio alguno.

Por el contrario, he tenido interés en que hiciera sus observaciones libremente.

—Pues se ha mostrado disgustado y él no tiene motivos para formular juicios de comparacion.

—Pero tal vez se habria forjado un algo que la realidad le ha destruido y sea esa y no otra, la causa de su desagrado.

—Quizá.

—Aquí me tienen de vuelta, dijo Juana que entraba con un plato en la mano derecha, colmado de bizcochos.

El mate está dispuesto, y aquí traigo esto para acompañarlo.

Son la obra de mi mano. Los hice para Alberto, en la creencia de que tendria que quedarse de interno de algun colegio y no como quedará, gracias á la acogida de tu cariño.

Hay alguna *cosita* mas, que te descubriré despues. Si algun mérito tienen, esas zonceras, deberá provenir de la voluntad con que han sido preparadas. No son una novedad.

—Vaya, siquiera como *confitera* te acusas mas modesta que como modista y no creo que te hayas desempeñado peor.

—Déjate de bromas y escuchemos ahora lo que Trejo tiene que decirnos.

Tengo curiosidad de saber cómo le ha ido.

—Yo también, repuso Andrónica y le cedo la palabra: que hable.

—Está bien, interpuso Trejo: usaré de ella para complacerlas.

Mr. Persy me recibió bien. Examinó á Alberto en varios ramos, encontrándolo bastante adelantado para no haber cursado escuela alguna.

Indicóme en seguida, mediante una lista que traigo, los libros y útiles que debo comprarle.

Como los exámenes de sus alumnos, empezarán el sábado y terminarán el domingo, siguiéndose las vacaciones, fijó el primero de Noviembre próximo para su ingreso.

Lo que mas he recomendado al señor Persy, es que observe la inclinacion del niño, á fin de descubrir su vocacion.

Deseo que no pierda su tiempo en estudios que le sean repugnantes. No es asunto de hacer del niño lo que uno quiera, sino lo que él se preste á ser.

El señor Persy me ha sido simpático y creo que reúne todas las condiciones de un buen maestro.

Ahora, trataremos del asunto que me llevó á lo del señor Unzué, no menos interesante.

Con ese caballero mi relacion data de algunos años atrás, relacion de negocios mas que de amistad.

No obstante, me debe el mejor concepto y le dispenso la mayor confianza.

Su primera idea al verme, fué la de que venia á retirarle mis fondos, diciéndome que estaban á mi disposicion.

Díjele entónces lo que se me ofrecia, y me espresó su opinion con toda confianza.

Cuadró la casualidad de hallarse allí reunidos, por no sé que asuntos de mercados, varios otros corredores, entre ellos los señores Tárrago, Ramirez, Naranjo y Almiral, á quienes se consultó, espresándose ellos de conformidad, con las vistas del señor Unzué.

Ellos piensan que los precios de los campos no se alterarán por muchos años, y que la suba depende del aumento de poblacion, debiendo señalarse por los mas próximos á la ciudad.

El porvenir de las fincas lo consideran

mas próximo, porque la inmigracion, de que lo hacen depender, ha de salir poco á la campaña en tanto le falte confianza en el Gobierno y las leyes del pais.

Ambas opiniones me han parecido bien fundadas y voy á proceder de acuerdo con ellas.

El señor Unzué me ha indicado dos casas en venta, bien situadas, que crée las podré comprar á bajo precio.

Ambas se encuentran casi á una misma altura: una en la calle de los Mendocinos y la otra en la de Cuyo.

Mañana ha quedado él mismo de verlas y abrir trato.

Es, pues, muy probable que esta semana queden terminados mis asuntos y á principios de la otra, podamos marcharnos á la estancia.

--Tan pronto, exclamó Andrónica; cuánto lo sentiría!

—De todos modos, interpuso Juana, dia mas ó menos, la separacion es fatal.

—Eso mismo he tenido yo en cuenta, observó Trejo, antes de formular mi resolucion y espresarla.

—Paciencia, murmuró Andrónica: en esta vida raras veces nos es dado poner la voluntad al servicio de los sentimientos.

¡Cuántas veces se tiene que llorar la ausencia de los que se van, sin el poder, de hacerlos quedar ó de seguirlos!

.

Nadie observó las palabras de Andrónica, sintiendo todos la amarga verdad que encerraban.

Siguióse un momento de silencio que Andrónica misma se vió esforzada á romper, invitando á sus huéspedes á visitar la huerta.

Así, agregó, los que no hemos paseado, nos moveremos un poco para preparar el apetito, pues la hora de la comida no está lejana.

La indicacion de Andrónica fué al momento aceptada, pasando todos al sitio indicado.



Los muchachos habian tomado con tanto calor el juego al trompo que no se apercibieron de la aproximacion de Andrónica, Juana y su esposo.

Estos, tampoco hicieron por distraerlos, pasando à visitar los árboles y las plantas del jardin.

De los primeros, la variedad era pobre; no sucedia empero lo mismo, con las del jardin.

Andrónica era muy afecta á las flores y consagraba mucho tiempo á su cultivo.

Juana tenia la misma aficion. No así Trejo que miraba todo eso con indiferencia.

Apenas distinguia una planta de otra, y para él todos los arbustos eran *yuyos*.

Miraba, pues, las plantas y escuchaba la conversacion entablada por Andrónica y Juana, sin interesarse por aquellas, ni tomar parte en esta.

—Qué precioso boton de oro, que linda palma imperial, que vireina mas hermosa, exclamaba Juana, aquí y acullá, á medida que pasaba en revista las plantas, seguida por Andrónica, que iba llamándole la atencion hácia unas y otras.

—Mira mi coleccion de rosas, decia ésta á aquella; esta es de olor, aquella de cien hojas, la de mas allá de la India y esa

otra de Mayo. En aquel otro rincon, están la de bomba y la morada.

Aquí tienes espuela de caballero, aleli blanco y amarillo, jazmin del pais, de Chile y del Paraguay. Allí están el jacinto, agapanto y la siempre-viva.

—Qué plantas mas lindas tienes, y que bien parece que se conservan aquí. Mi jardin no es tan lindo ni tan vistoso como el tuyo, articuló Juana, así que paseó la vista por todas las plantas.

—Es que siempre lo ajeno llama mas la atencion: lo que uno posee se vé con demasiada frecuencia para que mantenga vivo el entusiasmo.

—Ah! eso no, porque lo regular siempre se distingue de lo bueno y esto de lo mejor, so pena de haber perdido el sentido de la vista y del gusto, que lleva á descubrir las diferencias, ya de lo negro á lo blanco ó ya de lo amargo á lo dulce.

—Vamos, eso lo dices con malicia, y seguramente, con ánimo de moverle la lengua á Trejo.

—Nada de eso; con toda sinceridad.

—Conozco á mi Juana, interpuso aquel,

péntrando la intencion de Andrónica, que buscaba arrancarlo del silencio á que lo había obligado la conversacion sobre las plantas.

Ella habla por la experiencia que ha cosechado en el cultivo de mi amistad.

Sabe que, distingo lo propio de lo ajeno, y que lo que me pareció bien ayer, nunca lo encontré malo al dia siguiente, seducido por el aliciente de lo desconocido!

—Es decir entónces, que como esposo te has conservado siempre novio, que no has descendido, por la accion del tiempo, del grado de amor y de entusiasmo con que Juana te conoció el primer dia de tu declaratoria.

—No diré tanto, mi bella prima; pero si que mi cariño de entónces ha triplicado, alimentándose hoy de las bellas cualidades de esposa y madre que he ido descubriendo en mi cara mitad.

—Qué picaro y que zalamero eres. Eso lo dices porque ella está cerca.

—¿Qué te parece á ti, el zumbido de esa mosca?—repuso Andrónica, con intencion volviéndose hácia Juana.

—Que es pertinaz en su aleteo al rededor de la luz que la atrajo y acabará por quemarle las alas.

—No; digo yo, que mantendrá vivo el calor de mi alma y las fuerzas de mis alas, para conservarme en la atmósfera de dicha que esparce.

Conozco el lado engañoso de las ilusiones y no me dejo arrastrar por ellas.

Esa libertad mayor de que goza el hombre, y vosotras combaten como contraria á la moral y el derecho, es la que nos prepara para la vida del matrimonio, que reclama condiciones de circunspeccion y de quietud de espíritu, adquiribles solo por ese medio.

—Hola! como nos vuelve la pelota y sustrae su cuerpo al fuego de nuestros tiros.

Déjame, Juana, que ya lo estrecharé mostrando el lado descubierto de la defensa que hace.

Sigámosle la broma.

¿Con que el hombre solo adquiere *circunspeccion y quietud* de espíritu, al precio de mayor libertad que la de la mujer?

Eso has dicho—¿no?

—Sí, y lo tengo no solo pensado, sino experimentado. .

Aunque amarga, es esa una verdad.

—Todo lo contrario: es una mentira que se ampara de prácticas viciosas, para pasarse como tal.

El pudor del alma y la virginidad del cuerpo, mas que la belleza física y los adornos espirituales, constituyen para el hombre, los principales atractivos de la mujer.

Y bien ¿qué quedará del uno y de la otra, con esa libertad arbitraria del hombre para atentar contra ellos, llevado por sus caprichos?

Si es *un derecho*, no podemos limitárselo señalándole las flores del jardín, que podrá arrancar, porque su elección sería libre sobre todas.

Tampoco habría *justicia* al sacrificar una parte de nuestro sexo á la felicidad de la otra.

Esa libertad, pues, se opone á otra libertad y como *no hay derecho contra derecho* tu verdad resultará una mentira.

Y en otro sentido—¿dónde habia de hallar la mujer, esa circunspeccion y esa tranqui-

lidad de espíritu, que se dice ha menester el hombre?

¿En la concesion y el uso de una libertad semejante?

De ninguna manera, y sin embargo, tu abogas por ella.

El dia que la mujer pueda imponerle al hombre, el mismo pudor del alma, la misma virginidad de cuerpo, que él busca en nosotras, quedará resuelto el problema. Esa es la verdad, querido Trejo, y será el alma del nuevo ideal llamado á cambiar la fisonomia moral de la sociedad.

—Sabes, hija, que para broma, noto que algunas de tus palabras pesan demasiado.

Tu buen sentido les dá una fuerza, que quita las ganas de refutártelas!

—No; di mas bien la verdad que entrañan y salta á la vista de tu inteligencia clara, nutrida por los dictados de un gran corazon.

—Eso creo yo tambien, interpuso Juana, y debe darse por vencido en su teoría *de las ideas recibidas*.

—Está bien: ya que las dos se ponen de acuerdo, me daré por muerto, no ya vencido, es tan desigual la partida.

Por otra parte, yo no necesito esa libertad de que he hecho cuestion.

—De cuando acá tan egoista?

—Resignado, dí mas bien, porque no he luchado por mí sinó por otros, y hasta ver mis armas quebradas.

—Bravo! Punto final y á otra cosa.

Pero, aqui ya nada queda por ver; volvamos, si les parece, al sitio abandonado.

—Como quieras, respondióle Juana,

—El caso es para seguir la marcha del tiempo, de la manera mas grata posible, agregó Trejo.



Una vez reinstalados, Andrónica dió otro giro á la conversacion, preguntando á Trejo, si habia hallado algo digno de mencion en «La Gaceta Mercantil?

—Si hago escepcion de lo que choca y disgusta, nada, contestó Trejo.

Es una hoja consagrada á la deificacion de Rosas y al elogio de su gobierno.

En el número del dia 19 he encontrado *un exámen* de las tablas alfabéticas de sangre, que dice ha publicado *El Nacional* para *engañar* á la Europa.

Niega é invierte la exactitud de los hechos.

Es algo que se lee con disgusto, conociendo como yo conozco, muchos de los hechos que allí se desfiguran.

Para los ignorantes de lo que se sucede, puede tener alguna significacion. Esto por el momento, mientras la verdad no brille para todos.

Mas tarde, servirá tan solo para constatar el cinismo de la calumnia, llamada en defensa del crimen, por quien se hiciera reo de la arbitrariedad de la fuerza, en la consumacion de los mas bárbaros excesos.

Hay defensas que son una acusacion.

Esa es una de ellas.

Siguióse á las palabras de Trejo, una pequeña pausa qué fué interrumpida por Anselma, anunciando la comida.

A invitacion de Andrónica todos pasaron al comedor, consumándose el acto sin tratarse de asunto digno de mencion, sinó es el de hacer un paseo por la ciudad, despues de levantarse de la mesa.

Los paseos de noche, en aquellos años, no tenian por cierto ninguno de los atrac-

tivos de que abundan en nuestros tiempos.

Entonces, era de necesidad al salir á la calle munirse de un pequeño farol, alumbrado por una vela de sebo ó estearina.

Tal era de pésimo el alumbrado de las vías públicas y los tropiezos que éstas ofrecían al tránsito.

No habia confiterias, tiendas ni almacenes, hermoseedos por los lujosos escaparates que vemos en el dia.

Todo era humilde, oscuro, pobre.

Lo que si, habia un aire distintivo de la *vida criolla* que hoy ha desaparecido.

Las costumbres eran mas sencillas, las gentes menos cultas, pero mas sinceras.

Si de algunas [reservas habia necesidad de prevenirse, era de aquellas que impuso el espionaje instituido por la odiosa dictadura de Rosas.

Este mandon arbitrario, corrompió la atmósfera moral de su época, abatiendo el espíritu viril y progresista del pueblo que se mostró grande con San Martín, Belgrano y Rivadavia.

Felizmente, la pequeñez de su alma y la magnitud de sus crímenes, no alcanzaron á inficionar todos los corazones.

La resistencia surgió de almas bien templadas y la libertad y la justicia han vuelto á brillar para el pueblo argentino, despues de una larga noche de opresion y tiranía.

El progreso de hoy hace el proceso del atraso de ayer.

Falta solo que las lecciones del pasado alienten en los deberes del presente, para que un exceso de confianza no dé márgen á la reaccion del mal sobre el bien alcanzado.

El peligro de hoy está en el sensualismo, el olvido de la ley moral que levanta al hombre y los pueblos á destinos inmortales.

Pero, dejemos digresiones de lado y volvamos á tomar el hilo conductor de la narracion en que estamos ya interesados.

Nuestros personajes, grandes y chicos, hicieron su salida y recorriendo las principales casas de comercio de la época, Juana y Trejo, con el auxilio de los conocimientos y las relaciones de Andrónica, pudieron efectuar la compra de lo que habian menester, encargando su envio, para el dia siguiente, al domicilio de esta.

La excursion duró tres horas próximamente.

El regreso al hogar se hizo con muestras de cansancio por parte de Juana, Trejo, y su hijo, debido á un ejercicio á que no estaban habituados.

Antes de recogerse, Andrónica preparó una taza de té con leche, que sirvió con bizcochos, y luego, despues de algunos ligeros comentarios sobre lo visto durante el paseo, despidiéndose unos de otros, todos se entregaron al descanso.

Asi pasaron Juana y Trejo el dia inmediato siguiente al de su llegada á Buenos Aires.

¡Cuántos estremecimientos, producidos por diversas causas, no agitarian sus corazones, mostrados en toda su grandeza, por las ideas que cruzaron su cerebro, alimentando la conversacion del dia!



Nos encontramos en dia viérnes á 22 de Setiembre del año 1843.

Andrónica y sus huéspedes habian amanecido sin novedad, pasando las primeras

horas de la mañana con entretenimientos semejantes á los del dia anterior.

A la hora de costumbre se sirvió el almuerzo.

El niño Gerónimo, lo mismo que la víspera, llegado el momento, se puso en camino á la escuela.

Alberto debia acompañar á su padre, que tenia, como lo recordarán nuestros lectores, el compromiso de volverse á ver con el señor Unzué.

Andrónica y Juana habian concertado una visita á casa de una familia amiga de la primera: la señora de Castilla, que tenia dos hijas, las niñas Anatilde y Lubina.

Trejo y Alberto salieron primero, y mas tarde Juana y Andrónica.

Dejemos á cada *pareja* hacer su excursion y esperemos hallarlos otra vez reunidos para saber de lo que trataron, ya que no ignoramos donde fueron.

El dia, como segundo de la primavera, no podia ser mas hermoso.

Soplaba un aire levísimo y fresco, haciendo viajar en las alturas, de nuestro cielo bellísimo, unas nubes ténues y blanquecinas.

El sol brillaba con soberbia intensidad.

El verdé de los árboles, vestidos unos y vistiéndose otros, con el ropaje de la estación, atraía la vista por su viveza y su frescura.

Notábase algo como la alegría del cielo, produciendo la sonrisa de la tierra, á despecho de la tristeza que envolvía en sombras la frente de los hijos mas nobles del pueblo argentino.

En la naturaleza, excepcion hecha del hombre, todo respiraba entónces, como siempre, la armonia y el órden maravilloso de la creación.

Lo que sigue su ley á ciegas, no se cuida del pasado, del presente y del porvenir.

Gira, va, viene, se descompone y renace, sin romper su esfera, sin maldecir su suerte ni sombrear la dicha ajena.

La inquietud, la ambicion, el amor y el ódio que descomponen la atmósfera moral, brotan tan solo de la conciencia y la libertad que surgen, personificándose en la inteligencia y la razon del hombre!

.

¿Y es él la obra que acusaría la imagen del Creador?

—El hombre lo ha proclamado, olvidándose que es la nota disonante en el concierto universal, el conjunto de todo lo creado!

Por dignificarse, en su soberbia, no ha hecho mas que acusar su ceguedad y su miseria.

No ha sabido, hasta aquí, hallar el molde de la ley social en la armonía y el orden del mundo material, que es el libro abierto á su inteligencia para levantarse á la altura de sus grandes destinos.

Daban las cuatro de la tarde, en el reloj del comedor, cuando Juana y Andrónica entraban á la casa de esta, de regreso de su paseo.

Habian hecho una visita de hora y cuarto.

El resto del tiempo se habia deslizado en recorrer la distancia que separaba una casa de otra.



Trejo y Alberto no habian regresado aún.

—Pues, hija, decia Juana, dirigiéndose á Andrónica, en momentos que se quitaba el tapado, te repito lo dicho al salir de casa

de la señora de Castilla: muy aristocrática me parece tu amiga.

A más, hace un gesto tan despreciativo, al hablar de personas que considera inferiores, que lejos de acusar superioridad, muestra su poca delicadeza y escasa educación.

La que vale, no siente la necesidad de afirmar su pedestal en la depresión de las demás.

Las niñas son preciosas y me parecieron muy bien, vestidas con sus trajes de escuela.

Anatilde, tiene el aire orgulloso de la madre.

Lubina, parece mas modesta; verdad que es menos bella que la hermana.

—Creo que eres demasiado severa, para con la señora de Castilla, respondióle Andrónica, que ya había arrojado de sí el tapado y sentándose en un sofá de la antesala, pieza á la que habían entrado á descansar.

Anselma que se había presentado, apenas vió entrar á Juana y su señora, tomó ambos tapados, para colocarlos en el guarda ropas, preguntando si gustarian de un mate.

Indicóle Andrónica que lo sirviera, vol-

viéndole á decir á Juana: créeme, hay seriedad por tu parte.

Ese gesto es natural en ella y no significa el desprecio que le atribuyes.

Ten presente que bajo un rostro horrible, tantas veces se descubre un alma hermosa

—Sobre esto último, estoy de acuerdo pero en lo primero, no convengo contigo.

La amistad te lleva á ser demasiada indulgente.

El gesto asoma en momentos determinados, lo que llama hácia él la atención, haciéndolo repulsivo.

—Tu primera impresión ha sido mala; si la trataras habías de descubrir lo que yo: que es amable y buena.

La entrada de Trejo y Alberto puso fin á la conversación de Juana y Andrónica.

—De vuelta primero, ó es que no han salido vosotras, dijo Trejo, saludando con una ligera inclinación de la cabeza, al entrar.

—Estamos de vuelta, contestaron las aludidas, casi á un mismo tiempo.

Hace rato que llegamos.

—Yo me he demorado, repuso Trejo porque había arreglado mi negocio.

Aquí están, agregó, sacándolas de un bolsillo interior de su *chaqueta*, las dos boletas de compra-venta.

Mañana se formalizarán las escrituras y oíblarè el precio convenido.

El señor Unzué me ha asegurado que he realizado una transaccion ventajosa,

Ya somos propietarios.

Tú, Andrónica, serás nuestra apoderada aquí.

Ambas casas están en perfecto estado y se encuentran bien alquiladas.

Alberto tiene, pues, su renta asegurada.

Ahora, solo falta que goce de salud, sea estudioso y se haga hombre de provecho.

—Eso es lo que debemos esperar de la bondad de Dios, dijo Andrónica.

Hasta aquí no tienes de que quejarte, en la marcha de tus negocios, y la suerte de tu familia.

Puede decirse, que eres tan feliz como es dado serlo en esta vida.

Sonó en ese momento, un golpe que partía de la puerta de calle, oyéndose la voz de Anselma que cruzaba el primer patio con el mate en la mano y había dicho, di-

rigiendo su mirada al zaguan: adelante, señora.

—¿Quién será? profirió Andrónica, pasando su vista de Juana á Trejo, que nada le respondieron.



Apenas habria lanzado Andrónica su interrogacion, cuando asomó por el zaguan, entrando al primer patio, una señora, de estatura menos que regular; gruesa, elegantemente vestida.

Anselma la dirijia á la puerta de la sala.

—La que fué editora de «La Aljaba» dijo Andrónica, pasando á la puerta de la antesala, donde exclamó: por aquí mi querida amiga.

—Andrónica!

—Petrona!

—Te esperaba mañana recien, dijo la primera abriendo los brazos entre los que se precipitó la segunda, envolviéndola á la vez en los suyos.

—He tenido que anticiparte mi visita, por no pasar la semana sin verte.

Tengo compromiso de salir mañana para San Fernando, con unas amigas.

—Gracias, por tu atención y tu cariño.

—Uso de la misma moneda que tú gastas para conmigo.

Cumplo un deber de correspondencia.

—Siempre galante.

—Nada de eso.

—Entra, que te espera una sorpresa. El encuentro de personas que ya me habías significado tu interés de conocer.

Te presento á mi primo, Estéban Severo Trejo y su esposa Juana Lopez, agregó Andrónica, dando el paso á su amiga para que entrara á la ante-sala.

—Cuánto placer de conocer á ustedes, dijo esta adelantándose hácia sus presentados, quienes al recoger de los labios de Andrónica el nombre de la señora Petrona Rosendi de Sierra, respondieron: Y lo es para nosotros el de estrechar su mano de usted.

—De usted—repuso la señora de Sierra, dirigiéndose á Juana, soy amiga desde hace algun tiempo.

Estoy enamorada de su talento y de su bello corazón, los que he tenido ocasion de conocer y apreciar por sus cartas á Andrónica.

—Es usted demasiado bondadosa, y Andrónica que le ha confiado mis secretos, un tanto indiscreta.

—No haga usted cargos, ni rechace por exceso de modestia, lo que en justicia le corresponde.

—Nada de eso. El desaliño, propio de las cartas íntimas, creo, por otra parte, que es mas susceptible de mostrar lunares que bellezas, del alma o la inteligencia.

A las torpezas del corazon, cuando siente, se agregan las de la mano no acostumbrada al manejo de la pluma y de la palabra escrita.

—Todo lo contrario, señora, es precisamente en ese desaliño y esa torpeza, que por cierto no le admito á usted, donde se descubriría la sinceridad, la frase desprendida del corazon é impresa sobre el papel, sin estudios ni reservas.

—¿Y por qué entónces, seria ese el lado que mas interés mostramos siempre, en ocultar?

—Porque nunca nos presentamos ante los demás, tal como somos, en la expresion íntima de nuestro sér.

La educacion que recibimos, nos viste con el ropaje del artificio.

Tenemos par mision parecer bien, á cualquier precio, sin repudiar medio alguno.

—En ese caso, estoy conforme con su juicio, respecto del prisma por el cual me ha juzgado, si bien no puedo aceptar el grado de consideracion que me dispensa.

Yo jamás empleo la mentira para parecer bien.

Me presento siempre en la verdad de lo que siento y pienso.

—Perfectamente; entonces estamos de acuerdo, porque la verdad es lo bueno y lo bello.

·*·

Andrónica y Trejo escuchaban con señalada atencion la conversacion empeñada por la señora de Sierra con Juana, llevados por el interés que les despertaba, y así se explica que no terciaran, interrumpiéndola.

—Se conoce que usted ha leído buenos libros y que una vez despertada su inteligencia, el gran corazon que posée le ha fijado rumbos, agregó la señora de Sierra, imprimiendo un leve desvio á la conversa-

cion, sin duda para sondear mejor, el alma de Juana, de quien se mostraba tan preñada.

—Efectivamente, repuso esta, he leído algo, pero debo confesarle que no he hallado en los libros lo que en mí misma.

—Sin duda alguna, porque de lo contrario no aumentaríamos el tesoro de verdades, puestas de manifiesto, por los que han pensado ó escrito antes que nosotras.

—Es verdad, cúmplase así el progreso, en la evolucion del espíritu; por eso se encuentran tantos discípulos que aventajan á sus maestros.

Lo que haya podido avanzar en ideas, mas allá de las recogidas en los libros, no quiere, sin embargo, decir, que piense con la época y desde las alturas en que brillan los mas esclarecidos pensadores.

En la caravana que ellos arrastran, tal vez, figurase como rezagada.

Eso respecto de mis ideas, lo que haya podido pensar y pienso, dentro la humilde esfera en que vivo.

Yo no he escrito una sola línea para el público. Eso le ha estado reservado á us-

ted, y por cierto que se ha desempeñado bien.

—Gracias: ha bastado hacerla hablar á usted para dejar en todo, confirmado el juicio que me habia merecido.

De sentir es que usted no haya escrito!
¿Y qué conoce usted mio?

—Su «Aljaba», que guardo coleccionada y ha mitigado mas de una vez las angustias de mi alma, en aquellos momentos que apesar del cariño de cuantos nos rodean, nos sentimos solas en el mundo.

Es decir, me ha curado de esa nostalgia del corazon que no nos permite gustar de las alegrías de la vida, aunque todo nos sobre y nada nos falte!

—Vamos, si ese bien le ha proporcionado, en algo veo que están compensados mis sacrificios.

Ese periódico me reportó tan solo disgustos.

Eran tantos los que no me comprendieron y tan pocos los que me alentaron!

No ambicioné gloria ni renombre.

Tampoco quise imponerme, haciendo alarde de saber.

Todo mi anhelo fué divulgar verdades, por otros descubiertas, para servir al progreso moral de los pueblos del Plata.

—Y en ese sentido, créame que algo habrá conseguido. El progreso de las ideas es lento.

Ayer, tal vez fué usted sola quien entre nosotros alentó esas ideas, y hoy tengan á su servicio, otros apóstoles.

Eso, que es lo susceptible de haber sucedido, sería ya un progreso, debido á usted.

—Y sería toda la compensacion que he buscado.

—Pues entonces cuéntela segura.

—Así sea, y perdóneme la distraccion á que la he empujado, pues nos hemos dejado llevar por el entusiasmo de nuestra simpatia y nuestras ideas, olvidando lo que debemos á la consideracion para con los demás, observó la señora de Sierra en seguida, apercebida de que Andrónica y Trejo no tomaban parte en la conversacion.

—No hay aquí quien pueda resentirse' de olvidos tales, contestó Juana, penetrando la intencion á que obedeciera la observacion de aquella.

Si algun olvido culpable ha habido, seria el de dejar á usted con su tapado y no proporcionarle alguna comodidad mayor.

—Es cierto, dijo Andrónica, y qué falta mas imperdonable!

Pero, hasta cierto punto, tú tienes de ella la culpa, pues apenas te encontraste con Juana, dejaste de lado toda otra consideracion para consagrarte á ella.

—Efectivamente, interpuso Trejo, esa ha sido la causa del olvido; pero, dado el caso que asi no fuese, la falta seria recíproca, y entónces cabe la compensacion por el perdon de cada parte despreocupada.

—Aceptamos el fallo, profirieron la señora de Sierra y Andrónica, á una voz.

—Asi sea, agregaron Juana y Trejo, á la vez, y haya siempre paz y alegria en esta casa.

—Y ya que de reparaciones se trata, repuso Andrónica, en seguida, voy á ver qué es de Gerónimo, á quien no he visto desde que salió por la mañana.

—Cuando entré, interpuso Trejo, me pareció verlo jugando en la huerta, y debe haber sido así porque allí se dirigió Alberto y no lo hemos vuelto á ver por aquí.

--No importa, voy á cerciorarme, agregó Andrónica, saliendo.

Andrónica no solo salió por ver á su hijo, sinó para darle una vista á Anselma y disponer la comida.

Gerónimo no se habia inquietado por la soledad de la casa.

Viendo, á su regreso de la escuela, que se encontraba Anselma sola, no pensó sinó en jugar; pero ésta, cumpliendo encargos de la madre, apenas se apercibió que habia vuelto, le llamó y sirvióle leche y pan.

Así que Gerónimo dió fin á ambas cosas, buscó su barrilete y se dirigió á la huerta á hacerlo volar.

Allí lo encontró Alberto primero, y Andrónica más tarde.

Así que ésta vió á su hijo y dispuso lo necesario, para el mejor servicio de la mesa, regresó al lado de su visita y huéspedes, que habian pasado el momento de su ausencia, entretenidos por temas ligeros de conversacion.

Cuando entró, la señora de Sierra se dirigió á ella, diciéndole: Mi visita toca á su fin, ya es hora de comer para ustedes.

y yo debo retirarme, so pena de tener que andar á oscuras por calles solitarias.

—Es verdad, contestóle aquella, es la hora de comer y la comida está dispuesta; pero, tú no te irás.

—Tú sabes lo que se te quiere en esta casa, y hoy que se encuentran Trejo y su esposa en ella, cuya permanencia será muy corta y querrán llevar de ti el mejor recuerdo, debes imponerte el sacrificio de pasar un rato mas con nosotros.

—Sacrificio, de ninguna manera, respondió la señora y si mucho gusto, gran placer mi buena amiga.

—Gracias, eso será lo que nos proporcionarás á nosotros, repuso Andrónica.

La señora Petrona Rosendi de Sierra, no era una mujer hermosa, pero sí interesante; su fisonomía, algo tosca, tenía una expresión varonil sin degenerar en adusta.

Iluminaban su rostro, unos ojos negros, grandes y hermosos, resguardados por unas cejas preciosas y suavemente arqueadas.

Era muy comunicativa, y tan ilustrada como afable que se imponía al corazón de cuantos la trataban.

Era entónces, una mujer madura, pero llena de vida y actividad.

Su cuna se meció en la ciudad de Montevideo, esa voluptuosa coqueta del Plata, segun la expresion del poeta, y los perseguidos, por los tiranos de ambas riberas, la contaron en sus filas, sin dejarse abatir por la desgracia, como no la habia ensoberbecido la fortuna.

Falleció, segun nuestras noticias, poco despues de los asesinatos en el paso de Quinteros, costa del Rio Negro, llorando las ilustres víctimas de la felonía del general Medinal



La conversacion, durante la comida, fué muy animada, siendo la señora de Sierra el alma de ella.

Supo traer al debate é ilustrar con tacto finísimo, los temas de mayor trascendencia social, dejando admirados á sus oyentes con su elocuencia y su buen juicio.

Prodigó á los niños, alentando las esperanzas de sus padres, los mayores elogios.

Así se impuso á su cariño y se hizo escuchar sin esfuerzo.

De la dictadura, que es un lunar en nuestra vida política, no les hablaré, decia la señora de Sierra: primero, porque ofrece sus peligros, y segundo, porque es un mal transitorio que tiene su explicacion racional.

Es un efecto de la anarquia política, cuya causa se encuentra en el paso violento de una vida de opresion á una vida de libertad, sin la preparacion necesaria para el gobierno propio.

Lo que hay que deplorar, y costará mucho dolor y lágrimas, es el hombre que las circunstancias han levantado, para hacerlo árbitro de la situacion.

Su maldad llegará á pesar sobre todos!

Pero, el mal cesará y la libertad se hará entónces mas grata á cada uno.

Otra prueba es la que espera al pueblo argentino, y temo tanto ó mas: la anarquia moral, el desórden en la familia.

La democracia, el gobierno propio, para ser una verdad, tiene que tumbar todo cuanto ha servido de base á la aristocracia, á la monarquia, á la nobleza de la sangre.

Siendo su espíritu, el de la justicia, y su campo de accion, el de la libertad, tiene

que colocar sus fundamentos sobre la nivelacion de los sexos y la nobleza, por la integridad moral, la virtud del ciudadano.

El gobierno instituido, puede decirse, pues, que conspira contra nuestra religion y nuestras costumbres.

De ahí la anarquía política que nos ha venido primero y la anarquía social que me temo para despues, con todo su séquito de reacciones y de luchas, por razon de las raices que el sistema vencido habia echado en la sociedad.

La sumision de la mujer á la Iglesia, es su sumision al hombre y su destino puesto en manos de una secta, sea esta tan poderosa ó respetable cuanto se quiera.

El número no dá la razon y si espresa la fuerza no siempre representa la justicia.

Esto puede decirse con respecto á la monarquia y á la Iglesia católica.

Y no crean ustedes, por lo que digo, que sea contraria á la religion y atea en creencias, respecto á la existencia de Dios.

Nada de eso, difiero solo en la forma de adorarle, toda vez que levantamos la vista al cielo, volcando las amarguras del alma,

para llamar sobre nosotros el consuelo de su divina misericordia!

.

Preparar á la mujer, para la evolucion que se vé venir, es el deber del momento, que yo, en la esfera de mis fuerzas, he tratado de llenar.

Lo que duró «La Aljaba» lo saben ustedes. Me queda el colegio, y allí estoy batallando, dia á dia, en el cumplimiento de la mision que me he impuesto.

Pero, apesar de esa fortaleza aparente de ánimo, debo confesarles con dolor: que es triste, muy triste el miraje desde la altura á que nos llevan los años, cuando nos va alumbrando el paso la luz de la inteligencia.

Alentados por la curiosidad, subimos, y empujados por la decepcion, nos sentimos caer.

Ya no se marcha, se espera el desenlace de la vida, con un bagaje de muertas ilusiones!

.

Hasta allí lo que de mas interesante se trató en el momento recordado y hemos

creído de deber recoger, en tributo de justicia á los que fueron propagandistas del bien y han caído bajo la losa del olvido.

Dos horas despues de terminada la comida, Andrónica, acompañada de Juana y Trejo y los niños, despedía á la señora de Sierra, en la esquina de las calles de Piedad y Suipacha, algunas cuadras antes de llegar á su casa.



Los detalles que hemos recogido, de la vida íntima de Andrónica, y conoce el lector, bastan al conocimiento de su persona y modo de ser, dentro y fuera del hogar.

Dan idea de los sentimientos que la animaban, determinando su proceder.

De Juana y Trejo, podemos decir otro tanto. No obstante, de éstos tendremos que ocuparnos algo mas, si bien sin seguirlos, día á día, en las peripecias de su vida.

Tenemos el protagonista de nuestro drama y el hilo que nos lleva á apreciar la raíz de donde arranca, para conocer los jugos con que se alimentara su sér físico y moral.

En consecuencia, podemos prescindir de todo aquello que alargando la narracion, amengüe su interés, sin beneficio para el lector.

Donde haya, pues, que dar un salto, salvando tiempo y distancia, lo daremos; asi como, nos detendremos siempre, allí donde el giro de las circunstancias lo hiciere necesario.

No queremos fastidiar, pecando de minuciosos, ni causar disgusto, haciendo gala de exíguos en detalles ó noticias.



El Sábado 23 era el dia fijado para la escrituracion de las dos casas, compradas por Trejo.

El vendedor se habia encargado de ver al escribano.

Trejo, por su parte, habia encomendado al Sr. Unzué la revisacion de los títulos con que se acreditaba la propiedad.

El punto de reunion, para concluir el negocio, era la oficina pública de Montaña y Conde.

De allí debia pasarse á la escribania, ele-

jida por el vendedor, que entónces pagaba la escritura de toda trasferencia de títulos ó bienes raices, á perfeccionar el acto.

A la hora indicada, dos de la tarde, todos habian concurrido á la cita, realizándose el contrato de compra-venta, sin traba alguna.

Firmada la escritura, el pago del precio convenido, se hizo religiosamente.

Fueron testigos de instrumentacion, dos personas que se hallaron en la oficina del actuario,—y dijo este, debian pasar otra escritura, en su registro, semejante á la otorgada á favor de Trejo.

Antes de retirarse Trejo, de la oficina, el escribano le pidió que firmara esa escritura, como testigo, á lo que accedió con gusto.

Se le indicó *que iba á leérsele, al efecto,* pero Trejo, honrado y siempre incapaz de sospechar la maldad, se opuso, firmándola donde se le señaló y despidiéndose en seguida.

Contento con la compra realizada, llevado por la ilusion de los beneficios que debia reportar á su hijo, se encaminó á la casa de su prima.

La cópia de su escritura habia quedado el Escribano de mandársela, en la mañana del lunes, y así lo hizo cumpliendo su promesa.

Andrónica y Juana celebraron el acto, así que conocieron por Trejo, su consumacion, prometiéndose beneficios semejantes.

Llevados por sus cuidados de madre, pidiendo siempre para los suyos, el favor de Dios, acordaron oír misa en la mañana del día siguiente, domingo, á fin de dar gracias al SEÑOR por los bienes alcanzados.

Así lo hicieron, asistiendo á la iglesia de la Piedad, situada á media cuadra hácia el centro, en la esquina de la misma acera.

Las diligencias que trajeron á Trejo y su esposa á la ciudad de Buenos Aires, quedaban así llenadas, restándoles solo pensar en su regreso á la *estancia*.

Fijóse la partida, apesar de la oposicion de Andrónica y los ruegos de Alberto, para el Miércoles 26.

VII

REGRESO AL HOGAR

La despedida de Trejo y su esposa, fué triste.

Triste para los que se iban y triste para los que se quedaban.

Juana, arrojada en brazos de Andrónica mezcló sus lágrimas con las de su amiga, en un largo y silencioso abrazo.

Eran dos corazones de madre que latian al unísono, sacudidos por una misma pena.

Háse dicho, por alguien, para levantar al hombre, sobre los irracionales, que él *es dueño de su destino*, lo que equivale á decir que es dueño de sí mismo, por el gobierno ó la direccion de su propia voluntad.

Nosotros tambien, hemos sido idólatras del *libre arbitrio* hasta penetrarnos, por la experiencia, de lo engañosa que es la libertad del hombre, en el orden de la naturaleza y la sociedad.

Hay una fuerza mayor que impulsa, cuando no arrastra.

Si alguna diferencia existe, entre nuestro destino y el de los irracionales, es la de que estos lo siguen á ciegas, y nosotros alumbrados por la escasa luz de la razon.

¡Y cuántas angustias en cambio de esa diferencia de la superioridad!

Marchamos hácia el abismo y nos sentimos caer, con la voluntad y sin el poder, de evitar ni el peligro ni la caída.

.
La separacion de Juana y Andrónica, era seguramente, resistida por ambas, y sin embargo, la voluntad de una y otra se manifestó impotente para evitarla.

Lo mismo sucedia respecto de Trejo y Juana con su hijo: Se separaban de él para llorar su ausencia.

Esa es la vida, que la juventud acaricia á través de sus ilusiones y los ancianos pesan en la balanza de sus desengaños: un infierno por sus atractivos y sus contrariedades.

Y con todo, hay quienes apartarian de si el fin, por perpetuarla eternamente.

Inesplicable contradiccion!

El miércoles, víspera de la partida, Trejo encargó á Juan que le trajera en la mañana del día siguiente, caballos ensillados para él y su esposa.

Habia dispuesto salir de la ciudad á caballo, tal vez para sustraerse mas pronto, á la vista de los que tanto amaba y le verian alejarse, apenados.

La llegada del peon con los caballos anunció á todos la hora de la despedida.

El mal paso, andarlo breve, habia dicho Trejo, y Juana, tomando la triste iniciativa asi que se desprendió de los brazos de Andrónica, se dirigió á su hijo y lo envolvió en los suyos.

Colmábale de besos, bañandole el rostro en sus lágrimas. Sé bueno, hijo, le decia, no disgustes á tu tia y procura quererla como á mi me quieres. Estudia, estudia mucho, y así volverás pronto al lado de tu madre.

Alberto nada contestaba: habia arrojado sus tiernos brazos al cuello de Juana y lloraba.

Trejo, intertanto, despedíase de Andrónica, de Gerónimo y Anselma. Estaba no menos conmovido.

Así que Juana, sobreponiéndose á su dolor de madre, se separó de Alberto, aquel le llamó á sí, apretándole contra su pecho.

Sé hombre, le dijo; no llores mas, que harás muy triste la soledad de tu madre. Ahora, todo lo que te encargo es, que te portes bien y cumplas los deberes de colegio.

Asi compensarás nuestro cariño, probando que nos quieres. Adios, hijo querido!

Vamos, agregó en seguida, volviéndose hácia Juana que acababa de abrazar á Gerónimo y despedirse de Anselma.

Andrónica, su hijo y Anselma, los siguieron hasta la puerta de calle. Allí montaron á caballo, Juana primero, ayudada por Trejo y Juan, y estos despues.

En seguida, tomaron al trote de los caballos con direccion al Oeste. Al llegar á la segunda boca-calle, volvieron, Juana y Trejo, la cabeza, para dar una última mirada á la casa de Andródica, donde dejaban al ser que concentraba todo su amor sobre la tierra.

Andrónica, Gerónimo, Alberto y Anselma, esperaban esa última caricia, parados en medio de la calle.

Movidos por el hilo misterioso de la simpatía, que la distancia no corta, unos y otros se habían buscado, para esa postrera mirada!

Antes de doblar por la calle de Garantías, para tomar la de Federación, Juana y Trejo levantaron el brazo izquierdo, agitando sus pañuelos.

La señal fué contestada por los que la esperaban, quedando así consumada la separación de esos seres que la naturaleza y su amor, había vinculado tan fuertemente sobre la tierra.

VIII

DESPUES DE LA SEPARACION

En los primeros días Alberto extrañó mucho la separación de sus padres.

No podía conformarse con su ausencia.

Andrónica, que lo observaba con cariñosa atención, se daba cuenta exacta del estado de su ánimo y se propuso distraerlo.

Al efecto, le inspiraba confianza, colmándole de atenciones y caricias.

Gerónimo, por otro lado, que ya se encontraba en las vacaciones, no se separaba de él, pasándose los días en juegos y entretenimientos diversos.

Una semana más tarde ya era tan de la casa que se mostraba satisfecho y feliz.

No había olvidado á sus padres, pero su recuerdo no lo abrumaba con la insistencia de los primeros días.

A Trejo y Juana sucedía lo contrario. A medida que el tiempo pasaba, mas y mas se grababa en su corazón y en su mente, la imágen y el recuerdo de su hijo.

Durante su viage de regreso, á la estancia, que duró unos doce días, fué él su constante pensamiento y el tema obligado de sus conversaciones.

Muchas lágrimas costó la separacion de Alberto á sus padres.

La estancia no fué para ellos lo que había sido con su presencia. Con él había desaparecido la alegría de la casa.

Trejo aumentaba sus tareas para distraer un tanto su imaginacion y la inquietud de su alma.

Juana, llenadas las atenciones del hogar, pasaba al jardín, buscando en el cuidado de sus plantas y sus flores, la *muerte* del tiempo que *avivaba* el recuerdo de su hijo.

Ni al uno ni á la otra, consolaba el pensamiento de que la separacion era para bien de Alberto y mejorestar de ellos, en dia no lejano.

Tenian el presentimiento de una desgracia, cuya amenaza vislumbraban y cuya causa no podian descubrir.

Se sentían desgraciados, poseyendo lo necesario para ser felices.

Estaban solos encontrándose acompañados.

Su malestar provenia de los presentimientos del corazon que es una *enfermedad* sin remedio.



Alberto salvó los umbrales de la escuela por primera vez, el 1º de Noviembre del año 1843.

Al poco tiempo, acreditó su inteligencia y contraccion al estudio.

Entre sus condiscípulos, mas bien que con cariño, era mirado con respeto.

Jamás sufrió una penitencia por desórden

en la clase ó desobediencia á los mandatos de su maestro.

Gerónimo era todo lo contrario. Dragoneaba de jefe en los juegos de los niños y tenia gran partido entre los mas bullangueros.

Estudiaba poco, mas rara vez sufrió reprecensiones por no saber sus lecciones; dos ó tres repasos, á la ligera, le bastaban para retenerlas.

Lo que si las olvidaba con la misma facilidad que las aprendia.

Los exámenes eran para él un verdadero sacrificio. No así para Alberto, que en el primer año se llevó el segundo premio de su clase, sin esfuerzo, mereciendo á más, una distincion honrosa.

Este triunfo, fué para sus padres una grata noticia, y para Gerónimo una herida en su amor propio.

Andrónica, que lo comprendió así, se prometió sacar partido del hecho poniéndoselo siempre de ejemplo, para estimular su contraccion al estudio. Fué, sin embargo, inútil su noble empeño.

Gerónimo estudió menos y jugó mas.

Las vacaciones siguientes al primer año

escolar, las pasaron Alberto y Gerónimo llevados por Andrónica, en una quinta de Belgrano.

Trejo y Juana, no habían querido llamar á su hijo á la estancia, ni venir ellos á la ciudad, por la distancia y los inconvenientes del viaje.

Para el segundo año, le tenían hecha la promesa de pasar tres meses con él: uno en la estancia y dos en la ciudad.

Ya veremos como se cumple el compromiso contraído, en cuya realizacion, fácil es admitir, que estaban todos vivamente interesados.



El año 1845 se señaló mal para los trabajos de Trejo.

La langosta taló su campo, causándole mortandad en la hacienda y pérdida de los sembrados.

Su cosecha, de trigo y maiz, fué tan insignificante que la guardó para llenar las necesidades del invierno.

Gracias á esa precaucion, pudo conservar sus caballos en buen estado y mantener las vacas lecheras.

Pero, aún le estaba reservada otra prueba mas dolorosa.

Una mañana, del mes de Junio, los indios que habian invadido los partidos inmediatos, á su regreso á los toldos, arriaron con los restos de sus yeguas y vacas.

Quedáronle tan sólo las lecheras, y algunos caballos de estimacion, que dormian bajo potrero foseado.

Poco menos que arruinado, necesitó Trejo de todo su valor moral para afrontar esas pérdidas y oponer remedio al mal.

A Juana habíanle causado, los hechos producidos, una contrariedad abrumadora; comprendia que le alejaban la vista de su hijo, por algun tiempo mas.

Trejo, contristado, presagiaba aún algo peor, por aquello del refrán vulgar: *no hay mal que venga solo.*



Entrando Setiembre, sin haber logrado mejorar la situacion creada por los reveses sufridos, Trejo, que acompañado de su noble esposa tomaba como de costumbre, el mate de la tarde, sentado en el comedor, díjole cierto dia á esta, es necesario que

escribas á Andrónica, previniéndola de que no podremos bajar á la ciudad, ni traer á Alberto para que pase las vacaciones con nosotros, conforme á lo convenido, en razon de nuestras actuales circunstancias.

La atmósfera de tristeza que nos rodea, será demasiado mortificante para él y debemos librarlo de respirarla.

—Aunque con dolor, contestó Juana, debo confesarte que ya habia pensado en eso mismo.

—Bien, repuso aquel, házlo y confiemos en que Dios nos deparará en el que viene, un año mejor. Escribe ahora, que voy á mandar al Bragado, á la madrugada, porque á las diez despachan el correo de la quincena.

La conversacion de los esposos se cortó allí.

Al poco rato dejaron el mate, pasando Juana á cumplir el encargo de Trejo y este á reanudar sus ocupaciones interrumpidas.



A la tarde, del dia siguiente, regresó el peon mandado por Trejo al Bragado, con la carta para Andrónica.

Apenas le vió aquel bajar del caballo le salió al encuentro para preguntarle si traía cartas de la ciudad.

El peon le contestó afirmativamente, desatando un pañuelo que llevaba envuelto á la cintura y desdobló, sacando un sobre grande de carta.

Trejo lo tomó, fijándose en la letra de su direccion. Era la de Andrónica y venia dirigida á él.

Juana, que observaba á su esposo, así que vió la entrega del sobre, que le hizo el peon, se adelantó á cerciorarse de su procedencia.

Ella tambien esperaba noticias de su hijo.

Trejo la recibió, diciéndole: el bulto es grande; debe contener carta de Andrónica y Alberto.

Así fué en efecto.

Al romper el sobre, Trejo se encontro con dos cartas: una de su prima y la otra de su hijo.

Veamos, Juana, lo que dice nuestro hijo, agregó; pero antes pasemos á tomar asiento.

—Toma, y lee, dijo Trejo en seguida,

poniendo en la mano de Juana la carta de Alberto. Aquella no se hizo esperar, rompió el sobre de la cartita de su hijo y leyó:

¡Viva la federacion!

Buenos Aires, Setiembre 10 de
1845—año 36 de la Libertad,—30 de
la Independencia y 16 de la Confe-
deracion Argentina.

Mis queridos padres:

Deseo que esta los encuentre sin novedad como nos deja á todos aquí.

Yo ya estoy contando los dias que faltan para las vacaciones, porque entónces espero verlos, pasando un mes en la estancia y volviendo con vosotros para estar juntos otros dos aquí.

Lo prometido es deuda y yo reclamo el pago.

Mis estudios van bien.

Creo que este año me sacaré el primer premio.

Andrónica, cumpliendo encargos vuestros, me habla siempre de las carreras del derecho y medicina, pero yo no tengo aficion al estudio: quiero trabajar como vosotros.

Haré sin embargo, lo que se me mande, lo que vosotros quieran.

Mi tia está muy triste, desde ayer, y ni Gerónimo ni yo sabemos lo que le pasa.

Ella te lo dirá; tal vez, en su carta.

Para cuando yo vaya, me le pides el petizo que le dejé á Miguelito Calderon.

¡Cómo me engañó misia Petrona, cuando me dijo que lo iba á mandar aquí para ir á la escuela con sus hermanos Calisto y Bernardo!

Ni á estos ni á aquel he visto.

Nada mas tengo que decirles.

No se olviden de mandarme buscar en tiempo. Adios tatita—adios mamita—reciban el cariño de su hijo que los quiere—

Alberto Trejo.



A la lectura de la carta de Alberto se siguió una pausa que Juana interrumpió, exclamando: pobre hijo! nuestra carta de hoy lleva la muerte á las ilusiones que allí manifiesta!

Es verdad, agregó Trejo, y mal será ese que creo no poderle evitar.

Veamos lo que dice la otra carta.

Desdobló Juana y leyó:

Mis queridos primos:

No sé como empezar esta carta.

Las anteriores nunca me costaron esfuerzo alguno, tal era el gusto que encontraba en escribirlas.

Verdad que jamás he tenido una mala noticia que comunicarles, como creo, es la que hoy tengo que transmitirles.

No se trata de la salud de vuestro hijo, que por la carta suya, verán no se ha alterado, á Dios gracias.

Es algo que se relaciona con vuestros negocios y no he podido arreglar en manera alguna.

A mil conjeturas me ha llevado el hecho producido y he concluido por creer que, ántes que á una ocultacion del antecedente, por parte de vosotros, debo admitir la existencia de una gran pilleria de que son inocentes víctimas.

El hecho es que hace dos dias mandé cobrar los alquileres de vuestras casas y me encontré con que estaban embargadas y Trejo *citado de remate*.

Ya podrán imaginarse lo que me alarmaria la noticia!

En el acto salí á la calle para averiguar la procedencia del embargo y el motivo de

la prescindencia que se habia hecho de mí, como apoderada de vosotros, al procederse á trabarlo.

Mucho me costó ver el espediente obrado: el escribano me lo resistia, diciendo que no era parte en el juicio.

Le objeté mi extrañeza al haberle procedido sin conocimiento del propietario de las fincas embargadas, y se me contestó que *como á ausente* se le habia llamado por edictos y seguido la ejecucion en rebeldía, nombrándosele los Estrados del Tribunal por defensor!

Le exhibí mi poder, exigiendole me digera qué reclamo se hacia efectivo, para ver de arreglarlo, y entonces recien me enseñó todo lo actuado.

Lo que se reclama es el pago de una hipoteca otorgada por Trejo en el mismo dia, que comprára las dos fincas, cuyo importe es algo mas de la mitad del precio de ambas, con mas el interés del 10 por ciento anual.

El plazo de la hipoteca es de diesiocho meses, y se dice improrrogable.

¿Qué me quedaba que hacer, ante el hecho que se evidenciaba?

Medí mis recursos y eran insuficientes para satisfacer la deuda, porque la minoridad de mi hijo no me permite disponer libremente de lo que poseo y administro.

Ese obstáculo me llevó á buscar otros arbitrios, mas sin llegar á resultado alguno.

Consulté al doctor Lahitte, con quien tengo alguna amistad, y me acompañó con singular deferencia á la escribania, donde impuesto de lo actuado, me dijo que todo estaba en perfecto estado y nada habia que hacer, si no era pagar la deuda.

¿Qué pilleria habrá detrás de esa hipoteca?—No lo sé si bien la sospecho.

Lo que sí no ignoro, es el golpe tremendo que dará sobre los bienes de vosotros.

Bien; preparémonos para recibirlo. Cuenten conmigo, en todo lo que pueda ayudarles, y no desesperen.

La fortuna es tantas veces la sonrisa que produce la alegría de un día.

Solo la virtud de los grandes corazones es la que dura una vida.

Muéstrese fuertes y resistentes, siquiera sea en obsequio de vuestro hijo, á quien se deben hoy por completo.

Sin otra novedad que la que motiva esta carta, y me causa honda pena, se despide de vosotros, esperando pronta respuesta, con el cariño de siempre:

Vuestra prima y amiga:

Andrónica A. de Valladares.



Grandes esfuerzos tuvo que hacer Juana para llegar al fin de esa carta. Mas de una vez se vió obligada á interrumpir la lectura por la emocion que cortaba su palabra.

Trejo se mostró profundamente impresionado, habiendo dicho y repetido varias veces, como hablando consigo mismo: *esa es la escritura que se me pidió firmara como testigo y no quise se me leyera porque jamás habria ni sospechado siquiera que tal lazo se me tendiera por hombres al parecer honorables.*

Juana lloraba sollozando, con el rostro escondido entre las manos. Sentia todo el peso de su propia pena y temia aumentar, con su palabra ó su mirada, el que abrumaba el corazon de su esposo.

Largo rato permanecieron en silencio, á solas con su dolor.

Esa tarde se sirvió y levantó la comida, de la mesa del comedor de los dueños de la estancia, sin que se probara bocado.

La mujer del capataz, que ayudaba á Juana en el servicio doméstico, andaba llorando de un lado para otro, presintiendo la desgracia sobrevenida á sus patronas.

La tristeza se hizo pronto extensiva á los peones.

Esa noche, contra la costumbre, no se vió apagar la luz del dormitorio de Trejo y Juana.

Su pesar les habia robado el sueño.

Tambien el golpe que recibieron era tremendo.

El viento de la adversidad habia soplado tan récio, sobre el árbol de sus ilusiones, que le vieron deshojarse en un instante.

Lo que durante años habian acariciado, y creían próximo á convertirse en una grata realidad, se alejaba de ellos quizá para siempre.

Habia visto á la langosta talar su cam-

po, á sus sembrados trocarse en polvo, sus haciendas morir sin cuento, perdiéndose sus restos, arrebatados por los indios. ¡Y todo eso lo habian soportado, resignados, sin proferir una queja!

Era mal que no provenia de la mano del hombre y lo afrontaban como una prueba á que Dios sometiera su razon y sus esfuerzos.

Para esas desgracias encontraban remedio, en redoblar sus afanes y esperar años mejores.

Tampoco habianle herido, en sus efectos, los planes que tenian concertados respecto de su hijo, y era la obra de muchos sacrificios.

Este, parecia quedar á salvo, y eso les tranquilizaba, comunicándoles nuevas fuerzas para el trabajo.

La noticia que les trasmitiera Andrónica, revestia ya otro carácter, por el hecho que les denunciaba.

Era un robo, perpetrado con vil astucia, que los arrojaba poco menos que á la miseria, sin dejar asidero á la justicia, para castigar al autor.

Era un doble golpe, asestado á la fortuna y á los sentimientos, tanto de Trejo como de su esposa que venia á herirlos profundamente.

Trejo no podia conformarse con haber sido víctima de su honradez, en medio de hombres cultos, y por la mano de *un depositario de la fé pública*,

Era demasiado, para la grandeza y la bondad de su alma.

Se habia manifestado honrado, en el pensamiento y en el hecho, y debia recoger la herencia del confiado sufriendo la rechifla de los *advertidos, de los hombres de negocios*.

.

Estamos arruinados, Juana, profirió, despues de largo y abrumador silencio, y cuando ya el dolor y el cansancio doblaban su noble cabeza sobre el pecho. Este mal es sin remedio y no podré soportarlo.

—Sí, lo comprendo, respondió aquella, cuyas lágrimas habia secado la fiebre que quemaba su frente, y sin embargo, Trejo, debemos afrontarlo.

La fortuna ha sido, para nosotros, *la sou-*

risa que produce la alegría de un día. Que recojemos la tristeza del desengaño, no nos importe, si en cambio podemos llenar los deberes que tenemos para con nuestro hijo.

¿Qué mas debemos esperar ó pedirle nosotros á la vida?

Estrechados, por un vínculo de cariño, que han probado los años—¿no tenemos la felicidad, hallándonos unidos y fuertes todavía para el trabajo?

Trejo no respondió una sola palabra. Tampoco levantó la cabeza.

Su espíritu se había rendido al infortunio, quebrando por completo el vigor de su cuerpo enfermo.

Juana se alarmó, y levantándose se aproximó á él, echándole los brazos al cuello. Colmóle de caricias, buscando reanimarle.

La alentaba, apesar de su dolor, el cariño de esposa doblado por el amor de madre.

La salvacion de su hijo estaba en la salvacion de su esposo.

IX

LA HERENCIA

El 22 de Setiembre, á la tarde, recibió Andrónica la carta de Juana de que ya tiene noticia el lector.

Recien entónces supo aquélla, lo que habia pasado en la estancia de Trejo; es decir, las pérdidas sufridas por éste en sus haciendas.

Decíale Juana, tambien, que habiendo invertido todos sus ahorros, en la compra de las dos fincas, que habian adquirido en la capital, los perjuicios del mal año, con mas un gasto extraordinario en la construccion de galpones, le tenia bastante apremiado en lo referente á recursos pecuniarios.

Eso le comunicaba esta, para hacerle conocer la razon que habia para no llevar á Alberto á la estancia, durante las vacaciones del colegio, ni bajar ellos á la ciudad, como lo tenían pensado.

Andrónica no se preocupó, por el momento, de lo que la noticia importaba para Alberto, cuyo pensamiento estaba fijo en la visita á sus padres.

Sintió estremecer su corazón, ante la idea del efecto que debía haberle causado á estos, su carta de fecha anterior, dándole aviso del embargo y venta de esas mismas fincas, que representaban los ahorros de Trejo, y la fuerza de sus anhelos en lo tocante á la educación de su hijo.

Qué golpe! se decía á sí misma. Sabe Dios si lo soportan!

Es su ruina.

—Quizá he hecho mal en transmitirles la noticia. Pero—¿qué podía haber hecho para evitarles su conocimiento?

—Dios mío! mi carta ha debido ser para ellos el *golpe de gracia* á sus sufrimientos, dado por mano amiga!

—Qué cosas mas horribles!

Esas reflexiones, que acusan el estado del ánimo de Andrónica, así que conoció en toda su intensidad la desgracia de Trejo, acabaron por sumirla en la desesperación.

Habia recomendado la pronta contestacion de su carta y el tiempo corria y esta no llegaba.

Presentía algo terrible y no podia apartar de sí, ni la preocupacion ni la pena que le causaban sus temores.

Habia despachado su carta el dia 11 y la juzgaba recibida el 15 ó 16.

Conocia los retardos del correo, pero estos no eran tantos para que habiendo algun interés, no se obviasen haciendo llegar las cartas á su destino en menos tiempo del empleado de ordinario.

Ella, sin embargo, ponía de lado el caso de urgencia y esperaba el trascurso del tiempo dicho. Pero este pasó y la contestacion no venia.

Su intranquilidad habia llegado al colmo.

Alargó el plazo á cinco dias, que pasaron sin que llegase la carta esperada.

Fijó en seguida dos mas, resuelta á enviar un *chasque* á la estancia, al dia siguiente, si en ese último término á que sujetaba su impaciencia, no le llegaba noticia alguna.

Alberto comprendía que algo de extraordinario pasaba por el alma de su tía y sentía picado su interés, por conocer la causa de su intranquilidad, pero no se atrevió á interrogarla. Respetábala mucho, á pesar de la confianza que habia sabido inspirarle y del cariño que la profesara.

Habia notado tambien que sus atenciones hácia él aumentaban y que siempre que se encontraba cerca y levantaba la vista para mirarla, los ojos de Andrónica estaban húmedos y fijos en él.

Era ese un efecto de la preocupacion que la abrumaba, inspirándole temores á cerca del porvenir de Alberto.

Este no estaba en los secretos de la pena de su tía y no tenia ni la edad ni la perspicacia necesarias, para sorprenderlos.

No sospechó siquiera que podia ser la suerte de sus padres la causa que producía el malestar de su tía.

Andrónica habíale ocultado tambien la carta recibida, esperando que le llegaran nuevas noticias, para entónces recién determinar lo que se haría respecto del paseo á la estancia.

No queria lastimar su corazon con los temores del suyo, cuyos motivos presentía exactos, pero no propios para divulgarlos, hasta tanto se evidenciaran por los hechos.



En los momentos que Andrónica, viendo espirar el segundo plazo en que encerró su impaciencia por recibir noticias, se disponia á buscar un hombre para que le sirviera de *chasque*, un golpe extraño, dado en la puerta de calle, vino á herir sus oídos.

Era un hombre en traje de paisano, que teniendo su caballo de la rienda, llamaba á la puerta con el cabo del rebenque, sin cuidarse del llamador ó por ignorar el destino de éste.

Andrónica se encontraba en la antesala cuando ese ruido, sordo y extraño, hirió sus oídos, paralizando un tanto los latidos de su corazón.

Esas son noticias de Trejo, se dijo, levantándose para mirar del patio hácia el zaguán, á donde se dirigia Anselma para recibir al que llamaba.

Este preguntó por la señora, con quien

dijo, tenia necesidad de hablar, diciendo que era capataz de la estancia de Trejo.

Indicóle Anselma que pasara adelante, mientras iba á darle aviso á la señora.

El paisano volvióse hácia el caballo y echándole las riendas al pescuezo sujetó sus extremos debajo del cinchon que ajustaba los cojinillos.

En seguida desprendió una manea del fiador y se la aplicó á las patas, dejando así asegurado su caballo para poderlo abandonar á media calle.

Intertanto, Andrónica que se habia colocado en el extremo interior del zaguan, esperaba que el paisano terminase esa operacion para indicarle que entrase. Así que éste se desprendió de su caballo, volviéndose hácia la puerta de calle, encontróse pues, con aquella, que le invitó á pasar adelante.

El paisano no esperó que se le repitiera la invitacion y sacándose el sombrero adelantóse, saludando respetuosamente á Andrónica.

Esta, indicándole el comedor, le dijo: *pase para acá*, preguntándole en seguida, llevada por su impaciencia, si le traía carta de Trejo.

El paisano no contestó, adelantándose en silencio y al parecer un tanto embarazado.

Señalóle Andrónica un asiento, tomando ella otro en seguida.

—Vd. es portador de malas noticias, dijo aquella, clavando sus bellos ojos en el semblante descompuesto del recién venido.

—Sí, señora, contestó aquel, con gran esfuerzo. Jamás en mi vida he sufrido tanto en tan poco tiempo.

Le traigo la noticia de una gran desgracia, agregó el paisano con voz temblorosa y los ojos llenos de lágrimas.

—Qué ha sucedido, exclamó Andrónica, alarmada, penetrando con la agudeza de su pensamiento, la magnitud de aquella. Hable, cuénteme todo lo que ha pasado, que ya me imagino lo sucedido, estoy dispuesta para lo peor.

¿Ha muerto Trejo?—¿Está Juana enferma?

—No, señora, han fallecido los dos, contestó el noble paisano llevándose un gran pañuelo de seda al rostro, para ocultar sus sollozos y recoger sus lágrimas.

—Dios mío!... Muertos! exclamó Andró-

nica, con voz entrecortada, es posible que haya sido tanto su dolor para que no pudieran resistirle cuando eran tan razonables y tan resignados.

.
Pobre Trejo! pobre Juana! qué mayor desgracia para su hijo, que herencia mas triste!.....

.*.

Andrónica guardó silencio en seguida, ahogada por la emociion y dejó correr sus lágrimas libremente.

El paisano respetó su dolor, dando expansion al suyo propio, que no era menos intenso porque habia amado á Trejo y su esposa, tal vez mas que á sus padres, tanta habia sido su bondad y su cariño para con él.

Mas que patrones, habian sido sus protectores, distinguiéndole como hijo apesar de su condicion humilde.

Así que Andrónica recobró un tanto su calma, pidió al paisano que le contara como habia sucedido la desgracia, cuya noticia tan hondamente la impresionara.

Este refirióla entónces cuanto habia pa-

sado hasta producirse la muerte de uno y otro.

Oigamos su relato:

—Una carta que recibí mi patron en la tarde del dia 15 del mes que acaba de espirar, y despues hemos conocido allí cuanto decia, causóle tanta pena, que esa noche y las tres siguientes, ni él ni la patrona pegaron sus ojos.

Desde entónces, puedo asegurarle, señora, que en la estancia se apagó el fuego de la cocina, con la alegría que huyó de todos los corazones.

Nadie comia, nadie descansaba, presintiendo todos la desgracia que amenazaba

Usted sabrá lo enfermo que era D. Estéban Severo. De poco tiempo atrás, se quejaba de su dolencia al corazon, con mas frecuencia. Pues bien, el tercer dia, por la mañana, murió el patron quedando la patrona en un estado de fiebre y postracion que hacia desesperar por su vida.

Asistieron á aquel en sus últimos momentos sus amigos don Gabriel Ramirez y don Mariano Benitez, á quienes se les mandó aviso.

Ellos dispusieron el entierro que se ha efectuado en el Bragado.

Un médico de la vecindad, que fué llamado para la patrona, aconsejó que se la trasladara á la ciudad, con el mayor cuidado posible y sin demora. Indicó un tratamiento al efecto, y se retiró en seguida, meneando la cabeza como quien dice: *es tambien caso perdido*.

Los señores Ramirez y Benitez dispusieron que se hiciera el viaje, ordenando que mi mujer y otra amiga de esta, se encargaran del cuidado de la enferma, y un peon y yo la trasportásemos en la carreta que fué del uso particular del patron.

Del cuidado de la estancia se encargaron aquellos tambien, saliendo yo al dia siguiente de que fué enterrado el patron.

En los primeros dias nos pareció que Dios nos miraba con ojos de piedad: la señora se mostraba, aunque sumamente postrada, algo mas tranquila, y en la marcha adelantamos rápidamente. Pero aquella creencia se desvaneció muy pronto con el pesar de ver morir á la señora, dos horas antes de llegar al pueblo de Mercedes.

Espiró con la mansedumbre de una santa.

Lo que fué para nosotros ese instante supremo, no me hallo capaz de explicárselo, señora. Solos, ante la muerte de un sér tan querido, sintiendo nuestra pequeñez y nuestra miseria, al alzar la vista estraviada, por las llanuras inmensas, y recogerla luego, para hundirla en el cielo, como buscando consuelo para las angustias del alma, herida en los objetos mas caros de su cariño y sus esperanzas! Era ese un pesar tan intenso, que no es dado traducirlo con voz humana; para expresarlo y comprenderlo, hay que sentirlo pasar por el corazón, estremeciendo sus fibras una por una.

.
El paisano que hablaba con la elocuencia del cariño hizo allí una pausa y se llevó el pañuelo á los ojos para secar una lágrima que empezaba á rodar sobre sus mejillas, arrancada por el recuerdo de aquel duro trance.

—Pero nos esperaba todavia otra prueba agregó en seguida, reanudando su relato: el del entierro.

Al llegar á Mercedes hubo que dar par-

te de lo sucedido al Juez de Paz, quien mandó reconocer el cadáver, por un médico de la localidad, ordenando se le diese sepultura en el cementerio de ese destino.

Allí le acompañamos silenciosos, mi mujer, su amiga, el otro peon y yo.

Abierta la sepultura por el guardian del cementerio, colocamos en su fondo, con todo cuidado, el cajon en que antes guardáramos esos restos queridos.

Llevó el riego de nuestras lágrimas que corrian desde las aberturas del corazon, herido por su desgracia y su muerte.

Cubierta la fosa colocamos sobre ella una pequeña cruz de hierro en la que hice grabar las letras J. L. de T.

Es todo el distintivo que señalará á los ojos de los que vaguen, por aquel recinto solitario, el sitio donde reposan los restos de la que fué una mujer ejemplar.

Si algun dia quiere Vd. visitar esa tumba, señora, la hallará en el último cuadro de la derecha, al fondo.

Caen sobre ella los primeros rayos del sol de la mañana y es allí de las que recibe las primeras sombras de la tarde.

Separada de su esposo, por la muerte, á quien probó tanto amor en la vida, solo Dios sabe si mi buena patrona descansará tranquila.

Para con ella, mi deber está cumplido, réstame solo llenarlo para con el que fué su esposo y mi patron.

Todavía queda la cruz de mi cariño sin colocarse sobre esa tumba no menos querida.

.....



Hasta allí lo que interesa al lector del relato del que fué capataz de la estancia de Trejo.

Andrónica, secando sus lágrimas y conteniendo su dolor, agasajó á aquel noble paisano de la mejor manera posible y luego le despidió recomendándole el cuidado de los bienes que dejaban Trejo y Juana.

—Nada tiene que encargarme, señora, contestó el paisano al ponerse de pié para salir. Aquello está ya en poder de la autoridad, que dispondrá de todo.

Los que fuimos peones de esa estancia

hemos pasado á otra: estamos ahora en la de don Manuel Lopez, con cuya licencia he llegado hasta aquí.

Andrónica comprendió lo que esta última noticia importaba tambien para el porvenir de Alberto. La autoridad *liquidaria* los restos de esos bienes haciéndolos *evaporar*. Recogióla, pues, en silencio y alargándole la mano al paisano, que la tomó con respeto, le despidió diciéndole: *Dios lo bendiga y lo ayude.*

Andrónica, así que quedó sola, pensó en Alberto cuya herencia habia recogido, en penas para su corazon: era de dolor y de lágrimas.

•

X

EN LA ORFANDAD

Alberto habia notado la tristeza de Andrónica, segun la carta que dirigió á sus padres y conocemos, pero de los motivos de ella no se preocupó grandemente.

Tenia su pensamiento fijo en el paseo á la estancia, y si algo lo disgustaba, ello provenia del poco interés con que su tia trataba del asunto.

El dia que Andrónica recibió la noticia de la muerte de sus padres, tanto su hijo como Alberto, descubrieron en su espresivo rostro, las huellas de sus lágrimas.

Habia en su mirada, la espresion de una angustia infinita.

Pero, ni este ni aquel sospecharon la causa de su dolor, cuidándose á la vez de todo, ménos de inquirirla.

Ellos no tenian motivo de tristeza y no habia por qué pensar que otros los tuvieran.

Jugaban, como siempre, despreocupados y felices.

Intertanto, Andrónica, abrumada por su pena, buscaba la oportunidad y el pretexto de transmitir á Alberto, la noticia de la muerte de sus padres.

Ella creía que el golpe iba á ser para él, lo que habia sido para ella.

Que el niño comprenderia su desventura y la lloraria sin consuelo.

No pensó en la inconciencia, propia de

su edad, ni en lo que podia ser el efecto de un alejamiento de dos años, que era mas ó menos el tiempo que contaba la separacion del hijo de sus padres.

Sustraido á la atmósfera del hogar, Alberto se habia acostumbrado á vivir sin oir la voz ni recibir las caricias de sus padres.

Por la ley natural, ese desprendimiento se produce, tarde ó temprano, y si alguna vez se posterga ó interrumpe, es por la educacion que, señalando los deberes del cariño filial, mantiene vinculados á los hijos á sus padres.

Pero, ese es efecto que no hay que buscarlo en la educacion, fuera de la familia y del techo paterno.

Las ventajas de una instrucción mas vasta, buscada en otra esfera, tiene los inconvenientes de aquel desprendimiento, por el desgaste de los vínculos del cariño, que es su distintivo.

Alberto lloró la muerte de sus padres, pero sin ese dolor que, sacudiendo el corazon con fuerza estraña, causa tan amargas angustias al alma.

Su pena era una pena inconsciente.

El dolor de Andrónica le impresionaba mas que su propio dolor, porque se sentia influenciado por el aire de profunda tristeza que reflejaba el rostro de aquella.

Pero, así que esta empezó á serenarse, Alberto recobró su alegría y no pensó mas en la muerte de sus padres.

No escapó á la fina observacion de Andrónica, lo que habia sido para Alberto la noticia de la muerte de sus padres, y miraba á su propio hijo, con pena, llevada por las tris-tísimas reflexiones que el hecho le sugeria.

Comparaba el amor de los padres con el cariño de los hijos y encontraba que el fiel de la balanza se inclinaba á favor de aquel y en contra de este.

No era ese un fenómeno, para su buen juicio, pero sí algo que admitia con pena, recordando lo que significaba en el orden de las compensaciones.

Pensó en sus padres y en lo que habria sido ella para con ellos!

Tuvo momentos de profundo desconsuelo y en los que mas de una lágrima se mezcló al recuerdo de aquellos.

Temió haber sido ingrata, no conformán-

dose con la disculpa que ponía ante su vista, el ejemplo de Alberto.

Pobre Andrónica! Eran esos estremecimientos los propios de las fibras delicadas de su corazón.



Alberto no se dió cuenta de la situación que la ruina y la muerte de sus padres había venido á crearle.

Era demasiado niño para pensar en ella.

Había recojido una herencia cuyo valor le estaba reservado conocer más tarde.

El cariño y los cuidados de Andrónica, apartaban de su tierno corazón, el desconsuelo de la orfandad

Podía llamársele feliz, á pesar de su desgracia.

Ella se había dispuesto á costearle sus estudios é iniciarlo en una carrera que lo hiciera útil á sí mismo y á la sociedad.

Así lo hizo, no significándole jamás que carecía de recursos para terminar su educación.

Educóle á la par de su hijo.

Dos años trascurrieron así, mostrándose Alberto siempre aplicado y estudioso.

Un día del mes de Diciembre del año 1847, Alberto pidió á Andrónica que lo sacara de la Escuela, diciéndole que se sentia apto para trabajar y sin deseos de estudiar más.

Esta, que tenia interés en hacerlo médico, guardó su contestacion, diciéndole á su vez, que antes de acceder á su pedido tenia que hablar con el maestro.

Este, que estaba enamorado de la inteligencia y la aplicacion de Alberto, cuando Andrónica le dijo lo que aquel pretendia, se mostró muy contrariado.

Seria esterilizar una inteligencia poderosa que está ya en camino de utilizarse.

—No podria Vd.—interrogaba el maestro —inducirlo á seguir alguna carrera científica.

—Eso deseo y pretendo, dijo Andrónica, pero él se muestra con decision contraria. Yo querria que estudiase la medicina.

—Acusa aptitudes para ello, repuso el maestro, y estoy cierto que estudiaria con éxito.

Yo desde ya me prestaria á hacer cuanto de mi parte dependiese.

—Está bien, hágalo Vd., que yo trabajaré por que asista un año mas á la escuela, á

fin de que V. concluya de prepararlo, influyendo por lanzarlo en esa senda.

Así convenidos, Andrónica y el maestro, aquella pidió á Alberto que asistiese otro año á la escuela, prometiéndole que si despues no queria seguir alguna carrera científica, accederia gustosa á sus deseos.

Este, un tanto contrariado, se prestó á la solicitud de su tia, anticipándole que seria inútil, espirado ese plazo, pedirle que modificase su pensamiento, ya espresado.

El año pasó sin novedad, haciendo el maestro lo posible por catequizar la voluntad de Alberto en favor de sus planes, que eran los de Andrónica.

Su esfuerzo fué inútil.

Alberto mantuvo su resolucion de no estudiar.

Empezaba á darse cuenta de su orfandad y no queria seguir pesando sobre la voluntad de Andrónica, cuyos favores recien comprendia.

El recordaba que sus padres habian tenido algunos bienes de fortuna, y cuando supo como fueron despojados de ellos, sus

sufrimientos y su muerte tuvieron una explicación dolorosa para su corazón.

Sintió su espíritu plegarse sobre sí mismo, al darse cuenta de su situación, elevándose á la altura de las circunstancias que ella le había creado.

Los años de su infancia golpearon su cabeza, avivándose por el recuerdo de lo que habían sido para él, los cuidados de sus padres.

Comparaba su soledad con la vida alegre de sus discípulos, cuyo hogar animaban la madre y los hermanos.

Buscaba expansión para los primeros secretos de su corazón, y no encontraba esa solicitud y ese interés que velaban las angustias de la infancia.

Los cuidados de Andrónica, que antes le halagaron, le parecieron fríos y sus caricias más propias para inspirarle respeto que despertarle su confianza y su cariño.

Había notado la diferencia de los que él recibía y los que se prodigaban á Gerónimo.

Sintióse en la orfandad por las reservas obligadas del corazón, que le advirtieron de su soledad en el mundo.

Fué hombre por su dolor, y entonces la delicadeza de sus sentimientos le señaló el camino del trabajo, como medio de independizarse y agradecer los favores de su generosa tia.

Andrónica le hizo la oposicion, dentro los límites de la prudencia, pero así que se convenció que sus deseos no se armonizaban con la vocacion de Alberto, desistió de su empeño, poniéndose de su lado para ayudarle en los primeros pasos de la vida independiente.

El huérfano determinó así de su suerte.

XI

LUCHA POR LA VIDA

Andrónica, ayudada por sus relaciones, obtuvo una plaza en el comercio, para Alberto, que lo sugetaba por un año á trabajar sin sueldo.

Su comportacion y sus aptitudes, debian

fijar el precio á su trabajo, al espirar ese plazo.

La casa que le dió ocupacion, giraba bajo la razon social de Rennièl Parlane y C^a, y estaba situada en la calle de Santa Clara, hoy Alsina, entre las de Santa Rosa y Defensa.

Pocos meses le bastaron á Alberto para acreditar su laboriosidad, buenas aptitudes y comportacion.

No obstante presentaba un defecto para sus principales : su excesiva honradez.

No sabia mentir, lo que lo inhabilitaba para ser un buen vendedor.

El sistema de la casa era vender al mejor precio y no á la tasa de una ganancia fija.

Esto intrigaba á Alberto, porque no podia convenir en que un mismo artículo tuviese diferentes precios, segun la blandura ó candidez del comprador.

El que no conocia el ramo ó no sabia regatear, pagaba sièmpre mas caro, cosa que él llamaba *explotacion de mala ley*.

Sus principales creyeron, al principio, que esa preocupacion no pasaria de escrúpulos

de niño, ignorante de las conveniencias del comercio, y que pronto se modificaria su manera de pensar al respecto.

El tiempo, empero, se encargó de probarles lo contrario.

Alberto no aprendió á mentir, salvando su rectitud de conciencia.

Comprometió así la plaza que le estaba designada, y estuvo á punto de ser despedido.

Pesó en su favor la virtud de su inteligencia y ejemplar comportacion, debiendo á una y otra el no ser separado de la casa.

Lo que sí, se le cambió de puesto, pasándolo á cobrador y auxiliar del tenedor de libros.

Antes del año, Alberto fué acreditado en el carácter de dependiente con sueldo, gozando de toda la consideracion de sus principales.

A la consideracion se sucedió el cariño y un señalado interés de aquellos por su suerte, así que conocieron su triste historia y fueron apreciando la delicadeza de sus sentimientos.

A los dos años, se le llamó á compartir

del techo y la mesa de sus principales, aumentándosele á mas el sueldo.

Las relaciones de aquellos empezaron así á formar las suyas y pronto no fué un desconocido para la mejor sociedad de aquel tiempo.

Alberto parecia haber nacido para brillar en los salones, por las atracciones de su persona.

Era un gallardo jóven, de fisonomía franca y finos modales.

No se le podia tratar sin cobrarle simpatía.

Empero, cruzó por la mas selecta sociedad de su tiempo, sin dejarse seducir por ella.

Como en el comercio, habia descubierto en ella, la mentira, ese falso lustre del alto tono, y no pudo imponerse el sacrificio de acreditar la buena crianza al precio de la sinceridad de sus afectos.

En las primeras tertulias y bailes á que asistió, se sintió triste y hasta solo, en medio de la alegria de los demás.

La frase calculada, la galantería de ocasion, no brotaban de su corazon ni se desprendian de sus lábios.

No transigia con el arte de hacerse querer por la seducción.

Pasaba ante las niñas, en concepto de frío y descortés, porque pocas quisieron ó ninguna supo apreciar sus cualidades morales, elevándose hasta la altura de su gran corazón.

No obstante, muchas le sonreían, buscando su distinción.

Como candidato *á novio*, sus partidarias eran numerosas, aunque no apasionadas.

El hombre atraía, pero no seducía.

Él, por su parte, tampoco había mostrado inclinación decidida, ni predilección marcada.

Parecía buscar algo sin encontrarlo.

Esto le sucedía en los primeros pasos de su juventud por la sociedad.

Más adelante sabremos lo que buscaba y lo que encontró.



Siempre que se ofrecía hablar del comercio, Alberto aprovechaba de la ocasión para hacer conocer su poco ó ningún interés de entrar á formar parte del grémio.

No se consideraba hombre para basar sus operaciones sobre el engaño, y en esa convicción se decía inepto para los *grandes negocios*.

Un miembro de la familia de uno de los socios, que la razon social tenia al cuidado de algunos bienes de campo, radicados en el partido de Ranchos, que se mantenía allí á disgusto, así que conoció la vocacion de Alberto, y le manifestó la suya propia, propúsole un cambio, encargándose de gestionarlo ante sus principales, por intermedio del pariente.

La proposicion fué aceptada, pues Trejo suspiraba por la vida de campo, de la que conservaba, aunque envuelto en sombras, sus mejores recuerdos.

Llevada la gestion ante los señores Reniel Parlane y C.^a, éstos no opusieron resistencia alguna al cambio solicitado, siempre que los interesados se arreglasen en la parte que podia afectar sus propios intereses.

Roberto Wilde, pariente de Parlane, á quien nos referimos, era habilitado de la casa, en la explotacion de aquellos bienes

de campo y Alberto no gozaba mas | que de un sueldo.

¿ Cómo se operaria el cambio, conciliando el interés de cada uno?

Para los que miraban el asunto por el lado del negocio, esa conciliacion se presentaba dificil.

Alberto tendria que trabajar para Wilde á la vez que para los señores Renniel Parlane y C^a. Wilde empero, no miraba la cosa de esa manera: su interés era otro. Quería volver á la ciudad.



Corria á la sazón el año 1851.

El tirano Rosas habia presentado su *renuncia* del mando, siguiendo su vieja costumbre y confiado en que esa vez, como las anteriores, todo saldria á la medida de sus deseos.

Creia su poder inconmovible y se entregaba sin reservas, á sus farsas de siempre.

Pero alguna vez debia engañarse, para recoger en la decepcion el castigo de sus sangrientas burlas, hechas á todo un pueblo, y debia ser en aquella.

Su estrella empezaba á oscurecerse, volviéndole la fortuna, que tan pródiga habia sido para con él, su espalda.

Era ya tiempo tambien, que la justicia resplandeciera para los oprimidos, so pena de haberla creído proscripta de la tierra.

El Gobernador de Entre-Rios tomó esa renuncia á lo sério, diciéndole á Rosas que la aceptaba á nombre propio y en el de la Provincia de su mando.

Esa actitud de Urquiza produjo la ruptura de las relaciones que le unian al tirano, pesando sobre la libertad de los pueblos del Plata.

Este se sintió herido en sus ambiciones y se desató contra aquel, señalándole á las furias de sus adictos, con los calificativos de *loco traidor y salvaje unitario!*

La guerra se hizo inminente, preparándose ambos caudillos para medir sus fuerzas, en lucha á muerte.

Urquiza empezó por entenderse con el Gobierno de Corrientes y luego celebró tratados de alianza con el Brasil y la Banda Oriental.

Rosás pidió contingentes á las Provincias

y puso en pié de guerra todos los elementos de que pudo disponer.

Aunque no todos respondieron á su llamado, aglomeró fuerzas poderosas y tuvo confianza en su poder.

Cuando Alberto y Wilde trataban de efectuar el cambio de que hemos dado cuenta, circulaba la noticia de la invasion de Urquiza al Estado Oriental con fuerzas de Entre-Rios y Corrientes.

Era ese el comienzo de la guerra.

El pueblo empezó á inquietarse y la incertidumbre, acerca de la marcha de los sucesos, se traducia en ansiedad suprema para todos.

Las noticias oficiales eran todas favorables á Rosas, y desautorizadas las particulares, que propagaban lo contrario, daban solo márgen á dudas é intranquilidades mayores.

El momento, pues, no era de los mas oportunos para pensar en salir á la campaña.

Wilde así lo comprendió, temiendo que Alberto desistiera de su empeño.

Este mantuvo, no obstante, su resolucion y apuró los arreglos para llevarla á la práctica.

Wilde no opuso condiciones y cedió su puesto con la participacion que á él se le habia dado en el negocio.

La casa prestó su acuerdo, disponiendo se hiciera un inventario de todos los bienes para establecer la sociedad con Alberto y liquidarla con Wilde.

Esta operacion se fijó para despues de la esquila y se llevó á cabo religiosamente, recibíendose Alberto en Noviembre, de la estancia de los señores Renniel Parlane y C^a, radicada en el partido de Ranchos.

Un mes mas tarde Urquiza pasaba revista al ejército libertador, compuesto de 24,300 hombres, en el cuartel general y campo de maniobras, situado en el Diamante.



Andrónica, para quien Alberto guardaba la mas cariñosa consideracion en pago de su cariño, miró con pena su alejamiento de la ciudad.

Hízole todo género de reflexiones, buscando disuadirlo de su propósito, pero nada consiguió.

Trejo habia comprendido que la ley de

la vida era el trabajo y aceptaba la lucha trazándose el rumbo que presentaba menos resistencias, á las predilecciones de su alma.

En eso no se hacia violencia, obedecia á inclinaciones naturales.

El corazon del hombre es su destino.

XII

COMO LOS EXTREMOS SE TOCAN

Debido á su edad y al valor de algunas *buenas cuñas*, Trejo pudo escapar al servicio de las armas, en la convulsion política que trajo la caida de la tiranía.

No pudiendo pasar á las filas de los libertadores, que era su deseo, se conformó con no prestar apoyo al tirano.

Era este un pobre consuelo, porque comprendia que su deber era otro, pero sus circunstancias no le permitieron una satisfaccion mayor.

Estaba ligado por compromisos y grati-

tud que su edad no le permitian desatender, sin faltar á la obediencia que debia á quienes habian velado por su existència en la orfandad.

Los acontecimientos, cuyo desarrollo empezara en Julio del 51 terminando en el mismo mes del año 53, con la separacion de hecho de Buenos Aires, del resto de la República, no le envolvieron en su oleaje turbulento.

Desempeñó una que otra mision pasiva, y salvo algunos *auxilios*, de imposicion arbitraria entónces, puede decirse que Trejo lo pasó tranquilo, en la estancia de Ranchos, de donde vió surgir el astro de la libertad, despejando los horizontes políticos del país.

Parecióle, en esos momentos, que algo extraño habia pasado por su sér moral, produciéndole las mas gratas sensaciones. Por primera vez en su vida creyó posible la felicidad.

Parecíale el sol mas brillante, la atmósfera mas liviana, la vida mas alegre.

Era la expansion que animaba los corazones, haciendo asomar la satisfaccion á los rostros en que la tirania habia borrado hasta las huellas de una sonrisa placentera.

Fué entónces que escribió en su libro de «memorias» los pensamientos con que al principio de esta narracion lo presentamos, violando el secreto de sus confidencias íntimas.

Hemos llegado, pues, al punto en donde el principio de nuestra historia nos acerca á su fin.



Entregado á sí mismo, Alberto se habia sentido retrogradar á su niñez, volviendo á su recuerdo los dias pasados al lado de sus padres.

Lo que de los cuidados y consejos de aquellos no se diera cuenta entónces, empezaba á apreciarlo á medida que la experiencia propia le señalaba *los abrojos de la vida*.

La educacion del hogar cobró su imperio y la voz de sus padres, repercutiendo en su alma, le llamó á la altura de las virtudes heredadas.

Avivó sus ejemplos y se propuso imitarlos, llevado del deseo de hacerse digno de los sacrificios de que fué causa para ellos.

Entónces recien, pensó sériamente en constituir una familia y animar su hogar, con

la presencia y el amor de una mujer, digna de su cariño.

Anhelos que hasta allí no habia sentido, empezaron á agitar su corazon y llenar de ilusiones su mente.

Era su naturaleza jóven y vigorosa que le hablaba el lenguaje misterioso del amor.

¿Acaso no sintió ántes, esos nobles impulsos, sin darse cuenta de ellos?

¡Quién sabe!

Las reflexiones que arrancamos á su libro de «memorias» nos lo dió á conocer *soñando en la ventura* que cifrara en el amor de Luisa.

¿Quién era ella?



Alberto no cruzó del todo indiferente, los salones de la sociedad de su tiempo.

A pesar de lo mucho *repulsivo* que habia hallado en ellos, encontró atractivos que se impusieron á la flexibilidad de su espíritu.

Se le vió hacer particular distincion de Clarita Tallaferro, Anatilde Castilla, Vicenta Rezabal, Pepita Bonorino y Luisa Wilson. En los salones donde alguna de esas niñas aparecieron y él se hallaba, pagóles siempre las atenciones de su simpatía.

Notábasele empero, cierta predilección que se dividía entre Anátilde Castilla y Luisa Wilson dos *buenas mozas* de la época.

Las amigas de una y otra habían estipulado no pocas apuestas, divididas en su opinión sobre la que se llevaría el triunfo.

Esto, aún después de haber hecho aquel su elección, formando la resolución decisiva.

Verdad que esta era ignorada por aquellas, pues Alberto no había pedido *oficialmente* la mano de su prometida.

Eso lo había dejado para más tarde, una vez que el éxito de sus trabajos le permitiera comprometer el destino de la mujer que elegía para compañera de su vida.

¿Por cuál de las dos había decidido?



Anátilde, que sin ser bella era una hermosa mujer, tenía muchos admiradores.

Era espiritual, comunicativa, inteligente.

Padecía no obstante, de un achaque que perjudicaba su valor moral: el delirio de las grandezas.

Ambicionaba riquezas para brillar en la sociedad.

No queria ni oir hablar de la vida de campo.

Esa, decia, es para los irracionales: allí no hay mas que pastos y desierto y yo amo el movimiento, el bullicio, la alegria de la ciudad.

Trejo, que le habia escuchado esa declaracion, sintió plegársele las álas de la simpatia que le cobrara, para alzarlas y volar hácia Luisa, que si bien no amaba menos esos atractivos se manifestaba mas susceptible de conformarse á las decisiones de su suerte, buena ó mala.

Lo cierto, á su respecto, era que la una mostraba tanta reserva como franqueza la otra, pecando ambas de la misma inclinacion.

Anatilde decidió de su suerte, prefiriendo un hombre de ciudad á otro de campaña, ambas personas de respetabilidad, porque aquel le prometia lo que mas ambicionara —el lujo de los salones—y este lo que mas odiaba—la paz del hogar en el silencio de lo despoblado!

De un lado se le brindaba la felicidad y del otro la desgracia. Optó por esta, en la ignorancia de su mala eleccion.

Brilló poco y sufrió mucho.

Luisa aceptó los galanteos de Trejo, cambiándose entre ellos la promesa de casamiento, cuando este salió de la casa Renniell, Parlanc y C.^a, para trasladarse al partido de Ranchos.

Esa promesa debía mantenerse en secreto mientras Trejo no pudiese presentarse en condiciones de decidir la voluntad de los padres de aquella.

Así sucedió en efecto, pues nadie descubrió su secreto hasta que ellos acordaron divulgarlo.

Y eso, apesar de la correspondencia epistolar que sostenian, alentando sus afectos y esperanzas.



Luisa era hija de una acaudalada familia irlandesa, muy aclimatada al país por sus largos años de residencia.

La educacion de sus padres, que eran personas de humilde cuna, ofrecia muchos lunares, pues era apenas la que se adquiere por el roce social, en la atmósfera de las tolerancias de que siempre gozan, los agraciados por la fortuna.

Tenian dinero, vestian bien y su casa estaba arreglada con el mayor lujo.

Ofrecian á la decencia de los demás, cuanto deslumbra la vista y satisface la vanidad.

Las apariencias estaban satisféchas y no habia para qué exigirles mas.

La vida íntima pertenece á los dominios del hogar y allí puede flaquear la virtud, siempre que el velo del pudor no se rompa por el escándalo, descubriéndose lo que el interés guarda con la mayor solicitud.

Esa era la moral de aquellos tiempos y no es la de nuestros dias mejor, merced á los progresos que ha hecho la mentira.

Tanto se ha desarrollado la falsía que amenaza desterrar la sinceridad.

El precepto que servia de norma á la accion de los padres de Luisa — *guíate por el dictado de tus conveniencias y acertarás* — se ha hecho casi general.

En el templo, en el hogar, en la calle, en la política y en las relaciones de amistad ó comercio, está el interés ahuyentando la verdad, la mentira haciendo presa de los incautos y pervirtiéndolo todo.

La anarquia moral llega á su colmo.

El utilitarismo prima sobre todo.

Hemos perdido el derrotero de la libertad y del progreso.

Pero, como «la humanidad tiene un fin y la vida tiene una ley», lo que no hace la prudencia del hombre lo hará la prevision de la naturaleza.

En el pecado está la penitencia. En el exceso del mal su remedio.

.....



Luisa, como niña, llenaba las exigencias sociales y era considerada en los salones, por su fortuna y su hermosura, uno de los mejores adornos.

Poseía además, el arte de seducir.

Sus grandes y bellísimos ojos azules, expresaban ya la candidez, ya la ternura de su alma, de una manera admirable.

Era imposible pensar en la inconsecuencia, en la maldad, hallándose bajo la influencia de su atracción tan dulce como poderosa.

A su lado reunía muchos admiradores y fué su distinción, para Trejo, una prueba

mas en favor de la bondad de su alma.

La juzgaba por sus propios sentimientos, elevándola por la simpatia que le habia significado, á la altura de su gran corazon.

Se creyó comprendido y alimentó aquellos sueños de ventura que ya son de conocimiento del lector.

Luisa era para él un ángel, amando en ella el ideal que se habia forjado con el concepto de su bondad.



El contrato de Trejo con los señores Renniell Parlanc y C.^a, tenia por plazo el término de cinco años.

En los primeros dos años los resultados obtenidos fueron pobres, sucediéndose lo contrario en los tres últimos. Durando estos, cuadruplicóse el capital, lo que llevó á Trejo á formar la resolucion de establecerse por su sola cuenta.

En todo el tiempo que se halló al frente de los intereses de Renniell Parlanc y C.^a solo tres veces *bajó* á la ciudad, y eso cediendo mas á los deseos de sus principales que á los suyos propios.

Podemos decir, pues, que en ese largo lapso de tiempo no visitó á Luisa arriba de media docena de veces.

Esta lo recibió siempre bien, ratificándole la promesa de amarlo eternamente.

Ese juramento de amor se habia repetido por la centésima vez, resonando grato siempre al oído de Trejo, que tenia confianza absoluta en la sinceridad de Luisa.

Era honrado, y sin una prueba en contrario, no podia dudar de la integridad de los demás.

Este es el lado flaco de todos los hombres de bien.

El pillo le lleva la ventaja de la prevenicion que nace y se alimenta de la propia maldad.

¿Le engañaba Luisa?

Creemos que no.

A nuestro entender se engañaba á sí misma.

Frívola por educacion y apasionada por naturaleza, se sentia halagada por los galanteos de que era constante objeto.

Para cada uno tenia una palabra de esperanza ó una sonrisa de estímulo para mantenerlo en el séquito de sus admiradores.

Mas de uno recogió de sus lábios los juramentos de amor que escuchára Trejo, induciéndole á forjarse su ideal de amor y felicidad.

Si mantenía libre su mano, apesar de las muchas veces que empeñara su corazón, era porque nadie la había estrechado al cumplimiento de sus promesas.

Como mujer, parecía inclinada hácia el hombre, distinguiendo á todos sin querer á ninguno.

Buscaba partido, procediendo especulativamente, de acuerdo con las insinuaciones de sus padres y las enseñanzas de la constitucion social.

Encontraba el porvenir de la mujer subordinado al matrimonio y debía buscarlo mas como una necesidad de la subsistencia que como un anhelo y una satisfaccion del corazón.

Había comprendido que no podía elegir, que debía ser elegida, y al efecto estudiaba el arte de seducir.

Cumplía así la ley de su destino, en el órden social.

¿Debemos juzgarla culpable?

No; porque la desgracia inspira compasion y no censura.

El sacrificio de Trejo no debia ser su obra, sinó la de la organizacion social que anula la libertad de la mujer.



El hombre que al unirse con lazo indisoluble á una mujer, no es llevado por el interés de la fortuna ó de la posicion social de ésta, *se caza con el corazon.*

Ama y anhela ser amado.

Debe ser grande, pues, su decepcion y su desventura si se halla al correr del tiempo con que fué el interés y no el amor lo que alentó las caricias de su esposa.

Y como Trejo, todos los hombres de bien, comprometen el corazon en tales partidas.



Así que el plazo para la liquidacion de la sociedad de Trejo se aproximaba, mas decidido se mostraba éste de cumplir su promesa para con Luisa.

Sus principales tenian aviso anticipado de su resolucion de separarse y le habian

prometido no demorar la ejecucion de aquella.

Pocos dias antes del fijado, Trejo anunció á Luisa la que creia una grata nueva, diciéndole que dos meses mas le serian suficientes para instalar su nuevo hogar.

Al efecto ya tenia comprada una suerte de estancia en el partido de Chascomús y los trabajos de poblacion muy adelantados. Luisa contestaba la carta de su prometido en los siguientes términos:

Buenos Aires, Octubre 15 de 1856.

Querido Alberto :

No puedes imaginarte el inmenso placer que me ha proporcionado la lectura de tu carta última.

Al fin creo poder decir que llegará el momento tanto tiempo ansiado por mi corazon.

Cinco años de batallar, entre la esperanza y la duda, debia tener el premio de tanta dicha como la que me espera en brazos de tu cariño, que mantendrá siempre vivo el fuego eterno de mi amor.

Has sido la ilusion de mi primera caricia,

despertada al eco suave de aquellas palabras que cayeron de tu boca, en hora inolvidable de dulce arrobamiento, grabándose en mi corazón para no borrarse jamás.

Aquel «yo te amo» que balbucearan trémulos tus labios y animara con expresión de inefable ternura la luz de tus bellos ojos, aún me conmueve y arrebatata.

Si, Alberto, porque tú no sabes lo que es el amor de una mujer que siente nueva vida y vislumbra un cielo de dicha cierta, en las palpitaciones de un corazón grande y generoso como el tuyo.

Soy feliz, y la felicidad que siento es tu obra.

¿Como no amarte?

Quiero vivir para tí, ser toda tuya y que tú seas mío para formar un mundo en que no se aspire otra atmósfera que la de nuestro amor.

¿No lo quieres y deseas tú así, bien mío?

Si, si, me lo dicen tus anhelos, tus afanes y cuidados.

Vén pronto, pues, y que mis padres conozcan el amor y los juramentos que nos acercan, para que se expliquen el *sueño aparente* de mi corazón y sean testigos de nuestra dicha.

Te espera y te ama siempre, la que será tuya toda la vida.

Luisa.

Esa carta, y muchas otras parecidas, guardaba Trejo cuidadosamente, como el tesoro mas grato á su corazon.

Amaba á Luisa con toda la pasion de que era susceptible su alma sencilla é impresionable.



Espirado el término del contrato, Trejo liquidó su sociedad con los señores Renniell Parlane y C^a, sin dificultad alguna, separándose en buena armonia. Ambas partes se manifestaron satisfechos de los resultados.

Aquel apuró en seguida su poblacion, en el partido de Chascomús, donde se prometia la felicidad en *un nido de amor*.

Los primeros dias de Enero del año 57 lo sorprendieron coronando su obra con la esperanza del justo en el corazon.

Lo que mas estueros reclamóle, fué la tarea de aquerenciar sus haciendas.

Así que terminó sus primeros trabajos y pudo fiar al capataz la continuación, sin perjuicio para sus intereses, se puso en viaje á la ciudad.

Luisa, que tenía aviso de su próxima llegada, lo esperaba.

Trejo llegó á Buenos Aires, el día 20 del mes y año que hemos señalado, instalándose en casa de su tía Andrónica, que á la sazón vivía en la calle de Suipacha.

Lo traía el pensamiento de comunicar á esta sus propósitos y cumplir para con ella, su promesa.

Andrónica lo recibió con el cariño de siempre.

Abrióle Trejo su corazón, hablándole con entusiasmo de su prometida.

Disculpó sus reservas, diciendo que no había querido divulgar su propósito, hasta no tener la seguridad de poderlo llenar.

Así que significó á su tía cuanto se proponía hacer y esperaba de su elección, guardó silencio para escuchar la palabra y el consejo de aquella.

Andrónica le reprobó su falta de confianza, observándole que los hijos pagaban

siempre caras esas reservas para con sus padres, porque importaban dejarse llevar por su ignorancia, cuando podían ser guiados por la experiencia y el amor de estos, al dar sus primeros pasos en la vida.

—Sé que tienes buen juicio, le decía, pero esto no basta para proceder siempre con acierto.

Se choca con errores, en el ejemplo que nos ofrecen los demás, que solo la luz de los años nos permite descubrir.

Tus reservas, continuó Andrónica, me obligan reservas á la vez; so pena de sombreadar tus ilusiones ó agigantar tu confianza, en la felicidad que crees asegurada.

Yo solo haré votos porque en tu matrimonio seas tan feliz como lo fué tu padre y lo he sido yo.

Si Luisa te ama, puedes alcanzar la dicha, por que el amor obra la grandeza y la virtud de la mujer.

Alberto escuchó con silencioso respeto las palabras de su tia, y sintió en el fondo de su alma el justo reproche que le habia merecido.

El arrepentimiento agitó su corazón cuando

ya era tarde para volver atrás, y de ahí su pena.

No habia penetrado empero, ni el valor ni el alcance, de las palabras de Andrónica.

Esta, que conocia á Luisa, en otro momento menos crítico para las afecciones de Alberto, habria combatido su enlace con toda la fuerza que dán una experiencia probada y los mas fundados temores.

Habria compulsado sus muchos defectos, haciendo resaltar sus escasas virtudes.

Pero, comprometidas la palabra y la voluntad de Alberto, su deber era guardar silencio.

Desviar su propósito era imposible: un caballero siempre cumple su promesa.

Despojar el objeto amado de los atributos que le creara la ilusion, habria sido locura á la vez que crueldad. Alberto nunca habria podido olvidar que las primeras palabras que hiriéron el crédito de su esposa, lastimando su corazon, habian salido de la boca de su tía.

Por eso Andrónica, aleccionada por su experiencia de la vida, guardó tan prudente reserva.



Obtenido el consentimiento de su tía, en la forma que queda expresada, Alberto se presentó á los padres de Luisa y les manifestó sus propósitos.

Estos acogieron su pedido con agrado, accediendo á él con señales de verdadero placer.

Luisa demostró una alegría inusitada, siendo objeto de calurosas felicitaciones por parte de las numerosas familias de la relacion de sus padres.

Su corte de admiradores se disolvió como se disipa el humo agitado por el viento.

Trejo, en cuya correspondencia particular hemos hallado cartas de Sabiniano Kier, Guillermo Casares, Clodomiro Artayeta, José Maria de las Carreras, Faustino Magallanes, Alfredo Balbastro, Diego de la Fuente, Mauricio Herrera, Julio Nuñez, Juan Antonio Basarte, Domingo Grondona, Francisco Chas, Cecilio Jacobé, Alejandro Gache, Mariano Pelliza, Juan Raices, José Antonio Ocantos, Julio Bonorino, José Maria Belgrano y otros, no recibió empero las felicitaciones de sus amigos en la medida que las recibiera su prometida de los suyos.

Es que en esos casos lo que ven los de afuera está vedado para los de adentro.

Alberto notó la frialdad con que las personas de su amistad recibieron la noticia de su casamiento, pero no fijó en ello atención particular.

No cruzó por su imaginación la idea de que estos lamentaran su sacrificio, y aquellos celebraran la suerte inmerecida que tocaba en lote á Luisa.

Alentado por las mejores intenciones, se sentía confiado y satisfecho con las promesas de su amor.

Así es la vida: se marcha hácia la desgracia cierta, con la vision engañosa de la felicidad!



Trejo confió á los padres de Luisa el secreto de sus amores desde el dia en que se comprometiera con esta, á fin de mostrarles que no era la ilusion de un momento sinó la de los años que se acercaba á la realidad.

Quería así abreviar el plazo último, en obsequio de sus afecciones y el cuidado que le demandaban sus intereses.

Luisa, por su parte, significaba igual interés á sus padres, decidiéndoles á que no demorasen su enlace.

Fijóse al efecto el 28 de Enero, debiendo partir los novios al dia siguiente con destino á la estancia de Trejo.

En los regalos de boda, que Luisa recibió de sus padres, estaban comprendidos los muebles para dormitorio, sala y comedor, que se compraron al gusto exclusivo de aquellos. Eran de un lujo excepcional para la campaña.

Trejo, que habia pensado en un ajuar modesto, no pudo ocultar su sorpresa cuando fué llamado para recibir aquella parte del que le destinaban sus padres políticos.

Habia tanto de supérfluo allí, que le causó desagrado.

El queria encerrar sus comodidades en los límites de lo necesario, sin pecar de parco ni de rumboso.

Luisa se conformó, diciéndole que esa era la obra de sus padres y que no debía causarles disgusto, mostrándole su desacuerdo.

Ellos se sienten tambien felices, decíale ella—y quieren por ese medio significarnos

su dicha contribuyendo á la nuestra en lo que creen nos hace falta.

Luisa colgaba así á sus padres lo que había sido la consecuencia de sus propias exigencias, y ocultaba su falta engañando á Trejo.

Acostumbrada á mentir, éste no descubrió en el acento reposado de su palabra, la falsedad que iba envuelta en su consejo.

A ese engaño debían suceder en breve muchos otros.



Trejo, acompañado del padre de su futura esposa efectuó la compra de todo lo necesario para complementar el ajuar de un matrimonio, y luego fletó tres carros á caballo para su conducción á la estancia.

Trasmitió órdenes al capataz para que recibiera todo dándole colocación provisoria hasta tanto llegase él con su esposa, para determinar el arreglo definitivo de su hogar.

Estos preliminares del matrimonio quedaron terminados el día 25.

Algunos otros, comprendiendo ropas y vestidos, demandaron un par de días más.



Los padres de Luisa, para complacer á ésta y á sí mismos, se propusieron consumir el acto del matrimonio, con el mayor realce posible.

El partido era bueno y se hacia necesario hacerlo conocer, festejándolo en grande.

No les bastaba la satisfaccion en el goce tranquilo del bien alcanzado.

Se hacia indispensable al egoismo de la vanidad, la provocacion en lo posible, de la envidia de los llamados á asistir al desposorio.

La novia debia deslumbrar, en la iglesia y los salones, por su hermosura y la riqueza de su arreglo.

El recibo de las relaciones de la familia habíase acordado con pompa, casi régia, disponiéndose los salones al efecto, con un lujo inusitado para la época.

Asi que todo estuvo dispuesto, en ese sentido, se le informó recién á Trejo del plan de la boda.

Los padres de su prometida creyeron impresionarle agradablemente, con la ostentacion que hacian de su felicidad esperando la aprobacion ardiente por su parte.

No conocian al hombre cuya suerte se jugaba en ese momento al azar del matrimonio.

Alberto recibió la noticia con frialdad y casi significando el desagrado que le causara.

Buscó á Luisa, esperando que se desprendiera sino una disculpa, por lo ménos una palabra de sus lábios, que armonizara con su modo de apreciar lo dispuesto para su enlace, mas no la halló en el terreno que la buscara.

Luisa, que sabia lo que Trejo habria deseado al respecto, supo esquivar la interrogacion, interesándole en asuntos que llevaron su atencion á otros rumbos.

El caso era para evitar su reproche.

A sus padres, que le expresaron la extrañeza que les causara la indiferencia de Trejo, les contestó, diciéndoles: «no le hagan caso, es un zonzo que nada entiende de esas cosas».

Esa salida de Luisa basta para aquilatar el valor de su sér moral.

Tenia seguramente mas de demonio que de ángel!



Las nupcias de Trejo fueron muy comentadas, formando durante muchos dias el tema obligado de los mejores círculos sociales.

Y el caso no era para menos, tal fué el fausto con que se celebraron.

Notóse empero el contraste que ofrecia la satisfaccion rebozante de los padres de Luisa, con la severa reserva de Andrónica, la tia de Alberto—y la dicha de la vanidad en su apogeo, opuesta á la contrariedad comprimida, que era dado sorprender en la expresion de los rostros de los novios.

Luisa estaba llena de sí misma paseando los salones, en los que se creia reina y señora, con la satisfaccion de ver su imágen reproducida por los grandes espejos y recibir las frases que la galanteria de ocasion arrojaba á sus piés.

Para su esposo no tuvo una palabra ni una mirada, brotadas del corazon, cuya sa-

tisfaccion debia desbordarse en las ternuras del amor, que decia unirla al objeto de sus simpatias.

Trejo, abrumado por su contrariedad, cuya causa conocemos, no paró su atencion en la frialdad de Luisa.

Lo contrario sucedia empero, por parte de los concurrentes.

Estos observaban el hecho, atribuyendo á la actitud de la novia, el aparente desagrado del novio.

Hubo quienes auguraron un porvenir de borrascas y otros una duracion corta y desgraciada á la union de los recién casados.

No se aman, proferian los unos diciendo los otros, al verlos pasar y volver, recorriendo los salones, él la quiere y ella le desdeña; mas que á la felicidad parecen marchar al sacrificio!

De ahí la causa que tuvo por efectos los comentarios á que diera márgen su enlace.

¿Podria decirse, dados sus antecedentes, que eran fundados esos vaticinios?



Cuando la concurrencia abandonaba los salones, Trejo hacia preparar su volante pa-

ra trasladarse con su esposa á la estancia.

Eso era lo pactado y debia cumplirse.

Los padres de Luisa y ésta misma, sugirieron la idea de pasar algunos dias en la ciudad, pero aquel se opuso, diciendo que habia llegado el momento para él, de ser á su vez complacido.

Aquí nada nos queda ya que hacer, objetó Alberto; de hoy en más debemos vivir el uno para el otro y buscar la dicha que anhelamos dentro y no fuera del hogar.

Luisa, haciendo jugar una sonrisa en sus lábios y mirando á sus padres con ternura, agregó: es cierto, esa es nuestra mision y allí nos espera la felicidad.

Eran esas las primeras palabras cariñosas que se desprendieron de los lábios de la esposa.

¿Fueron sinceras?



Cuando los preparativos del viaje tocaron á su fin, daban las cuatro de la madrugada.

Era, pues, hora de ponerse en camino para aprovechar el fresco de la mañana.

Andrónica y Gerónimo habian querido

asistir á la despedida de los novios y esperaban su salida en compañía de los padres de Luisa.

La despedida fué un acto tocante; porque los padres jamás se desprenden de sus hijos sin acompañarlos de sus bendiciones rociándolas con sus lágrimas.

Colocados luego en la volanta, uno al lado del otro, solos y libres en su amor, dejemos á los novios soñar en la felicidad, que creen suya, mientras van rodando hácia el hogar de su esperanza.



Ninguna sombra oscureció la dicha de los desposados en su *luna de miel*.

Deslizáronse los dias en union estrecha y al parecer feliz.

La voluntad del uno determinaba la del otro, obrando el acuerdo mas perfecto.

Luisa, si tuvo caprichos, supo ocultarlos, amoldándose á los deseos y modo de ser de su esposo.

Se habia propuesto agradar, para atraerlo primero y dominarlo despues.

Cedia al principio, para cobrar su imperio mas tarde, á doble precio.

Trejo, halagado por la docilidad de su esposa, que creyó el efecto de su cariño, se acusaba cada dia mas delicado en su trato, concluyendo por estudiar y satisfacerle hasta el mas insignificante deseo.

El amor de esposo colocaba el cetro del rey en manos de la reina.

Si al cariño probado de Trejo, hubiese correspondido el afecto sincero de Luisa, la condescendencia de aquel no habria sustentado los caprichos de ésta y acabado por labrar la desgracia de ambos.

La inesperienza del uno, explotada á merced de su bondad, por la ignorancia mal intencionada de la otra, debia trocar en sinsabores la dicha soñada por los dos.

Luisa no conocia los deberes de esposa, ni se daba cuenta de la mision de la mujer, en la vida del matrimonio.

Tampoco entendia lo que era la dignidad que limita la propia voluntad, por lo que corresponde á la agena, en el órden de la libertad y la justicia.

Esa ignorancia la llevó à reñir con su

esposo, toda vez que se sintió ligeramente contrariada.

La menor oposicion llegó á sublevarla y sus arrebatos traducian en disgustos para Trejo.

Este, cuyo esceso de delicadeza le llevaba á rechazar toda imposicion que no fuese moral, no supo ejercer la autoridad de esposo, y por evitar desagradados se vió arrastrado, de concesion en concesion, al desquicio de su hogar y al menosprecio de su esposa, cuya falta de amor y de dignidad, desvirtuó sus afectos, hiriéndoles de muerte sus mas caras ilusiones.

A los tres meses de vida de campo, Luisa se hacia insoportable.

Decia que estaba hastiada y que solo volviendo á la ciudad recobraría el gusto perdido.

—Esta monotonía, me mata, decíale á Trejo, y no creeré en tu cariño mientras seas mi tirano manteniéndome aquí.

Trejo sentia la punzada, que esas palabras inferian á su alma y al principio las objetó, diciendo que él tenia cuanto ambicionára para ser feliz y que fuera del hogar ó en otro destino, nada habia que le llamara la atencion.

Luego preguntaba, qué interés la movía en su deseo de abandonar tan pronto, lo que había constituido su felicidad y la suya, ayer apenas.

—¿Hay algo más allá que te atrae porque te seduce más?

—¿No dijiste que querías vivir para mí, porque mi dicha era la tuya?

—¿A quién buscas agradar ó qué placer piensas recoger, donde no me encuentres y te acompañe solo mi desagrado?

—¿Que atracción puede seducirte, causándome pena?

Luisa, que sentía sus afectos puestos á prueba, mediante esas preguntas, se sustraía á las respuestas, diciéndole á Alberto que no se empeñara en darle esa interpretación á sus deseos.

—Yo no pretendo separarme de tí, sinó alejarme de aquí junto contigo, porque no puedo soportar esta soledad, esta vida sin cambiantes que causa la tristeza de mi alma.

Yo te amo, hoy más que nunca, pero me ha cansado tanto esta atmósfera invariable, que no puedo ocultarte el disgusto que me causa.

Esa era la defensa que oponía Luisa, á

los ataques de su esposo, cuando se veía muy apurada por sus justos reproches.

Por supuesto que ella no satisfacía á Trejo, para quien la vida de campo, animada por el amor de su esposa, nada le dejaba que desear.

Para trabajar el cuerpo y distraer la imaginacion de Luisa, Alberto hacia enganchar el carruage muchas veces á la madrugada y otras tantas al caer la tarde, para sacarla á paseo por los alrededores de la estancia y hacerla presenciar ya la salida ó ya la entrada del Sol, que en los meses de Marzo y Abril es siempre soberbia.

Vano esfuerzo.

Las bellezas de la naturaleza, en su manifestacion mas espléndida, no impresionaban el espíritu inquieto de Luisa.

No habia allí quien hermoseara sus adornos y sus encantos, hablándola el lenguaje que pedia su vanidad.

El amor de Trejo era demasiado sincero para entusiasmarla.

Echaba de menos las galanterias que en su necesidad, le mostraban un mundo prostrado á sus piés.

Le faltaba la atmósfera de los salones,

donde cobraba aires de reina y miraba á los demás como sus satélites ó vasallos.

Contemplaba con pena, sus joyas y vestidos: no tenia donde lucirlos.

Los recuerdos empezaron á trabajar su imaginacion y en el parangon que hacia, de lo que fué y era, para ella, el pasado se levantaba lleno de luz, hundiendo el presente más y más en las sombras de su descontento.

Empezó á mostrarse siempre triste y abatida, en presencia de su esposo.

Concibió el plan de conmooverlo ó exasperarlo, para arrancarle la satisfaccion de sus deseos.

En su ignorancia, estaba trabajando por labrar su desgracia y arrojar su esposo á la desventura.

Poseía la felicidad—en lo que ella encierra de verdad—y se sentía inquieta, intranquila, desgraciada.

Quería lo que no tenia cerca, no para satisfacerse al cambiar de lugar y obtener lo que anhelara, sinó para volverse á hastiar bajo la impresion de nuevos deseos!

Se la habia educado con una vision im-

perfecta de la vida, dejando sin freno moral, los impulsos de su imaginacion, cuyos ensueños seguia sin abrir los ojos á la realidad de los peligros.

Hallaba prosaica la vida de campo y seductora y poética la de ciudad, encerrada en calles oscuras y estrechas, donde el bullicio es una molestia continúa.

Caprichos de mujer, voluntariosa y frívola!

Ella no encontraba nada mas bello que los adornos del arte, los perfumes, la atmósfera tibia de los salones.

Deslizarse entre flores, cortinas y espejos, atraida por voces de mentira, forjando ilusiones pasajeras, era par ella la felicidad suprema!

Allí buscaba la dicha, encontrando frias las caricias de su esposo triste y abrumadora la alegría, cierta y duradera, de su hogar.

¡Pobre Trejo! Tal era Luisa, el ángel de sus ensueños, la mujer en quien concentró su amor y su esperanza de felicidad: El faro de luz que habia elegido, para trazar el rumbo de su vida!



Trejo, ante la actitud de Luisa, se sentía profundamente contrariado y hacia esfuerzos inútiles por ocultarle su desagrado y con él la pena que se apoderaba de su espíritu empezando á desalojar sus ilusiones.

Su hogar no era lo que habia querido hacerlo; el refugio para la soledad del alma y las angustias del corazon.

Las amarguras que recogia su pecho, en la lucha por la vida, y buscaba volcar mediante las confidencias íntimas, se concentraban en él sin cesar, porque la frialdad de su esposa helaba la palabra en sus lábios, obligándole á encerrar sus penas dentro de sí mismo.

Hízose reservado, escuchando en silencio las quejas y pedidos que Luisa le ponía de manifiesto, toda vez que la ocasion se le presentaba.

Se habia convencido, á las pocas pruebas, que sus observaciones poco ó nada pesaban en las disposiciones de aquella y cambiaba así de táctica.

Creyó que provocando la concentracion de espíritu en su esposa, el error de su conducta le saltaría á la vista, y el sol de

la felicidad volveria á brillar para su hogar, calentando las afecciones que una desinteligencia injustificable habia enfriado.

Estaba empero en lo falso.

Luisa leia en su rostro lo que pasaba por su alma y redobló sus exigencias.

Supo al efecto, sacar partido de los mismos cargos que Trejo le hiciera.

—Es en vano—decíale aquella—que te hagas el enojado, encerrándote en el silencio que te obliga tu falta de razon, para oponerte á mis deseos.

Lo que tú haces aquí, yo sé ya que lo puedes confiar al capataz, sin perjuicio para estos intereses y con la ventaja de poderte ocupar en otra cosa, con tanto ó mas provecho.

Pero está visto; quieres tu felicidad á costa de la mia y aseguras que me amas.

¿Qué amor es el que á tanto precio debo creer me profesas?

—Vámonos á la ciudad y allí seremos felices los dos; asi me probarás tu cariño, como yo te he demostrado el mio, acompañándote á este desierto que llama el aburrimiento y amenaza desterrar toda ilusion del alma.

¿Qué vida es la que se vive aquí?

—Esto es vegetar, trabajando para embrutecerse.

Si persistes en quedarte, acabaré por creer que eres un malvado, porque digas lo que digas, y hagas lo que hagas, yo no te dejaré solo; pero en vez de ser tu cielo, seré tu infierno.

Recoge mis palabras y medítalas; son la expresion de la sinceridad de mi alma!

Tales eran los argumentos en que basaba Luisa los ataques que le repetia hasta el fastidio, causando la desesperacion de Trejo, al verse batido con sus mismas armas, vueltas contra él emponzoñadas por la mentira.

No podia empero, convenir en la necesidad de un cambio de local, para encontrar la felicidad anhelada, que antes hiciérase tan solo depender de su union y su vida, uno al lado del otro.

—Nuestra ambicion está satisfecha—decíale á su esposa —y no hay razon que me abone tu empeño.

No obstante, esa resistencia, acabó por ceder al poco tiempo, diciendo: está bien, te haré el gusto; iremos á la ciudad y ten-

drás entónces satisfecho tu capricho, al precio de mi infelicidad.

He buscado mi dicha, en la tuya — con sentimiento elevado y anhelo generoso — y debo probarte mi amor hasta el sacrificio !



Desde el momento en que Trejo accedió á las exigencias de Luisa, ésta se manifestó alegre y cariñosa como nunca para con aquel.

—Ahora recién creo que seremos felices — le decia — porque van á satisfacerse por primera vez mis deseos.

—Si yo consentí en salir al campo, fué porque contaba con tu amor para volver pronto á la ciudad, llevándote conmigo.

—Lo que tú has atribuido á un capricho, obedece tan solo á una idea premeditada.

—Confieso mi falta, y ahora que has accedido á mis súplicas—no á mis exigencias, como tú has dado en llamarlas— te pido perdon, prometiéndote formal enmienda.

—¿Me querrás como antes?

—No te lo aseguro, contestóle Trejo, pues acostumbro no usar del engaño ni en mis

bromas; ello dependerá de tu proceder en lo sucesivo.

Me has engañado una vez y quien siembra la duda no recoge la confianza que pide á los demás.

Siento mi corazón muy lastimado y no me es dado borrar tan pronto, las huellas de su dolor.

—No seas malo, bien mio, repuso Luisa: á tu alma generosa sienta mal el rencor. Yo me haré digna de tu perdón, probándote mi cariño.

—Permíteme que te pida no me ofendas aún mas de lo que lo he sido hasta aquí. No atribuyas á rencor lo que es hijo de un justo sentimiento.

Esperaba de tí la confianza, la lealtad, y me he encontrado sorprendido con tu inconsecuencia y falta de circunspección, al dar los primeros pasos en la vida de nuestro amor.

Has herido mis sentimientos, en las fibras mas delicadas, y solo mintiendo podria decirte que te perdonaba tanta crueldad.

Deja al tiempo y á la promesa de enmienda que te has hecho, la tarea de curarme esas heridas.

Tú sabes que no soy malo y puedes esperar mucho de mi bondad.

— Está bien, Alberto, te doy la razón empezando por redimir mi falta al reconocer tu justo enojo.

Ya me haré digna de tí.



Empeñada su palabra, Trejo se contrajo á las tareas que le marcaba el compromiso que ella importaba para con su esposa. Dispuso en pocos días lo necesario para abandonar su hogar y dejar á su capataz al cuidado de sus bienes.

Anticipó aviso á sus suegros de la resolución que había tomado, pidiéndole á su padre político que le tomara casa para instalarse así que arribaran á la ciudad.

La traslación se hizo luego, con poco trabajo, si bien con mucho disgusto para Trejo que supo, sin embargo, guardar en silencio su amarga pena.

Emprendido el viaje de regreso, durante él, Luisa mostróse satisfecha, buscando inútilmente transmitir su alegría á Trejo, para quién el mismo camino, que meses ántes

recorriera lleno de bellas ilusiones, y salvaba entónces, con el alma contristada, era un motivo constante para nuevas impresiones de desagrado y pésar.

Las casas, los árboles, los animales y los arroyos que encontró á su paso, contemplándolos sonriente, como colaboradores á la felicidad del hombre, mirábalos con dolor cambiados en testigos mudos, acusadores de la fugacidad de la dicha humana.

Habia cedido á su desencanto, y dominado por el pesar, le faltó el imperio de la razon que levanta el corazon del hombre, sobre las miserias de la vida templándole para la lucha en que, heridas sus mejores fibras, destila sangre, pero no se rompe, ni somete al dolor.

Iniciábase en el sendero del martirio, llevado por sus propios sentimientos.

Aunque supo guardar su pena, no reprochando á Luisa su chocante alegría, su silencio no ocultó á su esposa el triste estado de su alma.

El viaje fué un tormento para los dos, felicitándose tanto el uno como la otra de su llegada á la ciudad.

Los padres de Luisa, hicieronles una recepción entusiasta.

Andrónica se limitó á mandarlos saludar, mediante un recado trasmitido por Anselma.

Ocuparon una casa situada en la calle Santa Rosa entre las de Santa Clara y San Francisco, en la acera que dá frente al Oeste.

Componíase de cinco piezas espaciosas, que fueron lujosamente amuebladas.

Pasáronse en seguida, los saludos y ofrecimientos de costumbre, á las personas de relacion y familias mas distinguidas del barrio.

Lo que Luisa buscaba eran visitas, muchas visitas, para distraer sus ócios y satisfacer su vanidad, luciendo lo que creía sus mejores atractivos: su belleza física y sus joyas y vestidos!

Colocado en la pendiente de las concesiones, Trejo no hacia mas que ceder á los deseos de Luisa, que se amparaban casi siempre de su empeño en no hacer una figura ridícula ante la sociedad.

Abierta la casa á las visitas, era necesario no cerrarla á las tertulias, donde Luisa se

proponia lucir recién sus principales adornos.

Acordóse dar una por semana, invitando al efecto las familias de mayor confianza.

Las primeras se distinguieron por lo cortas y poco animadas, sucediéndose lo contrario así que cada visitante encontró su centro y la confianza se hizo general, en las que vinieron después.

Pasábase el tiempo agradablemente, pues la dueña de casa procuraba que no faltase entretenimiento para todos.

Habia música, alternándose el piano con la guitarra; se cantaba, se bailaba, y no faltaban los entreactos de conversacion amena, acompañada de mate, té ó chocolate.

Luisa, así distraída, se sentía en el apogeo de su felicidad.

Trejo, en cambio, empezaba á sentirse abatido, por la tristeza y la soledad de su alma.

Le faltaba el corazón amigo de su esposa, para animar sus esperanzas con el rocío del amor, que es el bálsamo que refresca el alma, cuando se le siente quemada por las pasiones que son el infierno de la vida.

Para todos habia alegria en su casa, menos para él.

Esa era la felicidad que empezaba á ofrecerle su esposa.



—No te parece mas llevadera esta vida que la del campo? preguntábale Luisa á su esposo, en dia inmediato siguiente á una de sus mas animadas tertulias.

El espíritu de sociabilidad, acercando á los extraños y disponiéndonos para recibirlos, obra la alegría y felicidad de todos.

Aqui vivimos en verdad, los unos para los otros, animados por un interés recíproco que en vez de aislar, reúne: el del bienestar comun.

¿No sientes tú su benéfica influencia, en una expansion mas generosa que la del egoismo que busca tan solo la felicidad individual?

—No te lo negaré, opuso Trejo, pero para vivir esa vida del comunismo— como tú la entiendes—habria que romper los vínculos del matrimonio, levantar la enseña del amor libre, y trocar la fortuna privada en riqueza pública.

Y en otro sentido, con la moral que hoy impera, están fuera del orden que prescribe la decencia, los galanteos que admite la esposa, con daño para el honor del esposo.

Cuando las ideas nos lleven á establecer la doctrina de que no hay crimen ó delito, por afinidad y por herencia, entónces habremos llegado al momento de esa libertad, porque cada uno cargaria con la odiosidad y la pena de la propia falta.

Ya los justos no pagarán las deudas de los pecadores.

Luisa miró á Alberto con estrañeza: era la primera vez que un apercibimiento semejante se desprendia de sus lábios, y caía, hiriéndola con una revelacion: el nacimiento de los celos en el corazon de su esposo.

No obstante, mujer de recursos intelectuales y acostumbrada á vencer momentos difíciles, encontró pronta réplica para la expresion misma de su sorpresa, diciendo: encuentro algo tan extraño en tus palabras, que creo descubrir una nueva preocupacion de tu espíritu.

Comprendo su causa y no te reñiré por ella; proviene de un exceso de amor que no

he sabido corresponder, doblando mis caricias para probarte que otras distinciones no me alejan de tí.

Esto dijo Luisa, clavando sus bellos ojos en el rostro abatido de su esposo, con una expresion de ternura, calculada para seducirle.

Trejo soportó la mirada, sin conmoverse; habia observado á su esposa en los salones, lo suficiente, para conocer los vicios adheridos á su alma, por la atmósfera de mentira en que se educára.

—Te acusas, contestóle, de un olvido que ya no hay tiempo de reparar.

El mal que me has hecho proviene de un antecedente que no está en tu mano remover.

Cuando las proyecciones de nuestro espíritu, tienen un rumbo marcado por la educacion y los años, no es dado variarlo sinó al precio de una contrariedad que traduce en desgracia por toda la vida.

Nos han colocado en polos opuestos y no basta nuestra voluntad de un dia, para salvar la distancia.

Hay error en creer que el esposo forma

á la esposa, en las relaciones de consideracion recíproca, cuya base está en la voluntad de ambos, subordinada á la inteligencia comun.

La autoridad de la fuerza hace esclavos, y no cabe el amor donde falta el criterio de la dignidad moral.

Ya vés, no te acuso, te defiendo, explicándote lo que será tu desgracia y ha empezado ya á producir la mia.

Luisa no comprendió el valor de las observaciones de Trejo y guardó silencio, porque así ponía término á un incidente que le habia inspirado el temor de un digusto ruidoso.

Despues de un momento mas, un tanto embarazoso para los dos, Trejo se despidió de su esposa con el pretesto de un llamado de su tia.

Luisa no quiso quedarse sola, con el reproche de su esposo; salió en seguida, dirigiéndose á casa de una amiga.

Desde ese dia las relaciones de los esposos se enfriaron por completo.

Trejo buscó en ocupaciones fuera del hogar las distracciones que pedia su pensamiento, para disipar la preocupacion que embargaba su alma.

Empeño inútil: su desgracia habia echado raices en el corazon, y de allí partian los pensamientos tristes que sombrearon su imaginacion y su espíritu.



Cada vez que la amargura colmaba su pecho, Trejo buscaba el cariño de Andrónica, invariable desde el primer dia en que lo descubriera, velando su sueño de niño, y mas puro y mas grande en los momentos que ella derramaba el bálsamo del consuelo, sobre las heridas de su alma, recibidas como hombre en las decepciones del amor.

Alberto encontraba en su tia, lo que no hallaba en su esposa: un corazon amigo y afectos no mentidos.

Cuando Trejo le descubrió sus pesares, ella le dijo, con lágrimas en los ojos, que ya habia sorprendido su dolor, en la expresion de su semblante, y que mucho antes de conocer la realidad de su desgracia, la habia sentido.

Tu eleccion fué mala—le decia—y no estuvo en mi mano variar tu empeño.

Cuando me abriste tu corazón, era ya tarde, tu palabra estaba comprometida y yo, que conozco tu delicadeza, sabía que no faltarias á ella.

Esperé la dicha que buscabas, en el amor de Luisa: si le ama, me decía, puede cambiar su modo de ser, identificándose con el de su esposo.

No sucediendo eso, tu desgracia se hacia inevitable para mí.

Como habia un motivo de esperanza, cuidé de no precipitarla, hablándote de los defectos de tu prometida, y en eso cumplí, aunque con pena, el deber del momento.

Ahora, que el caso ha variado, mi deber es otro.

Pasas por una situación difícil, que es necesario afrontar, con la entereza de alma que da una idea levantada, de nuestra misión sobre la tierra.

En la atmósfera moral, de la época, encontrarás los gérmenes de un pensamiento injustificable: el que sugiere la venganza:

Esta lleva á un nivel mas bajo del que marca el valor moral de una esposa culpable ó de una mujer perjura.

Cuando no se sabe perdonar, queda el desprecio.

A esos extremos se sujeta todo hombre de bien, y estoy cierto que tú lo comprenderás así.

Intertanto, mientras no haya culpabilidad evidente, debes imponerte el sacrificio de la tolerancia.

La sociedad es muy exigente, y en caso de una ruptura sin pruebas que la justifiquen, la parte débil se llevará el sentimiento de la compasion general.

Trejo, se había educado en esa atmósfera de ideas y tenía profundo respeto por su tía, aceptaba sin esfuerzos sus consejos, encontrando en ellos la expresion de sus propios sentimientos.

—No debes desesperar, agregaba aquella, encerrándote en el círculo estrecho de tu propia vida; elévate y procura dominar las escenas que pasan fuera de él: allí encontrarás enseñanzas que redimen, mostrándote las flaquezas humanas y el lado oscuro del brillo social que á tantos admira ó seduce.

Puedo, sin ir muy lejos, oponer otro caso al tuyo.

Tú conoces bien á Gerónimo y sabes que posee un alma generosa.

Pues bien; él causa la desgracia de su esposa, que es una santa y cuyas angustias como las tuyas, vienen á golpear mi pecho de madre.

Él, por su carrera de letrado, que le ha creado afinidades y ambiciones políticas, es una sombra en su casa: vive entregado por completo á la vida pública.

Para su esposa, no tiene una palabra, ni una caricia, en satisfaccion del amor que le guarda su alma.

El momento que roba á sus amigos, es para consagrarlo á periódicos y libros.

Entra y sale de su casa, tan distraido por sus sueños de espectabilidad y de gloria, que á nadie habla ni á nadie vé.

Esa conducta, que por cierto no es culpable, causa la desesperacion y la desventura de su esposa, que como tú, encuentra frio el hogar con la soledad de su alma.

Piensa, pues, en esos contrastes de la vida y procura amoldarte á ellos, en la medida que te lo exija la suerte que te haya tocado en dote, sin faltar á los dictados de

la conciencia, ni á los deberes que se tienen para con la familia y la sociedad.

Tales eran las ideas á cuya verdad y calor, subordinaba Andrónica, los consejos con que buscara retemplar el alma abatida de Alberto.

Vano aunque noble esfuerzo.

No se curan las propias heridas con la vista de las ajenas.

Sin embargo, Trejo se sentía otro, cada vez que salía de una visita á su noble y generosa tía.

Era el efecto de la simpatía.

La encontraba siempre dispuesta á escuchar sus quejas y suministrarle el consuelo de los espíritus resignados.

El dolor es menos llevado á medias.



Si Gerónimo es feliz, en la vida que lleva—decíase Alberto en uno de sus tantos monólogos—tal vez yo podría llegar á serlo, imitando su ejemplo.

No hay mas que lanzarse á la vida del comercio ó de la política, colocando la am-

bicion de la fortuna ó de la gloria, donde se asila la pasion del amor.

Encarnar, si posible, la dicha en otro ideal y echarse á buscarla.

Mi corazon será lo que yo quiera que sea.

Probaré — se decia y repetia, hablando consigo mismo—lo que no he hallado en el camino que llevo; puede que lo encuentre tomando otro.

Trabajado por esas ideas, Trejo concibió la esperanza de cambiar su suerte y olvidar sus penas.

Encontraba que la política tenia sus atractivos; pero la falta de un título se le presentaba como un inconveniente sério.

Podria pasar por la puerta que ha abierto mi primo, se decia entonces, y confiar lo demás al talento.

Este, han héchome creer que no me falta lo que si no sé, es si me sobra corazon; agregaba luego, perdiendo los brios de la ilusion naciente.

Me falta el descaro que exige el juego de la mentira, que parece ser el alma de la política, y la verdad solo me serviría de

aislador enojoso en medio de las multitudes que no piensan, siguiendo á ciegas la voluntad de sus ídolos.

Pensemos en el comercio, continuaba, haciendo de lado las corrientes de la política; allí tal vez encuentre campo menos espinoso á mi accion: hay industrias lícitas y hombres honrados que las ejercen.

Despues de algunos dias de batallar á solas con su pensamiento, acordó realizar en parte sus intereses de campo y establecerse como consignatario de frutos del pais.

Este ramo del comercio era el que hallaba ménos en pugna con la índole de su sér moral.

Puesta la idea en conocimiento de sus suegros, éstos se felicitaron de ella, prometiéndose un cambio favorable para la suerte de Luisa con el nuevo género de vida á que pensaba consagrarse su esposo.

La venta que te propones, díjole en el acto su padre político—se hará fácil y bien: yo me encargo de encontrarte comprador entre los irlandeses, que son los hombres indicados hoy para esa clase de negocios.

Y en efecto, á los pocos dias, Trejo realizaba una gran parte de su campo y ha-

ciendas en la suma de un millon de pesos moneda corriente, sin esfuerzo por su parte.

Un paso mas y el hombre quedaba establecido.

Alberto no titubeó, y diez dias mas tarde abria su escritorio en la calle de las Piedras, entre las de Rivadavia y Victoria, pasando circulares, en las que ofrecia sus servicios á los principales hacendados de la provincia y el litoral.

Lanzóse de lleno á la vida de las plazas y barracas de frutos del país.

Allí se le veía, formando círculo, ora con los hermanos Unzué, los señores Ramos, Iramain, Raffo y Robbio, ó ya con Dionisio P. Ponsati, los hermanos Patiño, Luis M. Solé y su sócio, el elegante jóven de entónces, Enrique Lezica, y tantos otros que poblaban esas regiones del comercio.

Corrian á la sazón los últimos meses del año 1859.

Acababa de celebrarse la convencion de paz del 11 de Noviembre que parecia llamada á ensanchar, por la union y la concordia los horizontes de la vida, social y política, en todas sus proyecciones.

Todo conspiraba á presagiar el bien y Trejo, á pesar de sus preocupaciones, se dejaba influenciar por la confianza general.

Olvidó, por un momento que su destino estaba trazado por las palpitaciones del corazón, que no se gobiernan por la voluntad.



Deslizáronse los últimos meses del año 59 y los seis primeros del 60, sin que Trejo cosechara mas que promesas de consignaciones, para lo futuro.

No habia costeadó ni sus gastos de escritorio; pero el porvenir se le presentaba bien: todo se reducía á cuestion de tener alguna paciencia.

¿Mas cómo alentarla, cuando la falta de ocupacion le arrojaba sobre el infierno de su hogar?

En la lucha que sostenia consigo mismo, sintió flaquear sus fuerzas, volviendo la preocupacion de su espíritu á abrumarlo con peso mayor.

Luisa, creyendo posible el cambio de vida que se proponía Alberto, entregóse sin

escrúpulo alguno á la accion de libertad que halagaba sus sentidos.

Veía en la actitud de su esposo la tolerancia de su conducta, y no ya el recurso buscado para aligerar las penas que causaba su desdén.

Extravió sus pasos de la línea del deber, hasta el extremo de olvidar, lo que le imponia *su propio honor más que el nombre de su marido*.

Algunos *buenos amigos* se alarmaron, ante la conducta de Luisa para con Alberto, y se complotaron en el sentido de prevenir un desenlace violento.

Al efecto, le armaban paseos á Trejo, buscando inspirarle la confianza necesaria, por un trato mas íntimo.

Proponíanse comunicarle la deslealtad de su esposa y apartarlo de su lado, por medios que la razon sugiere, en presencia de un desencadenamiento inminente de las pasiones.

Pero Trejo se encargó de desbaratar esos planes, sin sospecharlos, porque toda vez que se trató de su esposa, levantaba la voz con acento tal de disgusto, pidiendo que

no se le tocara esa cuerda, que nadie se atrevió á abordar la cuestion.

Verdad que los amigos esos, lo eran mas por ocasion que por afectos propios de una amistad sincera.

Los atraia la posicion de Alberto, no el cariño que le profesaron: sabian que aquel nada les pediria y que en caso necesario tenia para dar.

En esas condiciones siempre se cuenta con amigos.

Trejo tenia tambien la fama de pródigo, y con justicia, pues jamás negó un servicio que estuvo en su mano hacer.

De lo que le esperaba, en cambio, nunca se preocupó: hacia el bien por amor al bien.

Era tanto su desinterés y tanta la elevacion de sus sentimientos, que ni de gratitud queria oir hablar, porque ella importaba ya una compensacion.

Fué tremendo tambien el tributo que pagó á las expansiones generosas de su alma.

Se lanzó á las corrientes de la vida, con el corazon en la mano y la verdad en los lábios, seguro de llegar al puerto de la



felicidad, guiado por la rectitud de sus intenciones.

Su error empero, fué grande y su decepcion amarga.

La muerte hirió su corazon antes que su cuerpo cayera á la tumba.

.....



Una tarde que Alberto volvia de uno de sus tantos paseos obligados por los amigos, encontró su hogar vacío: Luisa habia volado en álas del amor con el penúltimo de los hijos varones de un militar ilustre.

.....

Desde entónces, Trejo fué un cuerpo sin alma que se vió vagar silencioso por las calles de la ciudad, entregado á una desesperacion tranquila.

Luisa, tres años mas tarde, habia caido de lo alto de sus ilusiones á una pocilga; acusada de adulterio por la presencia de dos hijos, fruto de sus relaciones ilícitas.

Asi es como los extremos llegan á tocarse, produciéndose el fenómeno de arribar á un

mismo destino, los que alentaron creencias opuestas y propósitos diversos.

En un triste fin, deshojáronse las ilusiones de los dos!

Faltóle, á la union de sus almas, el vínculo de la simpatía y del amor, alimentado por la verdad y el bien.



La suerte de Trejo afectó hondamente el ánimo de Andrónica, tal vez acortó los días de su vida, porque apenas sobrevivió un año á la fuga de Luisa.

El cielo le reservó empero, para sus últimos momentos, un gran consuelo á su corazón de madre: vió á su hijo Gerónimo, satisfecho de su ambicion política, levantando á su tierna esposa á la altura del bienestar que merecía.



